

Quintín Balderrama López, sj
Rector

Juan José Esquivias López, sj
Vicerrector Educativo

Felipe Espinosa Torres, sj
Vicerrector Académico

Ma. Cristina Solórzano Garibay
Directora y editora

Mariana Ramírez Estrada
Secretaría técnica y correctora de estilo

Jaime Muñoz Vargas
Asesor

Comité Editorial

Ana María Urdapilleta Meza
Brenda Azucena Muñoz
Edgar Salinas Uribe
Margarita Torres Rodríguez
Jaime Muñoz Vargas
Juan Manuel Torres Vega

Jacob Atriyeh Yunes Rdz.
Diseño gráfico

Erasmus Bernadac Graciano
Material gráfico

Viñetas: Mario A. Hernández González

Acequias No. 31 primavera (marzo) 2005, revista trimestral publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial, dependiente de la Vicerrectoría Educativa de la Universidad Iberoamericana Torreón. Su distribución es gratuita para los alumnos, empleados y profesores del plantel. Toda colaboración o correspondencia deberá dirigirse al Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, 27010 Torreón, Coah. Teléfono (871) 705 10 10 ext. 1135 o en la dirección electrónica acequias@lag.uia.mx Tiraje 1500 ejemplares. Impreso en Gráfica Impreza, SA de CV, Río Yaqui 1283, Col. Las Magdalenas, 27010 Torreón, Coah.

Número de reserva al Título en Derechos de Autor: 04-1999-020116360000-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825 y Número de Certificado de Licitud de Contenido: 8708 otorgados por la Secretaría de Gobernación.

Las opiniones vertidas en los artículos de esta revista no representan en ningún modo la postura institucional de la Universidad. Son juicios de la estricta responsabilidad de los autores.

Contenido

- 2 Certamen Agustín de Espinoza, sj
Latinoamericanos: eternos pasajeros en tránsito
JUAN PABLO NEYRET
- 8 Religiosidad y seguridad personal
SERGIO ANTONIO CORONA PÁEZ
- 12 Fuentes históricas. Los reyes por escrito
Retórica y política en los libros de honras fúnebres
SARA GABRIELA BAZ SÁNCHEZ
- 19 De informantes y continentes...
a propósito de fray Bernardino de Sahagún
LEONOR PAULINA DOMÍNGUEZ VALDÉS
- 22 ¿Para qué filosofar? la humanidad en la encrucijada...
MARTÍN LÓPEZ CALVA
- 30 ¿Existe el pensamiento latinoamericano?
Aspectos del pensamiento de Tomás Eloy Martínez
HÉCTOR VALLE
- 36 Libro del silencio (selección)
RAFAEL MONDRAGÓN
- 40 Conversión educativa y reforma curricular
LUIS ARMANDO AGUILAR SAHAGÚN
- 42 Evaluación y currículo oculto
ANA MARÍA URDAPILLETA MEZA
- 45 La educación en la cultura náhuatl: *tlacahuapahualiztli*
(el arte de criar y educar a los hombres)
JULIO CÉSAR FÉLIX LERMA
- 48 Ella también quiere
EDGAR LONDON
- 52 Alfredo Veiravé en la tormenta de la poesía
DAVID LAGMANOVICH
- 56 *No honrarás a tu padre* o la persistencia de la memoria
JAIME MUÑOZ VARGAS
- 60 *Mar adentro*
LUIS GARCÍA ORSO, SJ
- 62 Helena o la anunciación
CARLOS MARTÍN BRICEÑO
- 66 De olvidos y otros recuerdos
BRENDA AZUCENA MUÑOZ
- 68 *El manual de las mutilaciones*
JUAN MAYA

La Universidad Iberoamericana Torreón
para celebrar el octavo aniversario de la revista

Acequias

convoca al séptimo certamen internacional

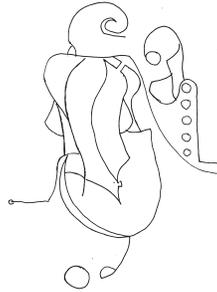
Agustín de Espinoza, sj*

con las siguientes bases:

1. Presentar un ensayo inédito con el tema: **Desigualdad y políticas públicas**.
La reflexión planteada desde este tema deberá centrar su atención en profundizar acerca del impacto de las políticas públicas que pro-ponen, al menos en teoría, atender y superar los problemas causados por la desigualdad económica.
 2. Podrán participar todos los interesados en el tema.
 3. Los trabajos deberán tener una extensión mínima de cinco y máxima de ocho cuartillas a doble espacio (28-30 renglones de 60-65 caracteres en 14 puntos).
 4. Los trabajos deberán enviarse (original y disquete) firmados y con seudónimo a:
Universidad Iberoamericana Torreón
Centro de Difusión Editorial
Calzada Iberoamericana 2255, 27010 Torreón, Coah.
- Los trabajos enviados por correo serán aceptados siempre y cuando la fecha del matasellos coincida con la fecha límite de entrega.
5. Los datos del participante: nombre, dirección, teléfono, fax, correo electrónico y explicación breve de su relación con la Universidad, deberán presentarse en sobre aparte y cerrado con el seudónimo inscrito al frente.
 6. El plazo de entrega de los trabajos vence el 14 de octubre de 2005.
 7. El jurado calificador estará integrado por especialistas con amplio reconocimiento público, y sus nombres serán dados a conocer junto con el fallo que emitan.
 8. El fallo del Jurado se dará a conocer durante el mes de diciembre y en el número 34 de la revista *Acequias*.
 9. Los ensayos ganadores serán publicados en la revista *Acequias*. Otros trabajos podrán ser seleccionados y propuestos para su publicación por el jurado para lo cual se pedirá su autorización a los autores
 10. Los premios constan de diploma y:
Primer lugar \$ 8,000.00 Segundo lugar \$ 5,000.00 Tercer lugar \$ 3,000.00
En el caso de ganar alguno de estos premios una persona que radique fuera de la Comarca Lagunera, tanto su premio como el diploma le serán enviados a su lugar de residencia.
 11. Los trabajos ganadores serán propiedad exclusiva de la revista *Acequias* durante doce meses, la cual decidirá los caminos para la publicación y difusión de los mismos. No se devolverán los originales ni las copias de los trabajos.
 12. Cualquier caso no previsto en la presente Convocatoria será resuelto por el Jurado.
Para cualquier duda referente a la presente Convocatoria favor de llamar al teléfono (871) 7 05 10 10 ext. 1135 o escribir a acequias@lag.uia.mx

* Primer jesuita en llegar a La Laguna en el año de 1598

Editorial



Da la impresión de que el discurso creado, manipulado y dirigido por y desde el poder es el único que puede articularse, pero no. Miles de medios de comunicación, miles de voceros a sueldo construyen todos los días una retórica cuya característica más sobresaliente es la imposición de mensajes en donde no destaca, por cierto, la justicia social como un imperativo. Antes bien, lo que todos los días remarcan los mensajes del poder son el éxito, el desarrollo, la estabilidad, el lujo, el bienestar, la competitividad voraz y el individualismo. En esa dinámica no caben la reflexión ni la crítica, y menos si éstos evidencian que detrás de casi todo discurso proveniente del poder, sea político o publicitario, se oculta la más terrible desigualdad.

Por eso la convocatoria del certamen Agustín de Espinoza, sí, propone pensar sobre “Desigualdad y políticas públicas”, y busca que la reflexión centre su atención en profundizar acerca del impacto de las políticas públicas que pretenden, al menos en teoría, atender y superar los problemas causados por la desigualdad económica. En otras palabras, lo que late debajo de esta delimitación temática es la urgencia de cotejar los polos del discurso y de la realidad, de tal manera que salten a la vista las diferencias entre uno y otra por lo menos en los países con economías arrasadas.

El abismo abierto entre discurso del poder y realidad no lo tenemos muy lejos, lo podemos observar con lacerante claridad en México. Todos los días, a toda hora, desde que tenemos memoria, se remarca por todos los medios que los resultados del quehacer político han sido irrefutablemente satisfactorios, y la macroeconomía no miente. Sin embargo, las heridas allí están, inmovibles: han crecido los índices de pobreza extrema, la calidad de la educación se ha desplomado hasta el subsuelo, los servicios de salud viven fatalmente enfermos, el narcotráfico se trata al tú por tú con las autoridades, la difusión de la cultura permanece descabezada, la impartición de justicia es sólo un sueño y, en fin, los mensajes del poder no logran colonizar a nadie, pero se siguen enunciando como si fueran convincentes mientras la realidad toca ya los extremos de la descomposición.

Acequias no quiere permanecer indiferente, de ahí su invitación a quienes deseen pensar sobre el asunto. Todos tenemos algo que opinar, todos contamos.

Certamen Agustín de Espinoza, sj

Latinoamericanos:

eternos pasajeros en tránsito

Juan Pablo Neyret

Por sexto año consecutivo la UIA Torreón a través de su revista interdisciplinaria *Acequias*, convocó al certamen de ensayo Agustín de Espinoza, sj. En esta ocasión el tema a reflexionar y analizar fue “Migración sin fronteras”.

El jurado calificador estuvo integrado por Edgar Salinas Uribe y Salvador Espinosa Sáenz-Pardo, el primero cuenta con estudios sobre economía, filosofía, ciencias sociales y teología, y posgrado en desarrollo regional y gobernabilidad, actualmente es director de Acción Comunitaria del Ayuntamiento de Torreón y colaborador en la UIA Torreón en el Centro de Análisis y Reflexión de la Realidad, y como responsable del programa Sistémico de investigación sobre Pobreza y exclusión social; Salvador Espinosa es licenciado en Psicología y maestro en Investigación Educativa, profesor de asignatura en el área de Integración y las licenciaturas en Educación y Comercio Exterior de esta Universidad.

El trabajo ganador del primer lugar se titula “Latinoamericanos: eternos pasajeros en tránsito”, enviado por Juan Pablo Neyret bajo el seudónimo “Jessie”, texto que a decir del jurado, muestra un importante manejo de fuentes y bibliografía relacionados con el tema, capacidad de argumentación, escritura ágil, amena y precisa, y la capacidad del autor para llevar más allá de las convenciones el tópico propuesto en la convocatoria.

Juan Pablo Neyret (Mar del Plata Argentina, 1963), es licenciado en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Ha publicado numerosas crónicas, entrevistas y artículos en diferentes medios impresos académicos y culturales de su país, Chile, España y Estados Unidos, nación en la que también ha dictado seminarios y conferencias en distintas universidades. Es editor y cronista de la sección “Cultura” del semario marplatense *Noticia & Protagonistas*. Como escritor ha participado en los volúmenes *Colección borgesiana*, *El Carli* y ha escrito y montado la obra teatral *El apellido*. Es constante colaborador de *Acequias*.

En esta ocasión el jurado resolvió declarar desierto el segundo y tercer lugares.

I: De Este y Oeste

Cuando Rodrigo de Triana gritó el con-sabido “¡Tierra!” al avistar la costa de Guanahani —no sin que antes Cristóbal Colón hiciera constar en su *Diario* que él a su vez había avistado fuegos anteriormente para asegurarse el derecho de posesión sobre esa misma tierra—, comenzó paradójicamente la diáspora de los nativos. América fue paradoja desde su mismo nacimiento. En principio, porque fue América una unidad en la diversidad, error de apreciación de Colón, que unificó en su discurso y en sus mapas multiplicidad de tribus diversas bajo una misma “identidad”. Porque, como sabemos, el nombre que se le dio al continente y el que nosotros mismos nos damos aún hoy fue acción de Colón pero nominación tardía por Vesputio. Porque esa misma desidentización a la que Colón sometió a los nativos al considerarlos, a la vez, seres sin alma, ley ni lenguaje (“para que deprendan hablar”, se lee en el *Primer Diario*), esa comunidad imaginada como la llamaría hoy Benedict Anderson, sirvió cuatro siglos más tarde para que los criollos pudieran resignificarla y darse una identidad común, la de la América hispana. También porque América nació, parafraseando a César Vallejo, “un día que Dios estaba enfermo”; en efecto, una sencilla lectura del *Primer Diario* —que parece haberse omitido por centurias— nos (de)muestra que el viernes 12 de octubre de 1492, el “Día de la Raza” (nueva paradoja: de la otra raza, la que vino de afuera) no tiene mención alguna en el texto colombino, sino que el alumbramiento tuvo lugar aún durante el jueves 11, antes del mediodía, en el tiempo en que los días se medían por singladuras, esto es, entre cenit y ce-

nit. También, porque el gentilicio “indios” acuñado por Colón, el mismo que unificó la diversidad, constituyó un acto de violencia semiótica, de imposición lingüística que preconizaba la violencia física de la conquista y de la colonización, la confinación de los aborígenes en “reducciones”, es decir, en comunidades jibarizadas de las que sólo dieron cuenta con cuño positivo un sacerdote como fray Bartolomé de las Casas (paradójicamente, asimismo, responsable de compilar y dar a conocer los diarios de Colón) en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* o un viajero como Álvar Núñez Cabeza de Vaca en sus *Naufragios*, título a su vez hartamente paradójico en una época signada por las hazañas de los navegantes. Las Casas y Álvar Núñez fueron quienes, a su vez, con sólo diez años de diferencia, les dieron alma, ley y lenguaje, o sea, humanidad y cultura, a aquellos seres demonizados por ese Almirante que a cada momento de la historia está a punto de decirlo todo pero siempre termina callándolo, como en *El arpa y la sombra* de Alejo Carpentier. En síntesis, con la llegada de Colón y su operación de sentido se constituyó la figura del americano como alteridad radical, como extranjero en su propia tierra, como migrante interno y externo entre fronteras ficticias que le fueron impuestas.

II: De Norte y Sur

Ello deviene permanente interrogante acerca del ser nacional que caracteriza y, tal vez, define a América Latina. Migración, en este caso, a través de las fronteras nuevamente exteriores pero sobre todo interiores, que difiere de la seguridad sobre sí mismos que durante siglos exhibieron los estados euro-

peos y, durante doscientos años, los Estados Unidos de América. Seguridad que, incluso, se hace extensiva al cruce entre ambas geografías hegemónicas: “el mejor libro que se ha escrito sobre mentalidades de Estados Unidos es el de Tocqueville, *Democracia en América*, que es un libro de 1840, antes del imperialismo, antes de la gran explosión industrial del país, antes de la expansión económica, antes de la conquista del Oeste”, apunta Nicolás Shumway.

Siguiendo el intercambio que en las primeras décadas del siglo veinte protagonizaron Alfonso Reyes y un joven Jorge Luis Borges, otra vez un mexicano y un argentino se hermanan sin saberlo —y tal vez, sin pretenderlo— en la migración introspectiva hacia los igualmente inciertos origen, presente y futuro de sus países. En *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz se cuestiona:

Creía, como Samuel Ramos, que el sentimiento de inferioridad influye en nuestra predilección por el análisis y que la escasez de nuestras creaciones se explica no tanto por un crecimiento de las facultades críticas a expensas de las creadoras, como por una instintiva desconfianza acerca de nuestras capacidades. [...] nosotros no podemos sustraernos a la necesidad de interrogarnos y contemplarnos.

Esa inferioridad y desconfianza a las que se refiere Paz están cabalmente explicadas al otro extremo del continente y dos décadas atrás en la *Radiografía de la pampa* que realiza Ezequiel Martínez Estrada. Basta citar que titula un capítulo de su ensayo igualmente “Soledad”, y que lo divide en tres partes: “Aislamiento”, “Distancias” y la angus-

tante “Soledad del mundo y del hombre”. Desde su visión esencialista y fundada en razones tectónicas, el ensayista recalca en la incomunicación: los países de Sudamérica “[s]e ignoran más profundamente [...] que si fueran antípodas”, y el mutuo (des)conocimiento consiste en “una vaga noción de su contorno y del color en las cartas de Justus Perthes, y de sus penurias en el color de los dictadores”. Ello se concentra en la pampa: “La pampa es una ilusión; es la tierra de las aventuras desordenadas en las fantasías del hombre sin profundidad”, dice Martínez Estrada, repitiendo pretéritamente aquellas nociones de inseguridad y desconfianza e instituyendo el brillante concepto de antípodas limítrofes. Ensayos emblemáticos del subcontinente, tanto *El laberinto...* como *Radiografía...* son deudores de esa extranjería impuesta casi quinientos años atrás, de esa migración errante, de esa errancia migratoria al que parecen condenados los países de nuestra América y sus habitantes.

III: Izquierda

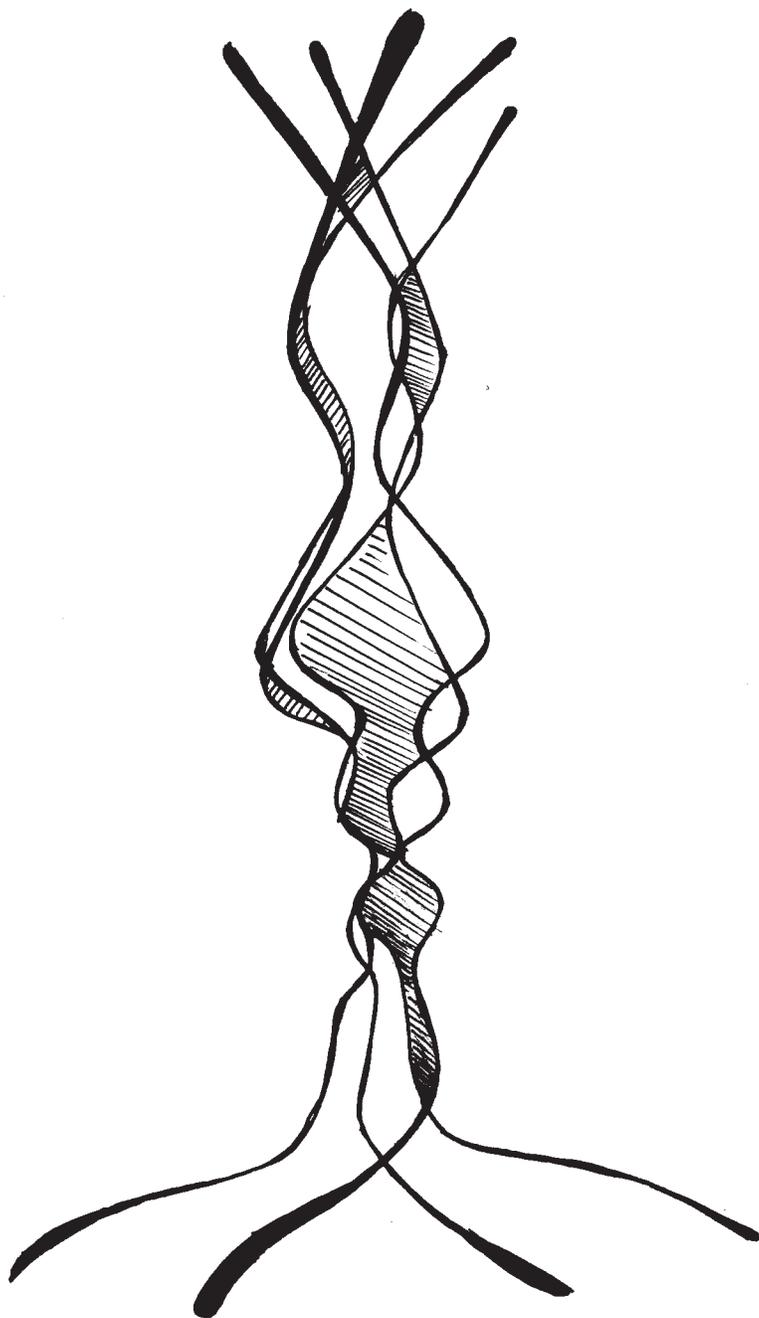
El sueño de una América sin fronteras ni razas desveló a José de San Martín, a José Gervasio de Artigas, a Simón Bolívar, y se cristalizó en 1891 en el escrito que un cubano residente en Nueva York publicó en *El Partido Liberal* de México. En su ensayo “Nuestra América”, José Martí es harto claro respecto de aquella paradoja colombina que hizo lugar a la dominación imperialista y a la extranjería en la tierra de uno: “Los que al amparo de una tradición criminal cercaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, las tierras del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones,

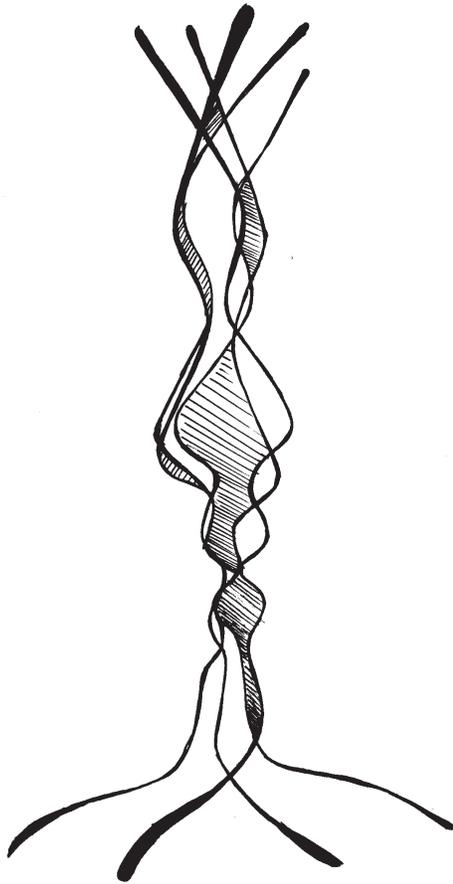
devuélvanle sus tierras al hermano” (los subrayados son míos).

En “nuestra” América “[n]o hay odio de razas, porque no hay razas”. Esa re-apropiación de América al llamarla “nuestra” y la negación de la supuesta pluralidad de razas son la exacta deconstrucción del discurso colombino, el texto fundacional de un continente sin fronteras pero asimismo sin necesidad de migraciones. Por ello, siguiendo el ideal martiano, el 11 de diciembre de 1964 Ernesto “Che” Guevara citará ante la Asamblea General de las Naciones Unidas —poniendo al descubierto el cinismo de esta denominación corporativa— el famoso pasaje de la Segunda Declaración de La Habana: “Ningún pueblo de América Latina es débil, porque forma parte de una familia de doscientos millones de hermanos”.

IV: Derecha

¿Cuán lejos estamos de la filosofía de Martí, que no se consideraba a sí mismo un filósofo, pero nos legó un pensamiento que, entre otros, revivirían pensadores como Enrique Dussel, Arturo Andrés Roig y Leopoldo Zea o un antropólogo como Rodolfo Kusch? Es indudable que en la era del capitalismo tardío que teorizaron Ernest Mandel en lo económico y Fredric Jameson en lo cultural, hay una trampa de la que debemos huir, y tiene que ver precisamente con las migraciones y las fronteras. Gilles Deleuze y Félix Guattari propugnan deconstruir la historia de los sedentarios y abrirse al afuera, y el crítico literario y cultural Jens Andermann se pregunta a partir de ellos: “¿Y si nos propusiéramos escribir una nomadología de la frontera en lugar de la monadología del Estado que nos cuentan las epopeyas de la conquista?”





La propuesta es tentadora, si no fuera porque en el discurso de Deleuze y Guattari se hace manifiesto el rechazo a toda forma de ideología. Y nos encontramos, por el contrario, ante un debate que es esencialmente ideológico. Sin embargo, el texto de Andermann, que da cuenta del genocidio de los habitantes originarios de América, opera como una resemantización ideologizada e ideologizante de las teorías de los autores de *Mil mesetas*, imprescindible en los albores del siglo veintiuno y su auge de los estudios “pos”: posmodernos, posestructuralistas, poscoloniales. Estos últimos juegan la ficción de atender la figura del “Otro” con la misma lógica que Colón: un poderoso sujeto central y de derecha —aunque intente teñir su discurso como democrático— se ocupa de la periferia, de esos pobres indios, negros, mujeres, niños, homosexuales. Ésta es la esencia de los llamados “estudios culturales”, que no hacen sino retrazar con más bríos la frontera y promover, una vez más paradójicamente, la ilusión de que la Verdad está en Europa y los Estados Unidos. Ello genera una migración que no reconoce clases sociales: desde los espaldas mojadas mexicanos y los balseros cubanos hasta los académicos de Latinoamérica desean instalarse en “Usamérica” o en el Viejo Continente para ver concretados sus ideales, aún modernos, de progreso.

Algunas consecuencias se entrevén, otras están por verse. Esta diáspora constitutiva del ser latinoamericano, por una parte, ha llevado a que hoy en los Estados Unidos los hispanos sean la primera minoría, pero hasta el momento en términos demográficos y no de (re)(sub)versión del centro por la periferia. Y por otro lado, sigue llevando

hacia el *american dream* (y el *European dream* también) a miles de centro y sud-americanos. Pero, contrariamente a los postulados de la globalización y la revolución informática, que tienden a generar un mundo en el que las distancias espaciales y temporales sean reducidas a cero, las fronteras siguen existiendo para ellos, sea llegando en una carabela, partiendo en un avión o quedándose en el vertiginoso mundo virtual. Nuevas fronteras que no son sino la actualización de aquéllas igualmente impuestas desde que el primer conquistador descendió en tierra latinoamericana y convirtió a los habitantes de ésta en eternos pasajeros en tránsito. 

Bibliografía

Andermann Jens, "Crónica de un genocidio: últimas instantáneas de la frontera", en Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Julio Schwartzman (dir.), Tomo 2, *La lucha de los lenguajes*, Emecé, Buenos Aires: 2003.

Anderson Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, Revised Edition, London-New York: 1991.

Carpentier Alejo, *El arpa y la sombra*, Siglo XXI, México: 1979.

Colón Cristóbal [1492-1493], "Primer viaje", en *Los cuatro viajes del almirante y su testamento*, Edición y prólogo de Ignacio B. Anzoátegui, Espasa Calpe, Buenos Aires: 1947.

Deleuze Gilles y Félix Guattari [1980], *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-textos Valencia: 1988.

Guevara Ernesto [1964], "Discurso en la Asamblea General de las Naciones Unidas", en Ernesto Che Guevara, *Escritos y discursos*, Tomo 9, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana: 1977.

Jameson Fredric [1991], *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism*, Duke University Press, Durham: 2001.

Las Casas fray Bartolomé de [1552], *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*, Cátedra, Madrid: 1989.

Mandel Ernest [1972], *El capitalismo tardío*, Era, México: 1979.

Martí José [1891], "Nuestra América", en *Tres corrientes del pensamiento latinoamericano*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires: 1971.

Martínez Estrada Ezequiel [1933], *Radiografía de la pampa*, Ed. Crítica, Leo Pollman Coord., ALLCA XX-Editorial Universitaria (Colección Archivos), Madrid-Buenos Aires: 1971.

Neyret Juan Pablo, "Soy un perro de la calle" (entrevista con Nicolás Shumway), en *Espéculo*, 26, Universidad Complutense de Madrid, Madrid: 2004.

Núñez Cabeza de Vaca Álvar [1542], *Naufragios y comentarios*, Espasa Calpe, Buenos Aires: 1946.

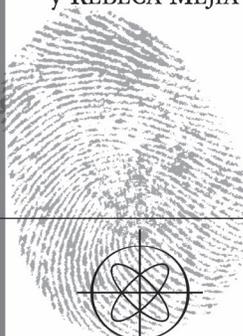
Paz Octavio [1950], *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México: 1999.



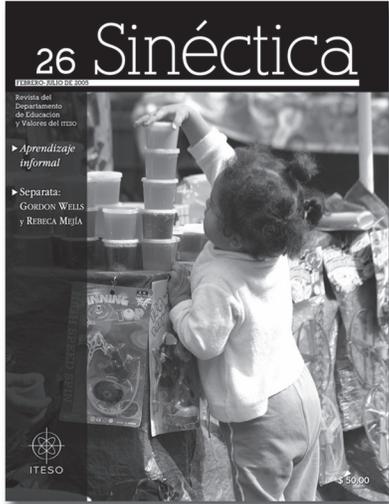
dejamos huella en la educación...

Revista del
Departamento
de Educación
y Valores

- ▶ **Aprendizaje informal**
- ▶ **Separata: GORDON WELLS y REBECA MEJÍA**




ITESO



Suscripciones y ventas:

ITESO Periférico Sur
Manuel Gómez Morín 8585
Tlaquepaque, Jalisco, México
Tel: 36693450
E-mail: shirley@iteso.mx

Religiosidad y seguridad personal

Sergio Antonio Corona Páez

SERGIO ANTONIO CORONA PÁEZ
Doctor en Historia por la UIA ciudad de México. Coordinador del Archivo Histórico Juan Agustín de Espinoza, sj, de la UIA Torreón. Autor de *San Juan Bautista de los González, Ríos de gozo púrpura, La vitivinicultura en el pueblo de Santa María de las Parras. Producción de vinos, vinagres y aguardientes bajo el paradigma andaluz (siglos xvii y xviii)* y en la compilación *Acequias de ensayos. Educación*. Coordinador de la colección *Lobo Rampante* y editor del boletín electrónico *Mensajero* del Archivo Histórico. Becario del CONACYT.

El ser humano siempre se ha reconocido limitado para enfrentar con éxito —en forma individual o colectiva— los peligros que acechan su integridad física, psicológica o espiritual. Esta percepción de la propia limitación y su lógica consecuencia, el sentimiento de inseguridad, son características que encontramos desde los seres humanos más primitivos hasta los del siglo xxi.

Mientras que el instinto de conservación mantiene la inercia del ser humano a mantenerse vivo y en paz mental, la percepción del peligro que excede sus propias fuerzas y posibilidades de acción lo abrumba y lo hunde en sentimientos de angustia. El ámbito de estudio de la historia de la seguridad se encuentra precisamente en cómo el hombre ha resuelto esa angustia vital a través del tiempo y del espacio, y desde su propio contexto cultural. El individuo requiere subsistir físicamente (seguridad económica), la aceptación y el reconocimiento de su grupo para poder integrarse y aceptarse a sí mismo (seguridad psicológica), seguridad de que cuenta con el favor y el apoyo de lo trascendente, llámese Dios, suerte, destino, etcétera (seguridad religiosa).

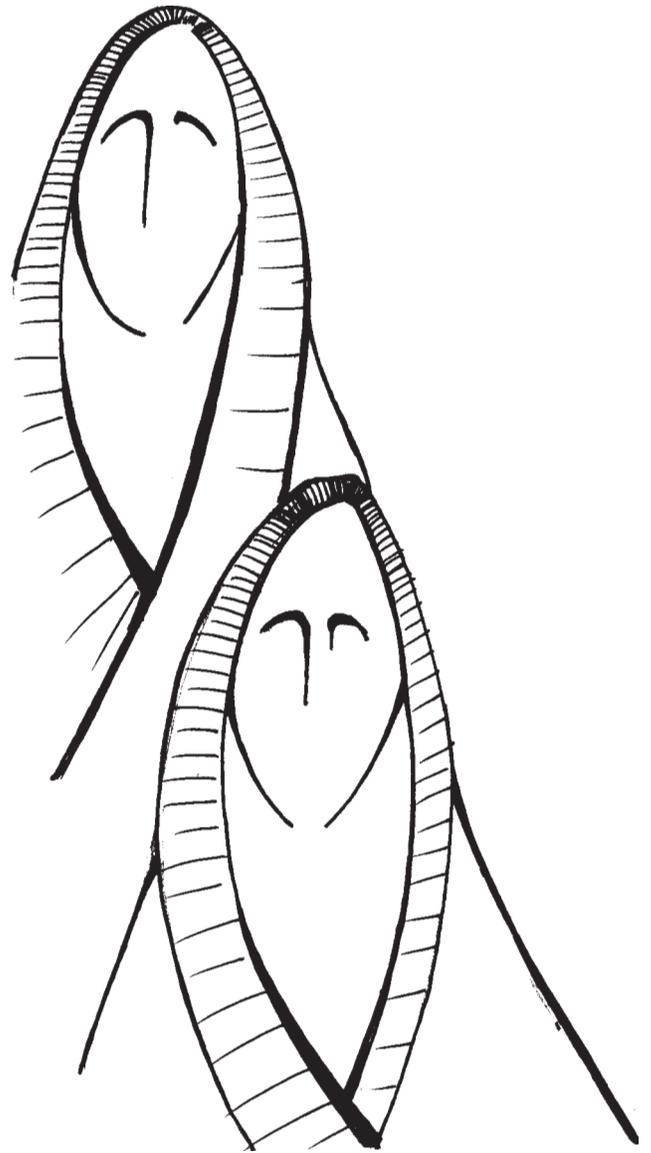
En la Comarca Lagunera colonial, la fe en las enseñanzas de la Iglesia era el vínculo común, el aglutinante que mantenía la cohesión social entre cada grupo étnico y cada estamento o clase social. A los habitantes españoles o hispanizados de la comarca de La Laguna y riberas del Nazas, la fe católica, apostólica y romana era lo que le daba sentido de universalidad y de pertenencia al imperio español. Hasta las monedas de la época amalgamaban gráficamente en su metal precioso las ideas de unión del viejo y del nuevo mundo bajo la corona de un rey puesto por Dios en la tierra. Cada moneda invitaba al reconocimiento de “ambas majestades”.¹

¿Cómo era esta fe común de españoles, indígenas, negros y castas? ¿Cómo percibían las verdades de la fe los creyentes laguneros del siglo xvii y xviii?

En una época y lugar en que los peligros eran muchos y continuos, era de esperarse que la búsqueda de seguridad por medio de la actividad religiosa permeara la mayor parte de los aspectos de la vida cotidiana del creyente. Esta fe podía ser vivida y expresada de manera pública o privada, institucional o personalmente. Toda esta actividad

vinculadora con lo divino —*religare*— era oficialmente teocéntrica, pero en la práctica cotidiana resultaba, en gran medida, hagiocéntrica, ya que se orientaba a la veneración de la Virgen María y de los santos. En la mente de los laguneros que vivían en el remoto septentrión novohispano, Dios era percibido de manera análoga a como lo era la cesárea majestad de los monarcas de España: Dios, como el rey, era un ser muy real, pero inaccesible en su grandeza y lejanía. La santidad de Dios y su justicia abrumaba a los fieles, que se sabían y sentían pecadores.² La lectura de la totalidad de los testamentos contenidos en el Archivo Histórico del Colegio de San Ignacio de Loyola de Parras nos permite concluir que estos creyentes³ no comprendían plenamente el significado ni las consecuencias del sacrificio de Jesús en cuanto sacrificio vicario (sustitutivo y plenamente expiatorio). Este sacrificio era interpretado más bien como el testimonio supremo del amor del Hijo encarnado, como una pasión divina que lo llevó hasta la muerte sin proferir queja alguna.

Por lo tanto, la muerte en la cruz no representaba un acto deliberado por medio del cual se realizaba una perfecta expiación vicaria, sino más bien una consecuencia natural de la confesión de la divinidad de Jesús ante las autoridades judaicas.⁴ La paciencia de Jesús durante su pasión y muerte fueron leídos como modelos de conducta cristiana. La pasión no era percibida como un sacrificio liberador para el creyente, sino como un acto pedagógico de estoicismo, paciencia y virtud cristianas que le enseñaba a sobrellevar embates de la vida con resignación y con la esperanza de los bienes de la vida futura. En este contexto, la muerte de Jesús



fue su mayor lección de vida, pero los fieles quedaban en la incertidumbre de su propia salvación, que más parecía depender de sus obras —buenas o malas— que de la perfecta obra expiatoria de Jesús.⁵ Los testamentos muestran claramente que nadie tenía la certeza del perdón divino, y que la muerte inesperada, sin absolución sacramental, era tan común como temida en las tierras laguneras infestadas de salvajes.

Ante el angustioso sentimiento de la lejanía de Dios por la conciencia dual que los creyentes tenían de la santidad divina y de la propia pecaminosidad, la veneración de la Virgen y los santos intercesores resultaban ser una gran fuente de seguridad. Para la mentalidad popular, y a pesar de todas las miserias que el creyente pudiera padecer, el amor de madre de María era incondicional. Los santos representaban seres cercanos, y aunque glorificados, habían sido humanos y habían sufrido como cualquier otro. Por esta razón, estaban en posición inmejorable para ayudar a los miembros de la iglesia militante.

Esa era la función social de los santos. Como miembros de la corte celestial, tenían acceso a la divina majestad, de la misma manera que los integrantes de la corte tenían acceso al rey. Muchos de ellos eran designados como “valedores” y “procuradores” personales por los creyentes. En el septentrión fronterizo donde se enfrentaban la barbarie y la civilización sobre una base cotidiana, existían demasiados riesgos y necesidades que debían ser resueltos con el apoyo de lo sobrenatural. Humanamente hablando, la vida era demasiado incierta para vivirla sin la seguridad que proporcionaba la experiencia religiosa. Basta imaginar los peligros que representaban los imprevisi-

bles ataques de indios —lejos de cualquier socorro oportuno—, los accidentes y las enfermedades sin los recursos de los antibióticos ni de la ciencia médica, la carestía que muchas veces era el resultado de los incontrolables azares climáticos, para suponer la magnitud de la zozobra cotidiana.

A través de la piedad, los fieles buscaban la seguridad y la paz mental en medio de una realidad extremadamente insegura. Meditemos acerca de todos los peligros que los creyentes laguneros tenían en mente al pronunciar esta oración nocturna del siglo XVIII:

Gracias rendidas demos, a el Dios obnipotente, que sacó de la nada la turva de los seres él es quien nos da vida, él es quien nos protege y a quien su amparo falta, de continuo perece.

Mi corazón te adora y a toda hora te alaba mi lengua balbuciente, dame pues los auxilios de tu gracia peregne.— Esta noche descanso mientras el día buelve p(ar)a en él tributarte ignos reberentes de un pecho agradecido que te ama eternamente. Amén.⁶

Los fieles participaban de la vida litúrgica y sacramental de la iglesia institucional. Se trataba del culto formal, oficial y público: misas de guardar, procesiones, témporas,⁷ festividades y rosarios, entre otros.

La fe católica también se expresaba cotidianamente en los hogares en la forma de devociones a la Virgen María (en sus diversas advocaciones) y a los santos protectores. Los ya mencionados testamentos del pueblo de Parras dan cuenta de que en muchas casas existía un lugar especialmente reserva-

do para lo sagrado, un espacio dedicado a la veneración de estas advocaciones o santos. Los fieles procuraban tener las imágenes de sus santos predilectos. Desde luego que, en la mentalidad popular, cada santo se “especializaba” en cierto tipo de ayuda o de milagros. De ahí la multiplicidad de representaciones hagiográficas en los hogares.

A los ojos del pueblo, la Virgen y los santos se tornaban particularmente necesarios a la hora de la muerte. En este trance, cuando la suerte eterna estaba por decidirse, su intercesión era fundamental, ya que podían, por medio de sus buenos oficios, alcanzar de Dios el perdón de los pecados.

Cada época, sociedad, clase social y grupo asumen constantemente mecanismos para mantener la paz mental ante la incertidumbre de una vida que se nos antoja día a día más difícil. Debemos tener en cuenta que la penetración de iglesias protestantes de las llamadas “históricas” y muchas sectas, responde a una necesidad de seguridad experimentada por el pueblo, que las elaboraciones teológicas populares de la era colonial ya no satisfacen. No es de extrañar la proliferación de “sustitutos” como los adivinadores, videntes, curanderos, espiritualistas, brujos y toda suerte de santones que se aprovechan de la necesidad del pueblo.

En otras palabras, nuestra patria continúa siendo tierra de misiones. Debemos predicar la Verdad, y ésta nos hará libres. 

¹ Las monedas de plata que circularon en el siglo XVIII eran del tipo llamado “columnario”. En su anverso mostraban la imagen de dos mundos entrelazados bajo una sola corona, colocados sobre un océano flanqueado por las columnas de Hércules. En la parte superior, la leyenda “*Utraque Unum*” que significaba “de ambos, uno”. En el reverso aparecía el escudo real y la leyenda

“por la gracia de Dios, rey de España y de las Indias”.

² Un precioso texto saltillense, la “Protestación” de Juan de Morales, escrita antes de 1650, se transcribe en el apéndice documental. Juan de Morales era un español nacido hacia 1580 en San Juan del Puerto, Andalucía. El texto es una acabada obra de teología y antropología que nos muestra cuáles ideas eran aceptables para los cristianos de la Nueva Vizcaya en la época de la fundación de Parras.. Seguramente contó con la asesoría de un sacerdote. Ese mundo de inseguridad y de culpa se trasluce de manera extraordinaria. AMS, Testamentos, c. 1, exp. 35.

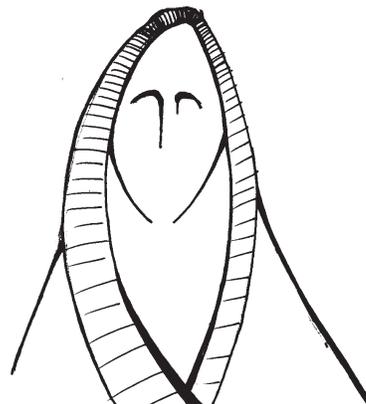
³ Aunque de acuerdo a la ley indiana, los testamentos debían contar con la *expositio* o profesión solemne de fe del creyente, ésta solía variar de persona a persona y mostraba claramente cuáles eran las actitudes que le movían a hacerla. Además, los santos a los que invocan y los oficios que les encomiendan son diferentes. Todos coinciden en mostrar a Dios muy lejano de la realidad humana. Cfr. Mijares Ramírez, *Escribanos*, 1997, p. 118.

⁴ Equiparable al martirio, es decir, a la pena de muerte como consecuencia directa de la confesión de la fe.

⁵ El sentido expiatorio de la muerte de Jesús aparece claramente en Isaías (los cantos del Siervo de Yahvéh) y a lo largo de todo el Nuevo Testamento, particularmente en la Carta de Pablo a los Hebreos.

⁶ Oración manuscrita parrense, AHCSILP, Libro de gastos 1797-1817, Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, exp. 175.

⁷ Es decir, los tiempos o divisiones del año litúrgico.



Los reyes por escrito

Retórica y política en los libros

de honras fúnebres

Sara Gabriela Baz Sánchez

*Cuando la persuasión se libera de la preocupación de la prueba,
predomina en ella el deseo de seducir y de agradar...*

PAUL RICOEUR, *La metáfora viva*

SARA GABRIELA BAZ SÁNCHEZ
Ciudad de México, 1976. Licenciada en Historia del Arte y maestra en Estudios de Arte por la Universidad Iberoamericana ciudad de México, candidata a maestra en Historiografía de México por la UAM, Unidad Azcapotzalco. Investigadora y docente en el Cedart Frida Kahlo del INBA, en la licenciatura en Historia del Arte y en el diplomado en Estudios del Arte de la UIA México. Ha publicado, entre otros, *La realidad subjetiva en expresión virreinal*. (Museo Nacional del Virreinato / Instituto Mexiquense de Cultura, 2002); “Imágenes apocalípticas en el arte de la Nueva España” en *Visiones Apocalípticas: cambio y regeneración. Siglos XVI al XX* (CONACULTA / INAH / Museo Nacional del Virreinato, 2000).
saraol@avantel.net

Todo arte tiene sus reglas básicas. Y el arte de configurar ideas para ser comunicadas no es la excepción. En los albores de un siglo que todavía no termina de resolver los enigmas planteados, a mediados de la centuria pasada, por el giro lingüístico, la retórica es una disciplina que sale de su tumba para ser objeto de autopsia por parte de los interesados en el análisis del discurso.

No es que me especialice en desenterrar muertos, pero el objeto de mi investigación —desde hace ya varios años— ha sido el discurso sobre la muerte, construido en muy diferentes líneas, por fuentes impresas durante el periodo novohispano, en un afán por desentrañar el significado de los mensajes que, tanto en aquellos siglos como en el nuestro, podemos encontrar al leer entre líneas. La diversidad de las fuentes hace aparecer esta tarea como propia de titanes, pero si se toma en con-

sideración una pequeña porción de esos productos culturales, se pueden establecer conclusiones relevantes respecto de la conformación de un imaginario colectivo, un sentido de la vida y un espacio de divulgación de las ideas políticas, entre otras cosas.

Comúnmente hablar del pasado virreinal de México (ss. XVI al XIX) implica luchar contra una serie de denuos que nos ponen en guardia ante un pasado monstruoso en el que nuestro territorio y las personas de sus antiguos moradores estuvieron en propiedad de alguien más. Plantear razonablemente esta idea sería materia (como ya lo ha sido en innumerables ocasiones) de cientos y cientos de cuartillas, y referencias a pie de página. Como mi propósito en este artículo es reflexionar acerca de cierto tipo de fuentes que configuran en la escritura tanto el sentido de la muerte como un espacio de divulga-

ción de las ideas políticas; quedémonos en que la Nueva España y su legado son parte integral de nuestro ser actual, y que lejos de constituir un episodio ominoso en la historia de México, se trata de un periodo de riqueza incalculable, pues se refiere al momento en que se acrisolaron nuestros principales componentes culturales.

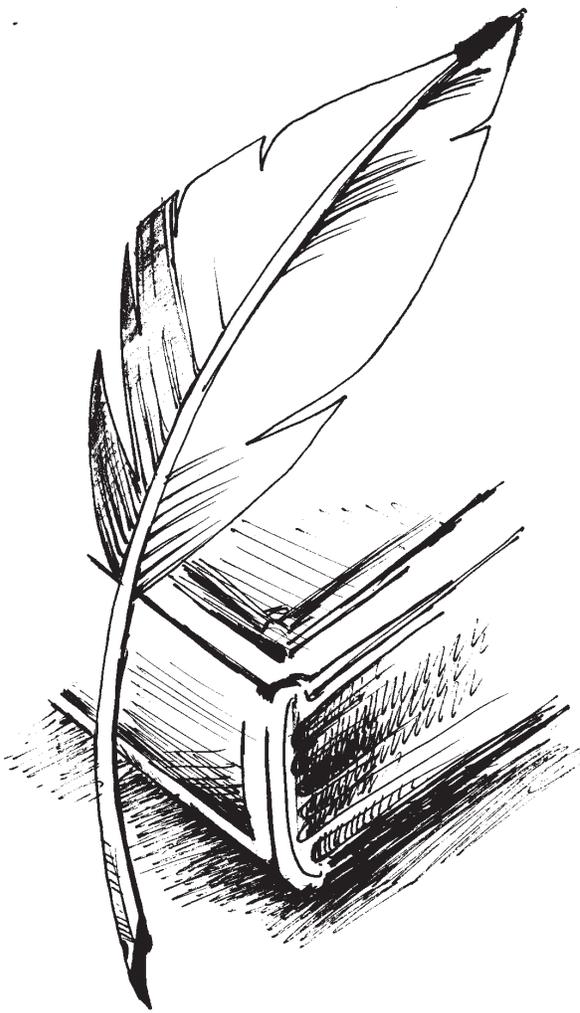
Si bien lidiar con la carga simbólica que implica estudiar el periodo virreinal no es poca cosa, trabajar con fuentes impresas que consisten en panegíricos (alabanzas o elogios) a la figura de las autoridades españolas, complica tremendamente el problema. Pocos han sido los estudiosos interesados en esta clase de publicaciones de tono laudatorio, y los que les han echado una mirada, han concluido, en diferentes momentos, que son un cúmulo farragoso de adulaciones escritas conforme a un formato preestablecido que poco aportan al conocimiento de la sociedad de aquel tiempo. En este rubro se encuentran los denominados *libros de honras fúnebres*, publicados a la muerte de algún personaje importante para la sociedad.

En realidad, los libros de honras fúnebres son mucho más que loas de difícil lectura. Se trata de publicaciones impresas durante los siglos XVI al XIX, tanto en España como en sus dominios de ultramar, cuyo objetivo era dejar registro de la ceremonia funeraria tributada a un personaje de alto rango o que hubiera favorecido extraordinariamente (con dádivas de cualquier tipo) a alguna corporación. Quienes en Nueva España merecían semejante deferencia, no necesariamente tenían que ser habitantes de alguna ciudad del virreinato, ni siquiera haber estado en América... Y es entonces cuando estas

fuentes resultan de mayor interés, pues si se refieren a funerales celebrados por los papas o los reyes, por ejemplo, tenemos un documento valiosísimo desde el punto de vista de la construcción textual de la figura de autoridad: ausente físicamente, pero muy presente desde su dimensión simbólica.

Los libros de honras fúnebres han sido adscritos por los estudiosos al género conocido como *literatura laudatoria* o *de índole celebratoria*; es decir, que tienen la finalidad de conmemorar y registrar los eventos que se llevaron a cabo en el marco de alguna celebración o fiesta. Su estructura es la siguiente: además de las licencias y aprobaciones que en la época eran necesarias para la impresión de cualquier libro, se incluye la descripción pormenorizada del evento (en este caso, la celebración del funeral) y los acontecimientos previos a su ejecución. Lo más importante era reunir los nombres y cargos de los participantes en dicha conmemoración: el virrey, los personajes destacados del cabildo civil, los comisionados para organizar la fiesta, los miembros de la Iglesia, etcétera.

Por lo que acabo de describir se podría pensar que los libros de honras fúnebres son algo así como una crónica de sociales, pero en realidad funcionan como un elemento probatorio ante la corona española de que la Nueva España, uno de sus vástagos más importantes en América (por extensión territorial, población y recursos económicos captados) era capaz de cumplir con el protocolo dictado por la costumbre y de esta manera, integrarse a la dinámica social del reino. Por si fuera poco, recordemos que el sistema burocrático que actualmente vivimos (y sufrimos) los mexicanos es una herencia directa



de nuestro pasado virreinal, así que, si hoy es importante “ser notado” como funcionario público para conservar el puesto, en aquel tiempo también era necesario probar los méritos realizados para obtener alguna especie de prebenda por parte del rey, así como el reconocimiento social y la conservación del cargo y la posición en la escala jerárquica.

Los libros que he estudiado se refieren a la construcción de la figura del monarca. El rey de España nunca pisó tierras americanas durante los tres siglos que en este artículo me ocupan. Era una presencia configurada simbólicamente por su ausencia: una entidad borrosa, pero asaz importante para los súbditos en tanto que tales, pues es el eje que organiza la sociedad estamentaria; quien dirige el destino de los pobladores novohispanos tanto económica, política y, en cierto sentido, moralmente. La monarquía católica española de aquellos siglos se hallaba permeada por un sentido mesiánico, que había justificado la empresa de conquista. La moral pública y privada de los súbditos se construía a partir de modelos de comportamiento promulgados por la Iglesia Católica, pero uno muy patente debía ser, sin duda, la persona del rey como ciudadano ideal, pese a que la realidad fuera muy distinta.

Considerando esto me dediqué a analizar los libros de honras fúnebres publicados con motivo de la celebración de las exequias por la muerte del rey, para lo cual revisé detenidamente cuatro publicaciones que salieron a la luz, a saber, en 1560 (Carlos V), 1701 (Carlos II), 1725 (Luis I) y 1789 (Carlos III).¹

En la sociedad virreinal, la capacidad de asombro se hallaba bastante menos vapuleada que en nuestro tiempo.

La rutina invadía las vidas de la mayor parte de los habitantes (como ahora), quienes no tenían la amplia gama de opciones de entretenimiento que actualmente tenemos. Cualquier evento motivado por algún suceso en el seno de la familia real, virreinal o de los prelados eclesiásticos; cualquier dedicación de un templo, plaza o mercado; la entrada a la ciudad de un nuevo virrey, implicaba un elemento de distracción de las actividades cotidianas y la oportunidad para gozar de un espectáculo, en el más amplio sentido de la palabra, pues el despliegue simbólico de todo discurso, en esos tiempos, se valía de recursos que movían el ánimo del espectador a sentir pasmo, a sorprenderse, a emocionarse fácilmente y a conmovirse por formar parte de la estructura del reino y del catolicismo. José Antonio Maravall, quien más ha estudiado este tipo de despliegues en un libro titulado *La cultura del barroco* (Barcelona: 1975), expone ampliamente que los recursos persuasivos empleados en este periodo tienen como objetivo causar el pasmo y el suspenso del espectador o público con base en la novedad de lo que se ofrece. Novedad, por supuesto, aparente, pues en el fondo lo que se hace es legitimar el sistema estamentario de la sociedad comandada por la monarquía:

Se emplean medios abundantes y costosos, se realiza un amplio esfuerzo, se hacen largos preparativos, se monta un complicado aparato, para buscar unos efectos, un placer o una sorpresa de breves instantes. El espectador se pregunta asombrado cuál no será el poder de quien todo eso hace para, aparentemente, alcanzar tan poca cosa, para la brevedad de unos instantes de placer.²

Los libros de honras fúnebres cumplían una función informativa y de recopilación de lo que se consideraba más relevante de un acontecimiento que, pese a estar normado por un protocolo de todos conocido, implicaba una irrupción en la cotidianeidad. En este sentido, fungían como informes a la corona española y cumplían el objetivo de instaurar un evento festivo de cualquier índole como parte del devenir, convirtiéndolo en historia. El acontecimiento se configura, en la escritura, como algo digno de ser recordado, y con él se instaura un discurso que funcionará como directriz del comportamiento de los súbditos.

En este marco de ideas, la retórica se constituye como una referencia fundamental. Ante todo, la retórica es el arte de la persuasión. Es definida comúnmente como el “arte del bien decir” y es un saber que tuvo vigencia desde que surgió como disciplina en la antigua Grecia hasta ya bien entrado el siglo XIX de nuestra era, cuando sus reglas y convenciones comenzaron a verse más como limitantes que como apoyos para crear y fundamentar un discurso. Esto es comprensible si se toma en cuenta la concepción romántica del genio creador que, para esas fechas, dominaba ya todos los ámbitos de la literatura.

En los siglos XVI, XVII y XVIII, la retórica había cobrado un auge inusitado, no como un conjunto de normas que permitían la adecuada enunciación de un discurso, sino como la *única* manera de articular una argumentación coherente y efectiva. No sólo consistía en decir las cosas con bellas palabras y construcciones que persuadieran a quien las escuchara o las leyera, sino que no se planteaba otra manera de organizar

las ideas para ser comunicadas, y por ello era una de las disciplinas más importantes en los estudios universitarios. El arte de la retórica debe sus reglas fundantes a Aristóteles. Seguramente fue practicada sin sistematización y autorreflexión desde tiempos homéricos,³ pero no hablamos de una disciplina propiamente dicha hasta que el Estagirita reflexionó sobre sus normas e implicaciones. En la concepción aristotélica, la retórica es “un acto lingüístico por excelencia, gracias al cual el hombre interactúa con los demás miembros de la *polis*”⁴ y por ello entraña el deseo de buscar el bien común. Desde esta perspectiva aristotélica, la retórica nunca está desvinculada del ámbito práctico (sobre todo, de la política y la ética), por lo que sus preceptos surgirán de las necesidades sociales y éticas dictadas por el medio y las circunstancias históricas.

Si en tiempos virreinales la retórica no servía sólo para embellecer el discurso y hacerlo persuasivo gracias a sus retruécanos, sino también para contar con reglas básicas de articulación, se puede plantear que se encontraba, a la vez, muy cerca y muy lejos de la demagogia. La retórica surgió estrechamente vinculada a la vida pública, a la oratoria en el foro o en el ágora; desde ese punto de vista, era la base para organizar las ideas, mientras que la oratoria se encargaba de enseñar cómo comunicarlas (por la vía oral) de manera efectiva. Conforme su uso se alejó de este contexto⁵ y sus reglas se ejercitaron constantemente en los estudios universitarios (desde que se consolidaron el *trivium* y el *quadrivium* medievales), implicó también el riesgo de convertirse paulatinamente en el arte de la demagogia y de la elaboración de dis-

ursos vacíos de significado, pero correctamente contruidos desde el punto de vista formal. Esto se debe a que, por un lado, la correcta aplicación de unas reglas ejercitadas hasta la saciedad permitía elaborar discursos que aparentaban ser argumentaciones coherentes de sucesos de interés público (algo muy importante para Aristóteles), pero en realidad, tales discursos podían carecer de todo contenido y significación.

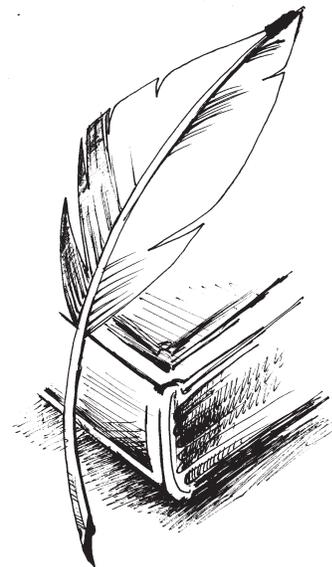
A la luz de estas consideraciones, podemos pensar entonces que en el marco de la sociedad virreinal la retórica permitía crear argumentaciones sobre cuestiones que no eran susceptibles de ser demostradas con pruebas fehacientes, y se encuentra que la construcción pública de la figura de autoridad representada en el monarca, podía, por vía de la escritura, realizarse sin ningún problema e independientemente de la calidad moral de la persona, que a fin de cuentas, estaba muy lejos. Dicha construcción tenía el propósito de legitimar al régimen monárquico, así como también la pertenencia de los novohispanos al mismo, con lo que se generaba tranquilidad para ambas partes.

Estamos ya lejos de aquella opinión sobre los libros de honras fúnebres que los consideraba como escritos de poca monta y realizados conforme a un “machote” para probar méritos personales ante la corona española. Son más que eso, decía antes, y ahora se ve por qué. Los libros de honras fúnebres representan la configuración de un espacio de divulgación de las ideas políticas: son, en sí mismos, medios de hacer política, tanto de la Corona hacia sus súbditos, como a la inversa. Y para comprender esto, es preciso introducir una idea que puede resultar un tanto ruidosa, pues se refiere a la conformación

de identidades. Son muchos los historiadores que se niegan a hablar de la constitución de una identidad nacional en tiempos virreinales. Por supuesto que yo también lo hago, pero lejos de plantear esta posibilidad cuando aún no se puede hablar de “nación”, propongo que los libros de honras fúnebres, en tanto que espacios de elaboración de las ideas políticas, permitían crear, por medio de su estructura argumental fundamentada en las leyes de la retórica, una base para representar (o autorrepresentar) a la sociedad virreinal.

Es indudable que los novohispanos (y para mayor referencia, cito el fenómeno cultural del criollismo) no se sintieron exactamente “iguales” a los españoles peninsulares.⁶ Ni aun aquellos que no se veían “manchados” por la presencia de sangre indígena o negra en sus venas. Nueva España entrañaba ya la diversidad cultural que percibimos en el México actual. Si echamos un ojo a escritos como la *Grandeza mexicana* de Bernardo de Balbuena (1604), los de Carlos de Sigüenza y Góngora (siglo XVII) o la *Historia antigua de México* del jesuita Francisco Xavier Clavigero en el exilio (1779), entendemos que había algo que distinguía a los nacidos en estas tierras y les hacía reclamar parte de un pasado que, pese a los esfuerzos del siglo XVI por borrarlo, fue surgiendo lentamente como bandera identitaria. Además, si los libros de honras fúnebres incluían la relación de nombres de los participantes en la organización de la ceremonia de exequias en honor al rey, la construcción retórica que se hacía de la argumentación que apuntalaba la imagen del monarca como ciudadano modelo, intercesor entre Dios y su pueblo, y prototipo de la grandeza en todos los sentidos, se-

guramente los receptores de ese discurso (los destinatarios finales eran por lo general, los reyes sucesores y la familia del muerto) vieron con agrado el tono halagüeño (y a veces empalagoso) de semejantes publicaciones y consideraron a sus autores dignos representantes de una tradición cultural que los hermanaba. Buenos súbditos, los novohispanos habían terminado por aprehender las normas de la civilización, dictadas por España: el objetivo se hallaba cumplido: civilizar América y a sus montaraces habitantes, engañados



por el demonio y exentos del premio de conocer a Dios. Ahora actuaban conforme a ese aparato civilizatorio que tanto tiempo le llevó construir a la Corona de España. Halagüeño, en verdad, mientras nadie parara mientes en el potencial que aquello tenía como espacio de conformación del orgullo novohispano.

Nuestros inicialmente aburridos libros de honras fúnebres se han transformado en discursos que fundamentan la presencia de un rey como el que nunca ha existido; se han convertido en documentos que conforman las ideas políticas y la historia, la crónica de un evento significativo como despliegue de la crema y nata de la sociedad novohispana y, por si fuera poco, en libros en los que el poeta encuentra un espacio⁷ que desea hacer bellas palabras, bellas imágenes, bellas ideas y bellas finalidades: integrar a los súbditos al proyecto de la Corona y a la vez, hacerlos sentir únicos, insuperables. 

Este artículo es resultado de una reflexión que parte de mi trabajo de titulación para obtener el grado de maestra en Historiografía de México en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco.

Bibliografía

- Beuchot Mauricio, *La retórica como pragmática y hermenéutica*, Anthropos, Barcelona: 1998.
 Maravall José Antonio, *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*, Ariel, Barcelona: 1983.
 Ricoeur Paul, *La metáfora viva*, Trotta, Ediciones Cristiandad, Madrid: 2001.

Notas

¹ Cervantes de Salazar Francisco, *El título imperial de la gran ciudad de México*, edición, prólogo y notas por Edmundo O'Gorman, México: Porrúa, colección Sepan Cuántos, no. 25, 1991. Mora Agustín de, *El sol eclipsado antes de llegar a su zenit. Real pira que encendió a la apagada luz del Rey NSD Carlos II, el Exmo Sr Don Joseph Sarmiento y Valladares, Caballero del Orden de Santiago, Conde de Moctezuma, y de Tula, Vis Conde de Ilucan, Señor de Monte Rosano de la Pesa Virrey, Gobernador, y Capitán General de esta Nueva España, y Presidente de su Real Audiencia*. México: Imprenta de Guillena Carrasco, 1701. Villerías José de, *Llanto de las estrellas al ocaso del Sol anochecido en el Oriente. Solemnes exequias, que a la augusta memoria del serenísimo y potentísimo señor Luis I, rey de las Españas, celebró el excelentísimo señor don Juan de Acuña, marqués de Casa-Fuerte, Cavallero del Orden de Santiago, y comendador de Adelfa en la de Alcántara, General de los Reales Exercitos, virrey Governador y Capitán General de esta Nueva España y Presidente de la Real Audiencia*, México: Imprenta de Joseph Bernardo de Hogal, 1725. Mier y Trespalacios Cosme de, *Reales exequias celebradas en la Santa Iglesia Catedral de México por el alma del señor Don Carlos III*, México: Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1789. Las tres últimas fuentes no han sido objeto de ediciones contemporáneas y los ejemplares pueden consultarse en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.

² Maravall José Antonio, *La cultura del Barroco...*, p. 488.

³ Beuchot Mauricio, *La retórica como pragmática y hermenéutica*, p. 12.

⁴ *Ibid.*, p. 11.

⁵ Debido a que, a la caída del Imperio Romano, la retórica y su enseñanza pasaron a ser propiedad casi exclusiva de la Iglesia Católica. Una panorámica de la historia de este arte se encuentra en Lechner Joan Marie, *Renaissance Concepts of the Commonplaces. An historical investigation of the general and universal ideas used in all argumentation and persuasion with special emphasis on the educational and literary tradition of the sixteenth and seventeenth centuries*, Connecticut: Greenwood Press Publishers, 1974.

⁶ Es muy numerosa la bibliografía al respecto; para contar con una perspectiva del tema puede consultarse Alberro Solange, *Del gachupín al criollo. O de cómo los españoles de México dejaron de serlo*, *Jornadas* 122, México: El Colegio de México, 1992.

⁷ En el sentido de *poiesis*, creación.

De informantes y continentes...

a propósito de fray Bernardino de Sahagún

Leonor Paulina Domínguez Valdés

En la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, fray Bernardino de Sahagún destina un capítulo en particular a hablar acerca de los informantes. Con el menor afán de ser arrogante, coincido con Palerm (Cfr: *Teoría etnológica*, UIA ciudad de México, 1976; *Los precursores*, SEPINAH, México, 1976) en que la vasta obra de Sahagún es de una riqueza invaluable, por la *cuasi* perfección metodológica, la riqueza del trabajo etnográfico y la profundidad del análisis e interpretación científicas. Por ello, la lectura de la obra completa de este autor se ha convertido en recurso obligado para la formación de científicos sociales y muy especialmente, de etnólogos y antropólogos socioculturales.

Sin temor a equivocarme, apostaría a que aún hoy día, la comprensión de la obra de fray Bernardino de Sahagún debiera ser conocida y estudiada (por lo menos algunas de sus partes) por las futuras generaciones de altos directivos empresariales. Nuevamente coincido con mi maestro en que al menos el volumen titulado *Vida económica de Teno-*

chtitlan, traducido y preparado bajo el cuidado de Angel María Garibay, debería ser objeto de análisis para todos aquellos que desean comprender la estrategia del arte de gobernar.

En Sahagún es notable su interés por lograr un cuidadoso aprendizaje de la lengua nativa, el registro escrito en la lengua original de los relatos de los informantes, la elaboración de un plan detallado de investigación, que abarca los aspectos fundamentales de la cultura y de la sociedad; la selección de los informantes, no sólo en busca de autoridad desde el punto de vista de sus conocimientos, sino también de representatividad de áreas geográficas y culturales, y de grupos sociales; “La primacía concedida a la evidencia empírica frente a los textos originales; la actitud crítica frente al material reunido, que se contrasta una y otra vez con otros materiales, estableciendo su congruencia interna, etcétera” (Palerm: 1976).

A la luz de la lectura de la obra de Sahagún, se descubre el papel tan im-

LEONOR PAULINA DOMÍNGUEZ VALDÉS
Licenciada en Antropología Social y maestra en Desarrollo Humano por la UIA ciudad de México, maestra en Orientación y Terapéutica familiar, especialista en Programación Neurolingüística por el Instituto Mexicano de Programación Neurolingüística. En el campo de la investigación: Senior Research Asóciate por la Universidad de Tennessee e investigadora asociada para el CONACYT. Profesora de tiempo en la UIA Torreón. Colaboradora en la compilación *Acequias de ensayo. Educación.*

portante que juegan los informantes en las instituciones y estructuras de gobierno. No obstante, el fraile siempre corrobora los datos obtenidos y los somete al análisis y la confrontación. Cuando la información ha sido confirmada por el investigador, constituye una fuente invaluable de conocimiento que le abre oportunidades, mismas que lo guían, abriéndole nuevos campos, sugiriéndole nuevos problemas a resolver y posibilitando que corrija errores.

Con el objeto de ejemplificar las cuestiones antes mencionadas, a continuación se agregan algunos fragmentos de la obra de Sahagún:

Y aquí está el por qué se narró que se llaman traficantes secretos.

Cuando los traficantes entraron en Tzinacantlan aún no había sido conquistado Tzinacantlan: al entrar no se descubría si eran mexicanos al ir disfrazados: se mostraban semejantes a ellos: se cortaban el pelo como los habitantes de Tzinacantlan, se cortaban el pelo como los de Cimatlan y se dejaban y cortaban el pelo como "chontales"; de igual modo se cortaban el pelo los traficantes, en todo los trataban de imitar... y aprendían su modo de hablar, con lo cual entraban de incógnito, en tal modo que nadie se daba cuenta de que eran mexicanos; se pintaban de rojo la cara...

Pero si en algún sitio eran descubiertos como mexicanos los traficantes secretos, luego eran matados: se hacía escarmiento de otros con ellos y sólo por obra divina salían ilesos. Pues ya vienen, cuando ya regresan, también así se les va acabando su aderezo, su disfraz, su pintura de cara con almagre.

Y cuando han llegado a Tochtepec son muy reverenciados hasta allí es donde dejan su aderezo con que anduvieron disfrazados con cara pintada, y allí dejan sus ropas de encubiertos.

También de modo igual mantuvo lo establecido, hizo seguir el mismo método: mucho glorificó al oficio de traficantes el oficio de espías disfrazados de traficantes.

Es excesiva la forma en que honró a los jefes de los traficantes, a los comerciantes disfrazados que bañan esclavos para el sacrificio, que venden gente que compraron: precisamente a su lado y junto a él los colocó, tal como habían engrandecido a ellos los señores y reyes todos que habían muerto, los que gobernaron la ciudad, la nación mexicana, la nación tlaltelolca.

Y en cuanto a los jefes militares de Tlatelolco y los jefes de los traficantes mucho se estrecharon unos con otros, mucha estimación se tenían, un solo ser era el suyo, mucho se estimaban, se hallaban unidos en un mismo gremio y organización.

Y en esta forma procedían los jefes de los traficantes y los comerciantes disfrazados: muy aparte llevaban su régimen: en parte distinta tenían su fuero:

Si algún traficante o comerciante disfrazado cometía un delito, no lo llevaban a otro, sino que ellos por su cuenta daban sentencia, castigaban, aplicaban pena de muerte". (Garibay: 1970)

Así como fray Bernardino de Sahagún destaca enormemente el papel de los informantes, cabe resaltar la función que históricamente han representado aquellas mujeres y hombres cuya tarea social es la de conciliar, moderar, equilibrar fuerzas, mitigar los conflictos y diseñar estrategias para poner en acto tácticas de contención y solución a los problemas que surgen en todo conglomerado social.

En algunos de los volúmenes de la obra de Sahagún, éste hace alusión al papel que desempeñan los continentes. No sin temor a incurrir en excesos, puedo percibir una enorme riqueza en los textos que describen las funciones

de estos sujetos, mismos que vistos a la luz de la construcción actual del tejido social podrían ser equivalentes a los actuales especialistas en el manejo de recursos humanos.

Nuevamente, el genio del fraile hace una exhaustiva descripción de las actividades que realizaban estos señores, los cuales, por la naturaleza de su labor, jugaron (juegan) un papel mucho más neutral-objetivo en los procesos de dirección empresarial y de ejecución de las funciones de gobierno. A diferencia de los informantes, los continentes no se disfrazaban ni se enmascaraban, éstos nunca perdían su identidad.

Los continentes a veces actuaban como asesores, ahora como consejeros, como apaciguadores de querellas, o como mentores. “Y en esta forma procedían los continentes, que no tenían ni régimen ni fuero aparte, sino el mismo que todos, pero eran gente de todo fiar y también estaban unidos en un mismo gremio y organización”.

Hoy día la obra de Sahagún precisa de un análisis exhaustivo desde cualquier posición que se le quiera abordar. Ya sea desde la pertinencia del análisis científico social, desde las enormes posibilidades de convertirse en un instrumento para la formación de dirigentes de instituciones públicas y religiosas, o bien, como instrumento para la formación de altos ejecutivos empresariales.

La suma de los doce libros que constituyen la *Historia general de las cosas de la Nueva España* nos da un total de un mil noventa y un páginas, cada una de ellas escrita con tal erudición y pureza, que resulta irrespetuoso mutilar los libros para extraer solamente unas cuantas citas.

Cuando el que hace el convite ha terminado de incensar, ya salen los que han de danzar; el jefe de tropas, el jefe del arsenal, en suma, todos los “de cabeza rapada” y los

“otomies”, los capitanes de guerra, los comandantes primeros.

Por lo que hace a los jefes de traficantes veteranos eran los que recibían a la gente con flores y cañas de tabaco, con collares de papel con espejitos verdes y un penacho de fibra de maguey con lunetas de metal precioso (Garibay: 1970). 

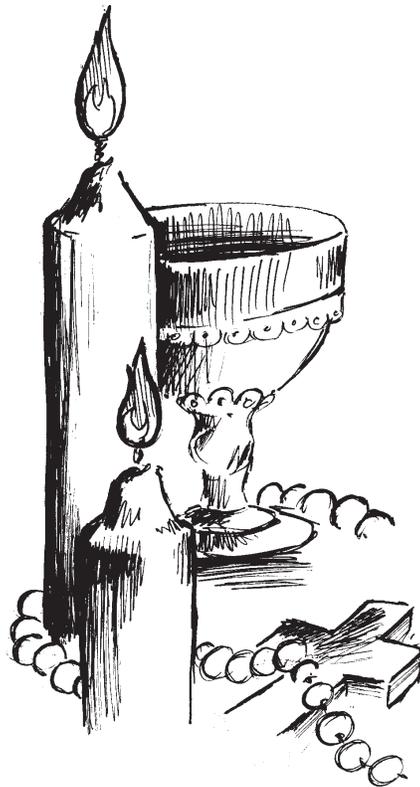
Invierno de 2005

Bibliografía

Palerm Angel, *Teoría etnológica*, Mexico: UIA ciudad de México, 1ª ed., 1976.

_____, *Historia de la etnología, Los Precursores*, México: SEP-INAH, 1976.

Sahagún Bernardino fray, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Ángel María Garibay (trad.), México: Porrúa, 1975.



¿Para qué

filosofar?

la humanidad en la encrucijada...

Martín López Calva

MARTÍN LÓPEZ CALVA

Doctor en Educación y recién nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad Mesoamericana (2005). Fue becario del Instituto Loneragan de Boston College en el año académico 1997-1998. Académico numerario y director general de Servicios Educativos Universitarios, responsable del proceso de revisión de la estructura curricular (2000-2003), y coordinador del seminario de Investigación reflexiva de la educación de la Universidad Iberoamericana Puebla. Asesor de la junta de rectores en el Consejo Académico del Sistema Universitario Jesuita. Ha publicado diversos libros y artículos con el tema de la educación.

*¿Para qué filosofar?
Nada sabes ni sabrás.
Sólo hay astros, tierra
y mar,
y tu vida
que se escapa sin cesar.*

ELÍAS NANDINO

¿Para que filosofar? Podría ser una pregunta central sobre todo en esta época en la que, como de alguna manera afirma Javier Prado en su libro: “nada sabes ni sabrás...”, porque estamos en un mundo en el que no es posible saber y sin embargo es posible afirmar que no sabremos nunca. Un mundo en el que no hay verdad absoluta, pero se afirma en esta tónica la inexistencia de la verdad absoluta.

¿Para qué filosofar? En este mundo en el que solamente hay astros, mar, un universo inmenso y misterioso al que de pronto le tememos al tiempo que lo queremos medir con toda precisión. Un mundo en el que parece no tener espacio la reflexión porque la vida se escapa sin cesar y sobre todo, sin sentido.

Salomón en la encrucijada es una apuesta, una afirmación, una convic-

ción profunda. Una apuesta por la validez más pertinente que nunca, de la filosofía como una necesidad humana que posibilite la comprensión del mundo, para poder saber, aunque siempre parcialmente y con oscuridades; una afirmación acerca del valor del pensamiento filosófico para iluminar un poco el camino que parece estar totalmente en tinieblas para la humanidad; una convicción profunda que nace de la verdadera vocación del filósofo que es Javier Prado y que es la convicción de que si bien los dilemas éticos que la obra presenta no tendrán una respuesta única y definitiva ni hoy ni probablemente en el futuro, vale la pena filosofar porque avanzamos como humanidad en la progresiva y siempre provisional comprensión del misterio de lo que somos, damos pequeños pasos que nos sirven para andar un camino en constante descubrimiento, pero no por eso inexistente.

Esta es la primera lección que podemos obtener al acercarnos a este libro: ¿para qué filosofar? Para ser humanos, para entender nuestro ser humanos, para vivir un poco más conciente y plenamente esta vida que, individualmente, se nos escapa sin cesar pero si-

que viviendo en ese “futuro que es de todos” al que se refiere Benedetti en uno de sus poemas (“Tengo un futuro que es mío/ y un futuro que es de todos/ El mío se acaba mañana/ pero sobrevive el otro”).

La reflexión filosófica, y en este caso más puntualmente la reflexión ética, tiene sentido y continua vigente porque es la reflexión sobre lo que significa “la buena vida” humana, a la que hace referencia recurrente el autor y que parece ser la meta que propone no abstractamente como ideal inalcanzable, sino concretamente en la reflexión profunda y en la vivencia cotidiana de los seres humanos siempre exigidos a construir su propia humanidad sin saber exactamente lo que esto significa en cada época.

1. A largo plazo: el tiempo del filósofo

*Valiente en la medida de su maldad,
la gota se arriesga
a perforar la montaña
en los próximos cien mil años*

JOSÉ EMILIO PACHECO

La apuesta por filosofar es posible porque aún en un tiempo en el que el presente se vuelve el criterio único y último para vivir la vida, el tiempo del filósofo es el tiempo de larga duración de la humanidad y no el tiempo fugaz de los humanos.

El autor de *Salomón en la encrucijada* nos presenta tres dilemas éticos, que son igual número de conflictos históricos de la humanidad para comprender y vivir su propia humanidad y que representan, en la imagen de este rey de los judíos, famoso por su sabiduría, a la humanidad toda en la encrucijada de su propio drama histórico.

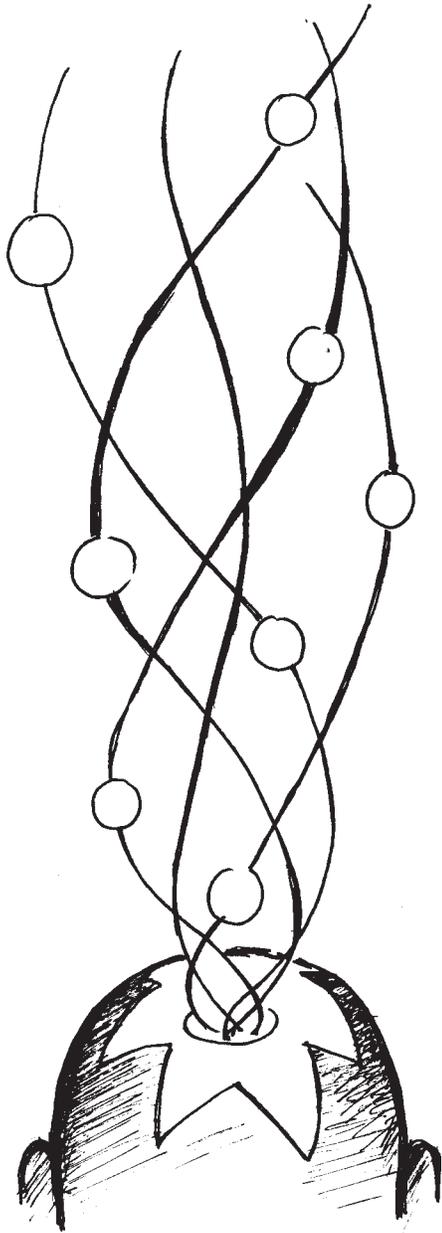
Así como la gota de agua se arriesga a perforar la montaña en los “próximos cien mil años” y no tiene prisa, el li-

bro nos muestra cómo los dilemas éticos entre felicidad y deber, individualismo y comunitarismo, justicia solidaria o liberalismo a ultranza, son encrucijadas que han sido pensadas, expresadas y vividas de distinta manera por los seres humanos y por los filósofos desde Aristóteles hasta Trías o Zubiri, desde un McIntyre que rescata a Aristóteles hasta un Taylor que sigue a Hegel, desde los comunitaristas que beben de Aristóteles o Hegel hasta Rorty que contradice a Kant o Van Parijs que actualiza al marxismo.

Los dilemas que presenta *Salomón...* son dilemas que, como afirma el autor hacia el final de los tres ensayos que componen la parte medular, no son nuevos ni tampoco podemos afirmar que están resueltos en todos estos siglos de filosofar sobre la buena vida humana y su significado, y probablemente no serán resueltos de manera definitiva en el futuro, porque lo humano, como misterio, no parece tener posibilidades de resolverse jamás de manera última o completa.

Pero el tiempo del filósofo es el tiempo de la humanidad “en el instante de su ser que es todo el tiempo” (Loneragan) y por eso, de manera muy nítida y sintética, a la vez que completa, didáctica y rigurosa, Javier Prado nos hace un recorrido por distintas respuestas a estos dilemas, sin dejarnos solamente en el repaso erudito de autores o conceptos, sino guiándonos como un maestro que sabe el camino hacia una respuesta probable, abierta, no exenta de nuevas preguntas o de limitaciones, como toda respuesta humana, aunque nunca vacilante o ambigua.

Ambas cosas se agradecen en un libro: en el tiempo del “¡hoy, hoy, hoy!” resulta siempre reconfortante y retador encontrar un texto que presente una perspectiva histórica con visión de futuro; en el tiempo de las respues-



tas ambiguas y la falta de compromiso para afirmar algo, es un signo de valentía y honestidad encontrar un autor que se atreve a dar sus propias respuestas.

2. ¿Poesía o Filosofía?: la belleza de la búsqueda de la verdad

Los poetas tienen cien veces mejor sentido que los filósofos; aquellos buscando la belleza, encuentran más verdades que éstos que buscan la verdad.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Aunque en esta cita Ortega afirma la supremacía de los poetas que al buscar la belleza encuentran muchas más verdades que los filósofos que las buscan de manera rigurosa y sistemática, en *Salomón...* como en otra obra del mismo autor podemos también encontrar que la búsqueda de la verdad, cuando ocurre con inteligencia clara, lucidez crítica y convicción responsable, puede encontrar la belleza.

Al menos esta es mi sensación subjetiva al estar frente al texto y dialogar con él. La sensación de encontrarme ante una búsqueda honesta e inteligente de verdad que logra por esa misma autenticidad, producir belleza. Belleza en la expresión, en el lenguaje, en la fluidez de un proceso pedagógico que va caminando el lector de la mano del autor, en lo genuinamente humano que resuena en el lector que se encuentra y dialoga con la humanidad de un filósofo con quien se identifica en lo profundo porque tiene una misma aspiración: la de entender y sobre todo, la de vivir una vida buena, humanamente buena y no sólo aparentemente buena.

De manera que así como los poetas buscando belleza encuentran verdades, es posible al leer este conjunto de ensayos, confirmar que los filósofos al buscar verdades, pueden encontrar belleza.

3. El miedo y la duda: en busca de lo humano desde lo humano

*De quien te dice: tengo miedo,
no dudas.*

*De quien te dice que no duda,
ten miedo.*

ERICH FRIED

Salomón en la encrucijada puede ser un espejo para mirarnos, porque es una reflexión que va en busca de lo humano desde lo humano, es decir, que busca la buena vida humana desde el límite, la duda y el miedo que significa ser “seres fronterizos” como dice Prado revisando a Trias. Seres que viven entre la animalidad de las bestias y la divinidad de los ángeles, y que por eso tienen que conciliar la búsqueda de felicidad con el deber fundamental de ser humanos: seres de frontera, que no pueden ser ángeles ni deben ser bestias.

Un espejo donde podemos reconocer la inmensa necesidad e influencia de la comunidad en cada ser humano, pero al mismo tiempo, la defensa necesaria de la individualidad frente a la comunidad que amenaza la identidad personal; un espejo en el que reconocemos la condición humana que nos define, caracterizada como afirma Freud por la paradoja: “Un intenso egoísmo protege contra la enfermedad, pero al fin y al cabo, hemos de comenzar a amar para no enfermar”. Una condición humana marcada por la necesidad de amar para no enfermar; pero que a veces cae en el amor que enferma; una condición que necesita de un intenso egoísmo para protegerse de la enfermedad, pero que puede enfermar de egoísmo.

Nos encontramos con un libro que nos invita al diálogo con los diversos autores que se nos presentan, pero sobre todo, al diálogo con nosotros mismos desde una serie de ensayos que parten de la duda, del reconocimiento de la indigencia y el miedo humanos, lo

cual nos asegura la seriedad del texto y nos resguarda del miedo ante un autor que no teme reconocer que duda y que de sus dudas y de las nuestras es precisamente de donde nacen las pequeñas pero indispensables luces que iluminan el camino.

4. Dilemas: ¿disyuntivas o retos?

Tres dilemas morales nos presenta *Salomón...* en igual número de ensayos ensayos breves pero excelentemente estructurados. Tres dilemas que, como ya se había mencionado son:

—El dilema entre la felicidad y el deber

—El dilema entre el individualismo y el comunitarismo

—El dilema entre la justicia y la libertad (justicia solidaria o liberalismo a ultranza)

Una lectura superficial podría dar a entender que al hablar de dilemas se está hablando de disyuntivas, es decir, de elegir entre felicidad o deber, entre individuo o comunidad, entre justicia y libertad. Pronto queda aclarado el término y el lector cae en la cuenta de que al hablar de dilemas no se está hablando de disyuntivas o que, en todo caso, se trata de falsas disyuntivas.

La lectura detenida y atenta del libro nos evidencia claramente que se trata de dilemas en el sentido de retos o paradojas que hay que ir enfrentando, una especie de “antinomias” como llama Bruner a ciertos pares de afirmaciones contradictorias, ambas verdaderas, que es necesario enfrentar en el proceso educativo. En efecto, los dilemas que presenta la obra nos plantean el reto de conciliar, de encontrar el criterio o el enfoque que **concilie** la búsqueda de la felicidad con el deber, la autonomía individual con el sentido de comunidad y la justicia solidaria con el respeto a las libertades individuales y la no imposición.

En el primer dilema Prado nos presenta como posibles salidas los planteamientos de la *ética del límite* de Trias, de la *estima de sí sobre el respeto de sí* de Ricoeur y de la *realidad deudora* de Zubiri, concluyendo que es posible articular felicidad y deber porque el deber es la posibilidad más conducente a la felicidad. Se opta pues, por el polo felicitante pero articulado con el deber que guía este dinamismo hacia la felicidad.

En el segundo, luego de revisar el planteamiento comunitarista que afirma que los fines o propósitos de la vida humana están en la comunidad y el yo viene después, el autor trata de encontrar una salida ética analizando la *ética como amor propio* de Savater, la propuesta de *construcción de comunidades que compartan una noción de bien* en McIntyre y de *formación de ciudadanía que rescate a partir de la individualidad, el compromiso comunitario* en Victoria Camps, así como la *ética de la compasión a partir del rostro del otro* en Lévinas, hasta llegar a una propuesta que plantea como la más convincente, que es la de la *autenticidad* presentada por Charles Taylor, filósofo canadiense que ve a la autenticidad como la posibilidad de ser “fiel a uno mismo”, de decidir por uno mismo lo que conviene y no a partir de influencias externas. La autenticidad es equivalente a la autorrealización, pero como ésta no puede darse si no es “en diálogo con o a pesar de, las identidades que los otros significativos” pretenden asignarnos, el ser humano que va buscando ser auténtico, congruente consigo mismo, tiene al mismo tiempo y en esa misma fidelidad, la necesidad de encontrarse con el otro, de definirse a sí mismo “de cara al otro y a la sociedad”.

De manera personal coincido con este planteamiento como posible enfoque de salida para el dilema, y sostengo la utilidad que el significado de au-

tenticidad, entendido de manera convergente y desarrollado muy amplia y detalladamente por Bernard Lonergan, sj, en *Insight* y sobre todo, en *Método en teología*, tendrían para acercarse a una mejor comprensión de dicha salida que articula la necesidad de una búsqueda de autonomía que no solamente no está reñida con la construcción de comunidad a partir del encuentro con el otro, sino que se da desde este mismo encuentro, desde este “nosotros originante... que precede a la distinción de los sujetos y sobrevive a su olvido”, al que Lonergan y otros autores llaman *intersubjetividad humana*.

El tercer dilema ocupa el ensayo más extenso porque revisa una serie de planteamientos que muestran desde la polarización de defensa ultraliberal de Nozick y el anarcocapitalismo que plantea el extremo de que “cobrar impuestos es un robo a los ciudadanos por parte del Estado”; o el concepto de justicia como “lealtad ampliada” de Rorty, que cae en el etnocentrismo, hasta las diversas posiciones solidarias como las del utilitarismo de Mill que es la respuesta —“tímida” desde el punto de vista del autor— a partir del liberalismo a las exigencias de justicia; la del comunitarismo y sus “esferas de justicia” que critica el monopolio del dinero y concibe a la justicia como el “arte de la diferenciación”; la del marxismo analítico y su visión de “Libertad real para todos”; y la teoría de justicia de Rawls.

La conclusión del autor en este dilema es en primer lugar la afirmación de la urgencia de enfrentar el reto de la justicia en el mundo liberal contemporáneo. La posible solución para esta urgencia se plantea como la necesidad imperiosa de mejorar la suerte de los menos favorecidos, que en este mundo actual son la mayoría, sea aplicando el principio de diferencia rawlsiano

o el “subsido universal garantizado” planteado por el marxismo analítico. La importancia de preservar las libertades individuales, pero enfrentando al mismo tiempo el reto inaplazable de la construcción de la justicia, es la respuesta a este dilema y parece estar, en términos sintéticos, en el tercer concepto planteado por la revolución francesa como ideal de la sociedad moderna y olvidado, según Prado — que coincide con Paz en este punto—, por los sistemas políticos, económicos y sociales que han derivado de este movimiento: la fraternidad.

En síntesis, el autor plantea como salida a estos dilemas: la búsqueda de felicidad que articula el deber, la autenticidad humana que concilia la autonomía individual con el reconocimiento y la compasión del otro y hacia el otro, y la instauración de la justicia que respeta las libertades individuales mínimas para evitar la “imposición del bien”. Como acertadamente señala Prado, estas salidas se ven fuertemente dificultadas en su realización por el contexto mundial de hoy, en el que el polo felicitante deviene en hedonismo y vida *light*, la sociedad neoliberal sacraliza el individualismo y la competencia entre individuos a costa de la desaparición u olvido del otro y la consecuente renuncia a la justicia en un mundo de consumo mediático en el que existen cada vez menos “inforricos”, más ricos y mayor número de “infopobres”, más pobres, por la concentración excesiva del saber, el poder y el tener en las elites más privilegiadas de la sociedad.

Finalmente, y reforzando lo dicho anteriormente acerca de la concepción positiva de los dilemas éticos para la vida humana, el autor nos habla de los límites de la sabiduría humana “y también de la nuestra”, es decir, refuerza el fundamento antropológico desde el límite y el devenir, y la necesidad de en-



MIRA OJA

LECTURAS CON SENTIDO PARA DIALOGAR CON LO COTIDIANO
Revista Trimestral

CENTRO IGNACIANO DE ESPIRITUALIDAD
Lope de Vega 265, C.P. 44150
Guadalajara, Jalisco, México

Teléfono: 01 (33) 3615 6252
Fax: 01 (33) 3616 1100

contacto@revistamirada.com
www.revistamirada.com

frentar los dilemas “que nos hacen fuertes”, aunque provoquen angustia, porque la certeza o seguridad que brinda optar por uno de los dos polos de cada dilema, es una falsa seguridad que no nos hace mejores seres humanos.

*Dicen que el tiempo
no existe.*

*Pero si no existe
¿por qué se va?*

ELÍAS NANDINO

Desde esta perspectiva que asume la complejidad de lo humano y su misterio o sus misterios y dilemas no solamente como ineludibles, sino como positivos y necesarios para la humanización progresiva, Javier Prado nos invita a que “siga la conversación” y a que sigamos “redescribiendo el mundo”. Una invitación a la humildad que nos hace crecer a partir del enfrentamiento con el miedo y la duda, el reflexionar continuo de los dilemas que nos plantea la búsqueda de una “buena vida” humana para todos en cada realidad concreta.

5. Bonus Track: tres “ramificaciones dilemáticas”

A partir de estos tres grandes dilemas Salomón... nos presenta como anexos tres “ramificaciones dilemáticas” o reflexiones aplicadas del mismo autor sobre temas de actualidad para nuestro mundo humano y educativo.

El primero de ellos sobre la “Educación moral en una sociedad postmoderna”. En este ensayo el punto de partida es un análisis general breve, pero relativamente certero, del contexto actual como un contexto sincrético y (des)educado por la sociedad mediática. Digo relativamente certero porque desde mi punto de vista muy personal como lector inserto en la reflexión sobre esta sociedad y específicamente en

cuanto a la educación en valores, el diagnóstico de la sociedad mediática me parece demasiado cargado hacia lo negativo y creo que puede llevarnos a una postura pesimista o aún neoconservadora acerca de la realidad de las nuevas generaciones. Los medios están aquí, tienen sin duda una influencia educativa o deseducativa como pueden serlo todas las influencias que recibimos durante nuestra vida. Los medios tienen un impacto sobre el modo de percibir, comprender, conocer y enfrentar la realidad de los niños y jóvenes, pero más allá de satanizarlos o de exaltarlos, se tienen que ver como parte del contexto y, desde allí para el planteamiento de la educación de los seres humanos concretos de la sociedad mediática y de consumo. ¿Qué significa una buena vida humana en estos tiempos? Seguramente hay mucho que reflexionar sobre el tema, pero sin duda no será una vida al margen de los medios o el consumo.

Por otra parte, coincido con los lineamientos generales que se proponen hacia una educación valoral o moral y en el problema de la disciplina —explicado bastante claramente para evitar una interpretación errónea— como un problema básico de la educación moral en nuestros tiempos. Sin embargo, los aterrizajes concretos o los puntos finos merecerían un tratamiento más amplio para evitar generalizaciones confusas como la de adjetivar la propuesta freiriana como idealista con argumentos que no son suficientemente aclarados y que dejan entrever una visión tradicional del papel del docente como “el que sabe” y del alumno como “el que no sabe”; o clasificar a Kohlberg dentro de la corriente de clarificación valoral, cuando un enfoque que pretende superar explícitamente en su obra a través de su pro-

puesta de razonamiento moral; o afirmar que en las evaluaciones a la educación “sale mejor librada” la pública que la privada, cuando los estudios más recientes del INEE muestran lo contrario (lo cual tiene muchas variables y no necesariamente es atribuible a las instituciones privadas).

Aunque, coincido plenamente con las estrategias propuestas en el ensayo hacia una formación moral acorde a los tiempos y con la visión de esta educación como integral.

No me extenderé más en los otros dos ensayos. Simplemente menciono que el segundo trata acerca de la necesidad de percibirse a uno mismo sin temor como base para ir descubriendo o construyendo la felicidad, y contiene un bello recorrido a través de la idea de felicidad y sus posibilidades de realización en la vida humana. Una defensa de la felicidad que sin duda es importante y valiosa para la reflexión y que cierra con el famoso poema “Remordimiento” de Borges... “he cometido el peor de los pecados: no he sido feliz...” Y el planteamiento de la consigna de Wittgenstein: “Sé feliz” como único imperativo que vale.

El tercer ensayo nos lleva a una revisión sintética de los rasgos fundamentales del llamado neoliberalismo y a una crítica no desde sus fundamentos científicos, sino a partir de sus fundamentos filosóficos y éticos, donde se plantean los principales “valores y contravalores” de este sistema y se formula la pregunta por una alternativa viable frente a este modelo dominante, planteando la necesidad de la solidaridad y de una visión realista que poniendo de manifiesto lo utópico del Evangelio, concilie crecimiento y distribución, asuma la globalización e incorpore la preocupación ecológica y la consolidación democrática. De entre las posiciones frente al problema, me descu-

bro plenamente entre los perplejos, aunque quizá habría que buscar la categoría de los perplejos críticos, que aunque no saben cómo, quieren comprometerse con la búsqueda del cambio real.

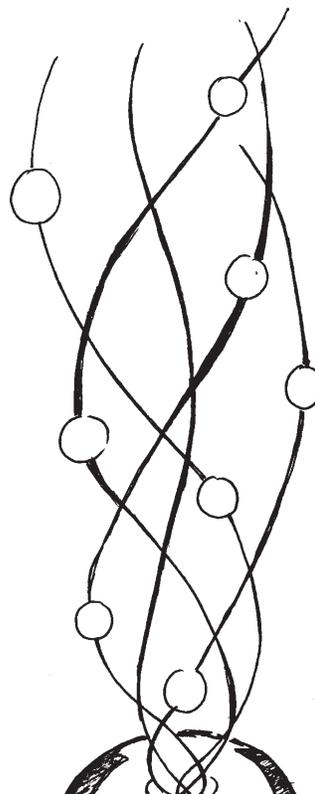
Finalmente, así como “la explicación más plausible (es) siempre provisional”, la presentación más cuidadosa y afectuosa es siempre subjetiva y parcial, por lo que el interés de ésta, como el de cualquier otra, más que agotar el tema del libro, es servir de pretexto para invitar a su lectura. Porque como bien dice Elías Nandino:

*Al libro que no circula
le pasa lo que a la sangre
se coagula*

ELÍAS NANDINO

No dejemos que *Salomón en la encrucijada* se coagule.

Javier Prado Galán, *Salomón en la encrucijada*.
Tres dilemas ético, Calima ediciones, Palma de Mallorca: 2004.



¿Existe el pensamiento latinoamericano?

Aspectos del pensamiento

de Tomás Eloy Martínez

Héctor Valle

HÉCTOR VALLE

Montevideo, 1954. Asesor en comunicación y organización con capacitación tanto en Uruguay como en Brasil; director de la Cátedra Libre de Filosofía de la Alteridad. Ha dictado conferencias en diferentes centros educativos de Argentina y Uruguay. Sus ensayos de temas filosóficos han aparecido en medios impresos de Argentina, España y México. Es columnista regular en la revista *La Onda*. hectorvalle@adinet.com.uy.

El pensamiento no tiene fronteras pero ciertamente la identidad asumida habilita un pensar libre y, a la vez, propio. Ciertamente vemos cómo algunos, motivados por un anhelo de mayor cohesión social y política en la región, buscan un pensamiento propio para América Latina; también hay otra gente que procura un resurgimiento de las ideas latinoamericanistas.

Así las cosas, visitamos al pensador argentino Tomás Eloy Martínez, quien con su habitual claridad expositiva y hondura conceptual, dice y dice bien respecto de no pocos ámbitos de la situación de nuestros pueblos.

Cuando Eloy, con altura de miras, advierte que el poder de hoy es iletrado, está dando un diagnóstico objetivo y certero.¹ Dice más: “El poder de hoy, a diferencia de la Argentina de hace un siglo, es iletrado. Al mismo tiempo desconfiado, sordo y ciego. Pero hay que comparar un poco”. Esto se repite en muchos de nuestros gobiernos, e incluso, en no menos casos incluye a sus respectivas fuerzas opositoras, —con honrosas excepciones—.

Ahora bien, por más que otros especialistas vayan en busca, presumiblemente, de un pensamiento crítico ante un resurgimiento de las ideas latinoamericanistas, con la consiguiente creación de un núcleo de ideas muy fuerte, como bien dice el historiador Waldo Ansaldi,² los intelectuales debemos antes hacer oír nuestra voz para que la historia —la propia historia que Ansaldi tan bien desarrolla en sus intervenciones públicas— llegue a todos. Pero especialmente a los políticos que conducen el destino de nuestras naciones, porque el desconocimiento de la misma es tan dañino como inhabilitante para promover un pensamiento que pueda conllevar a una comprensión cabal del presente para mejor ver el porvenir de nuestros pueblos.

Así y todo, necesitados de recordar nuestro pasado, es cierto también lo que Eloy Martínez afirma respecto de la fácil invocación que hoy por hoy realizan unos y otros en la región respecto de Simón Bolívar —él lo vincula con la reciente constitución de la Comunidad Sudamericana de Naciones, pro-

yecto lanzado en la ciudad de Cuzco, Perú en diciembre del 2004—.³

En su habitual columna del diario *La Nación* de Buenos Aires, Eloy promueve en la citada nota, primero la regeneración moral que la integración total y efectiva, puesto que como advierte con propiedad, la Comunidad Sudamericana de Naciones parte de una certeza de unidad, no de la duda bolivariana. A su vez, presenta otros problemas asociados al primero por resolver, y que tienen que ver tanto con la estabilidad institucional de las naciones, como con la corrupción, factor no menos grave pero que, lamentablemente, tiene presencia en todo Occidente.

Eloy reafirma lo que para Bolívar era central: la regeneración moral, algo que, nos dice el pensador argentino, no está presente en la lista de prioridades de la Comunidad, como no lo está, decimos nosotros, en la de muchos gobiernos de nuestros pueblos.

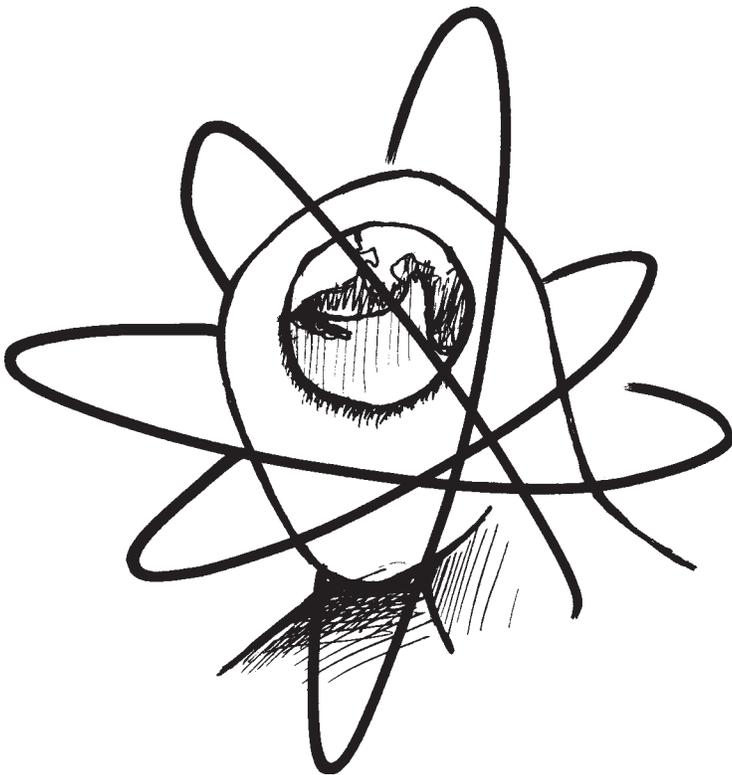
Todo ello no evidencia en Eloy Martínez ni en nosotros una postura contraria a la constitución de tal Comunidad, sino que alude a cómo muchas veces la prisa de una agenda omite aspectos centrales que luego, aunque trabajosamente, resulta inevitable incluir ante los vaivenes a que justamente la débil constitución moral de bastantes dirigentes políticos conduce tan nobles objetivos, que terminan siendo letra muerta; por cierto, esto es algo que desde ya confiamos no ocurra en este caso, no otra vez.

Hora es, pues, que los gobiernos que hoy rigen los destinos de nuestras naciones como aquellos otros que próximamente los asumirán —en países como Uruguay, donde se apresta a darse un cambio histórico en su conducción política—, se haga carne el discurso elec-

toral, y la coherencia entre pensar y hacer marque, modestamente, un rumbo en la dirección de un pueblo que, poco a poco, pueda ser vista y tenida en cuenta por aquellos otros pueblos que o no pudieron darse tal estadio de sinceramiento ético o van en camino de ello, pero muy lentamente. Todo está por verse en ese sentido, y como corresponde, alentamos un espíritu esperanzado en la materialización de tal acción republicana.

El argentino Eloy Martínez en su ensayo *Defensa de la utopía*,⁴ remarca la vinculación entre periodismo y pensamiento en América Latina, cuando dice que “todos, absolutamente todos los escritores de América Latina fueron alguna vez periodistas. Y a la inversa: casi todos los grandes periodistas se convirtieron, tarde o temprano, en grandes escritores. Esa mutua fecundación”, constata Eloy, “fue posible porque, para los escritores verdaderos, el periodismo nunca fue un mero modo de ganarse la vida, sino un recurso providencial para GANAR la vida.” Y aquí tenemos un marcado acierto de este argentino que, a no dudar, es uno de nuestros pensadores vivos de mayor nivel.

El periodismo en América Latina no solamente está asociado, indisolublemente, a la mejor historia viva de su literatura y también de su filosofía, a lo largo y a lo ancho de este crisol de pueblos que la componen. Dice más Eloy Martínez, acercándose junto con nosotros, a lo que hoy queremos y debemos transmitir a todos: la imperiosa necesidad de visitar nuestra historia, la historia de nuestro pensamiento latinoamericano que no se adjetiva para excluir a nadie, sino porque tiene identidad y altura pudiendo así erguirse y ver más allá las posibles salidas a la des-



igualdad flagrante en que vive tantísima gente en esta tierra compartida.

Habla el argentino del periodista en estos términos:

El periodismo encuentra su sistema actual de representación y la verdad de su lenguaje en el momento en que se impone una nueva ética. Según esa ética, el periodista no es un agente pasivo que observa la realidad y la comunica; no es una mera polea de transmisión entre las fuentes y el lector, si-no ante todo, una voz a través de la cual se puede pensar la realidad, reconocer las emociones y las tensiones secretas de la realidad, entender el por qué y el para qué y el cómo de las cosas con el deslumbramiento de quien las está viendo por primera vez.

Y agrega seguidamente: “Siempre que las sociedades han estado a punto de cambiar de piel, los primeros síntomas de ese cambio han aparecido en la cultura.”

Este fuerte llamado de Eloy a la conciencia de todos nosotros, encuentra mayor repercusión, mejor acústica, si cabe, cuando advierte algo por demás grave:

Es en el orden de la cultura donde el neoliberalismo ha resultado más pernicioso en América Latina. Esperábamos que las consignas de libertad sirvieran para derribar muros, fronteras, para fortalecer la unidad de nuestras naciones a la sombra de un proyecto de bien común. Por lo contrario, estamos más divididos que nunca, [decía Eloy en el año 1996], hemos dejado de leernos los unos a los otros, porque las incesantes convulsiones de la realidad y la necesidad imperiosa

de sobrevivir en un afuera siempre hostil nos consumen las energías y los sueños.

Hemos dejado de aprender los unos a los otros... ¿Quién recuerda hoy a un Alejandro Korn, a un Francisco Romero, a un José Gaos, a un Leopoldo Zea, a un Arturo Ardao, a un Euclides da Cunha? ¿Qué es lo que en verdad sabemos cuando desconocemos que existe un pensamiento latinoamericano desde hace tantísimo tiempo? ¿Será que efectivamente nos hemos vuelto iletrados y anecdóticos?

Aún queda mucho por difundir de un aspecto de la vasta obra en pensamiento, como así también la literaria, de Tomás Eloy Martínez. En dicha alocución, continúa afirmando algo que mantiene plena vigencia. Veamos:

Hemos dejado de vernos, de oírnos, de conocernos. El modelo neoliberal ha tornado tan alto el precio de cualquier conocimiento que todo lo que podríamos ser se nos escapa de las manos días tras día. Se han acentuado los nacionalismos, los regionalismos, los fanatismos y todas esas odiosas vallas que tanto empobrecen la condición humana. Somos más débiles como naciones, porque ya no podemos negociar unidos con los poderes de las metrópolis, sino que debemos hacer todo por separado y a espaldas los unos de los otros.

Esto es como un mazazo en la frente de los genuflexos de siempre; pero hoy abundan por doquier títeres con cargos, parias representando a naciones, de esos que todos conocemos, aunque ninguno nos animemos a enjuiciar, porque la modorra nos va ganando a todos, poco a poco, amenazando con

adormecer definitivamente nuestra conciencia moral.

Y aquí está Bolívar, ese Bolívar que al principio de este ensayo trajéramos a colación a propósito de lo que plantea Eloy, y aquí también está Artigas, y todo aquel prohombre de nuestra historia que supo luchar —y de qué manera— por el bien de todos, renunciando como pocos a la comodidad que produce el desinterés por el otro.

Nos está faltando vergüenza y coraje. Vergüenza para reconocer en la interioridad de nuestra conciencia la inacción que nos momifica y atrofia; y coraje para emprender, modesta, pero singularmente, desde nuestra condición de persona y de ciudadano, la responsabilidad que nos cabe en nuestra esfera pública de acción, como coparticipes de cada una de nuestras sociedades. Porque así y sólo así es que pululan los caranchos, porque nosotros, con nuestra aquiescencia, que parte de nuestra desidia, posibilitamos que cada vez vuelen más y más lejos.

Respecto del periodismo, agrega Eloy que “una de las secretas fuerzas del periodismo de buena ley es su capacidad para fortalecerse en la adversidad, para soslayar las censuras y las mordazas, para cantar cuatro verdades y seguir siendo incorruptible e insumisa cuando a su alrededor todos callan, se someten y se corrompen.” Para agregar más adelante: “Cuando el Poder se declara iletrado, cuando el Poder no lee, la escritura no lo lastima. Algunas democracias neoliberales han asimilado esa lección.” Ciertamente no es nada fácil ser periodista, porque el control mediático, la censura, pasa por otros andariveles: la distribución de las pautas publicitarias, el logro de espacios en radio o en televisión donde uno emi-

ta su opinión, algo nada fácil en estas latitudes en las que pocas familias controlan la mayor parte de los medios de comunicación escritos, orales y televisivos —incluyendo la TV abierta y cerrada—.

Qué pena da un periodista, un escritor, un pensador cuando, con mil pretextos, muchas veces realmente atendibles, abandona su lugar para guarecerse en un empleo, en un contrato, en una dádiva del poder en turno. Qué pena da ese compañero que ha abandonado su puesto de lucha cívica, porque su vacío nunca podrá ser llenado.

Poco después, en este discurso que como verán se trata de un ensayo denso, importante y de valor permanente para todos nosotros, dice Eloy: “¿Qué sentido tendría proteger a la democracia privándola de su razón de ser: la libertad de pensar, de expresar, de saber? ¿Para qué queremos la democracia si no nos atrevemos a vivirla?” Oigamos el eco de nuestra conciencia: si no nos atrevemos a vivirla.

Continúa el argentino con estas palabras:

Hay que cuidar las formas, me repetía un jefe de redacción en el diario donde me inicié cuando era adolescente. Hay que conciliar, me decía, hay que entender el juego del Poder. Esa fue la primera enseñanza contra la cual me sublevé. Siempre he pensado (y éste es un tema para discutir largamente) que el periodismo no tiene sino dos formas que cuidar: la de su herramienta —el lenguaje—; y la de su ética, que no responde a otro interés que el de la verdad. No tiene por qué conciliar, con nada ni con nadie. Su misión es en eso idéntica a la del artista: revelar los abismos y las luces más secretos del hombre, agitar las aguas, estimular la imaginación, provocar el cambio, luchar

sin sosiego para que las perezas y los conformismos que adormecen la inteligencia sean derribados con el mismo estrépito liberador que hace tres milenios hizo caer las murallas de Jericó.

Para agregar luego que “en el periodista, entonces, hay una alianza de fidelidades: fidelidad a la propia conciencia, fidelidad al lector y fidelidad a la verdad.” Y añade, en otro pasaje, algo crucial:

Porque, a semejanza del artista, el periodista es también un productor de pensamiento. En este fin de siglo neoliberal [recordemos fue escrito en el año 1996] tan orgulloso de sus certezas, tan convencido de que ya hemos llegado al “fin de la historia”, la cultura tiene la misión de ver la realidad como una enorme interrogación, como una perpetua duda, y de imaginar el futuro como una incesante utopía. El hombre se ha movido en las oscuridades de la historia a golpes de utopía y la utopía es lo que ha permitido al hombre seguir teniendo fe en la historia.

Que me disculpe Eloy Martínez por reproducir tantas y tan extensas partes de su ensayo *Defensa de la utopía*, pero ¿cómo no hacerlo?, ¿cómo no llevar su voz a través de estas líneas para que otros adviertan la gran importancia que el pensamiento tiene en América Latina, un pensamiento que viene de su historia, que es, a no dudar, la historia, de su filosofía, una filosofía de lo concreto, una filosofía que despejada de etiquetas y anteojeras va en procura de la verdad sin apelar a amiguismos que reduzcan el angular por el cual podamos apreciar un aspecto más de la realidad que nos conmueve? Porque

el pensamiento, o si prefiere, la filosofía latinoamericana, es aquella que cavila en torno a lo concreto de los problemas que la vida presenta a nuestra gente antes que en abstracciones. Tal ha sido, es y seguirá siendo el hilo conductor del pensar en nuestra América.

América, que conjuga como nadie periodismo, literatura y filosofía para ser un solo pensamiento con diferentes aspectos y llegadas. América, nuestra América, la América Latina que ya en la primera mitad del siglo XIX se expresara en este sentido a través de Juan Bautista Alberdi cuando, desde Montevideo, dijera aquello que nuestro maestro Arturo Ardao utilizara como epígrafe del ensayo *El latinoamericanismo filosófico, de ayer a hoy*, presente en su obra *La inteligencia latinoamericana*. Dice Alberdi: “Es así como ha existido una filosofía oriental, una filosofía griega, una filosofía romana, una filosofía alemana, una filosofía inglesa, una filosofía francesa y cómo es necesario que exista una filosofía americana. Hemos nombrado la filosofía americana y es preciso que hagamos ver que ella puede existir.” Es una afirmación de este prohombre americano en el año 1840.

Pero el maestro Ardao no quiso reducir en el epígrafe algo tan importante a un aspecto, razón por la cual colocó una segunda cita, esta vez del chileno Andrés Bello (Santiago de Chile en 1848):

Dirán: la América no ha sacudido aún sus cadenas; se arrastra sobre nuestras huellas con los ojos vendados; no respira en sus obras un pensamiento propio, nada original, nada característico; remeda las formas de nuestra filosofía, y no se apropia su espíritu... Aspirad a la inde-

pendencia del pensamiento... Esa es la primera filosofía que debemos aprender de la Europa.

¿Existe pues el pensamiento latinoamericano? Es una realidad, pero sólo si lo mantenemos vivo, incluso adecuándolo e incorporándole aspectos de estos tiempos, y para ello hay que recordarlo, y mirando en lo hondo de nuestra conciencia latinoamericana, de nuestras raíces históricas. Creo que debemos visitar nuestra historia a fin de entender mejor nuestro presente activo y comprendernos mucho más a nosotros mismos, y coincido plenamente con Eloy Martínez en que nuestra primera tarea es la regeneración moral, para luego ir en pos de la integración.

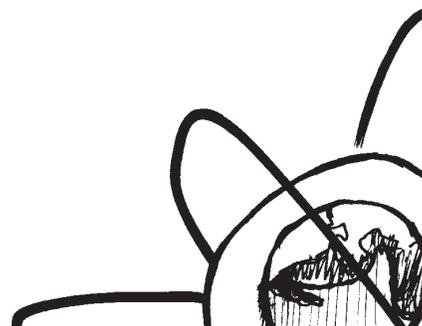


¹ Entrevista al pensador Tomás Eloy Martínez, Buenos Aires: *La Nación*, domingo 29 de agosto de 2004.

² Entrevista al historiador Waldo Ansaldi, Buenos Aires: *Clarín*, lunes 11 de octubre de 2004.

³ Tomás Eloy Martínez, “Bolívar quería otra cosa”, Buenos Aires: *La Nación*, miércoles 29 de diciembre de 2004.

⁴ ———, discurso ofrecido en el Taller-Seminario “Situaciones de crisis en medios impresos”, Santa Fe de Bogotá, 11-15 de marzo de 1996.



Libro del silencio (selección)

Rafael Mondragón

Para Katya Colmenares, sol de invierno,
que pusiste el fuego en mis labios.

Desnudas están tus palabras.

ELBA MARINA TRUJILLO, en conversación.

*Y es que parece condición de la vida humana el tener que
renacer, el haber de morir y resucitar sin salir de este mundo.*

MARÍA ZAMBRANO

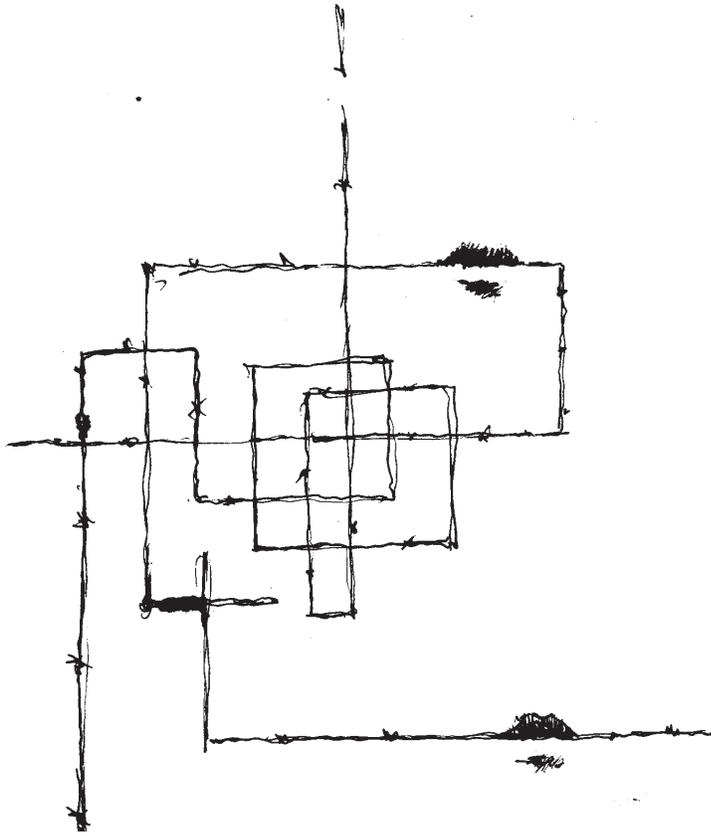
Fragmento primero

El hombre está solo desde siempre porque no sabe decir verdades. Cada hombre tiene un lenguaje propio para hablar consigo mismo, en la intimidad y el silencio. No tenemos lenguaje común. Dos hombres se encuentran, y dicen “¡piedra!”, pero cada uno está diciendo algo distinto. Dos hombres se encuentran y se hablan, y quieren tocarse y sentir una certeza, quieren sentir sus cuerpos porque se saben solos; se encuentran, y uno de ellos señala el suelo, con un dedo vacilante y tembloroso, y dice “¡piedra!”, hoy, en la ceguera, caminó solo por el parque. Una piedra encontrada en el suelo de repente le pareció muy hermosa. Quizá se detuvo, extrañado; quizás levantó aquella piedra del suelo y la palpó con cuidado, como esperando sentir el peso de una presencia extraña. El hombre caminó entonces por el parque con la piedra en el bolsillo. La abraza dentro del bolsillo, y siente cómo el peso de su piedra se carga, poco a poco, de Misterio. Dos hombres se encuentran. Se hablan. Uno de ellos quiere regalarle ese Misterio al otro y dice “¡piedra!”, con la voz temblorosa. Quiere regalar ese Misterio que comenzó a revelar su peso silencioso en el bolsillo, el peso dulce, que es cada vez mayor y un poco más insoportable. Quizás él sabe que la vida duele, está llena de violencia, y por eso quiere regalarle al otro esa belleza que ha encontrado, y por eso dice “¡piedra!”

...Porque los cuerpos que
besamos nunca son cuerpos
reales. Son los cuerpos que
suscita la imaginación de
los amantes (S. S.)

Pero el hombre no sabe decir palabras amorosas, y por eso está condenado a vivir solo. Parece que tocamos un cuerpo, pero tocamos el deseo, únicamente. Pareciera que el mundo se presenta como arropado de lenguaje. Porque tocamos y nos preguntamos qué hay más allá. En dónde la presencia del cuerpo amante a quien llamamos. Vivimos condenados a cargar el Misterio. Llevamos, en soledad, los secretos: hojas de otoño, estrellas caídas, agua de los pozos donde nace la luna, belleza abrasadora, recuerdos murmurantes, palabras de amor, palomas: caminatas vigilantes de las noches del insomnio de buscar secretos. Cada hombre en la calle camina solo, con el peso de una Historia interior, una Historia de la revelación y del contacto, del quiebre terrible en el contacto con el peso de la piedra, con el peso de un cuerpo de mujer silente, con el contacto del peso del mundo. Todos cargamos con el peso de una Verdad que se nos dio en algún lugar, dolorosamente, y no podemos entregarlo. La Vida es la búsqueda de entregar una Verdad que se nos dio —quizás que se nos dio en el nacimiento—. Pero la boca del hombre se enreda cuando va a hablar de la Verdad. Por eso es que vivimos solitarios. Por eso es que caminamos en el metro, solitarios, sin hablarle a la gente de al lado, sin hablar y sin decir canciones.

Así esta ciudad está llena de hombres sabios que no saben que lo son. Llena de profetas. Cargan con la profecía en la punta de los labios.



RAFAEL MONDRAGÓN
Villahermosa, Tabasco, 1983. Ex
alumno de la Escuela Preparatoria
Carlos Pereyra. Actualmente estu-
dia la licenciatura en Lengua y Le-
tras Hispánicas en la UNAM.

Fragmento segundo

Estamos haciendo el amor en un hotel de Guadalajara. Afuera es la estación de la tormenta. Ruido de coches, borrachos, burdeles a donde no llega el sol. Tomo tu mano y sonrío, como si tuviera seguridad en algo. Y entonces se quiebra el tiempo.

Nunca estamos tan cerca de la muerte como cuando no tenemos ropa. Ante la vergüenza, la vergüenza primordial; de repente estamos solos, con los cuerpos tan blancos porque no los toca el sol, con los cuerpos tan flacos. Cada beso está cargado de memoria. Mira, aquí me besó mi primera novia. Mira, aquí tengo un lunar. Mira, éste es un lugar secreto, y me da miedo que me toques.

Como el pan maduro que regala su olor. En la mañana, madura el silencio. Entonces uno comprende que cada acto con pretensión de sentido no hace sino marcar una ausencia de algo más allá de sí.*

Desciendo a tu bosque interior. Las ramas que susurran en tu pecho. Soy un cazador que canta perdido, entre las luces de tu pelo. Entonces te abrazo, y eres arena. Entonces te quiero abrazar, pero no sé pronunciar tu nombre. Quién eres tú, que no puedo tenerte. Quién eres tú, que no puedo abrazarte.

Todo se llena de luz en la ventana, como un ave de plata.

La vida ha sido amar con el
amor de los ciegos

Otro nombre de Memoria es
Esperanza

*...Un anciano ciego encorvado
va de la mano de otro anciano.
El ciego está vestido de traje
azul. Con un paraguas. Se guían
uno al otro en el metro, agarra-
dos de la mano.*

* Como hace mucho tiempo, cuando fui a Chiapas, pasaba largo tiempo acostado en el sillón de la casa, ante la lluvia de afuera, viendo televisión y abrazado por las sábanas. ¿Qué haces? Yo, nada. Y sólo estaba escuchando. Sólo estaba escuchando.

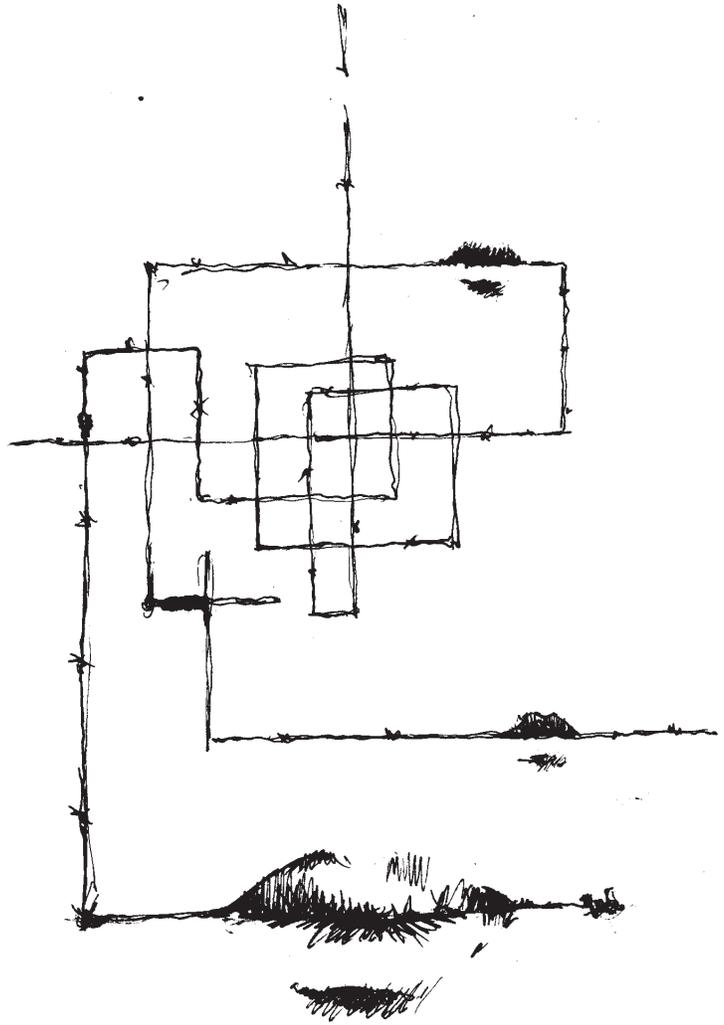
Fragmento octavo

Soy el manantial que se quiebra por la fuerza de tus pasos. Quiero hablarte y mis palabras se enredan. Soy entonces el silencio que canta en los parques donde casi no viene la gente. Pleno, hacia ti. Quiero desbordarme, y te abrazo. ¿Cómo podré decir una palabra que llegue a ti, y nos hermane, y entonces podamos decir nuestros nombres en la intimidad, con el lenguaje callado en el que habitan las caricias? Hoy yo quiero hablarte y tengo estas palabras quebradas, con cuarteaduras que las hienden de lado a lado como si las hubiera besado el rayo.

Ciervo de luz, llama en las
manos, misericordia, oh pa-
loma susurrante.

Y, después de la primera tarde que pasamos juntos, al irte me quedé con la luz en las manos. *Y mi pecho estaba entonces lleno de pájaros que cantan.* Y, aquella vez, usted y yo escuchamos el crujir de las ramas y vimos el agua en el dorso de las hojas; y, subiendo por entre la piedra volcánica, alzaste tu mano —luz de agosto— para señalarme, silenciosa, los insectos del color de las ramas. Mostraste cómo los insectos mueven la cabeza; guiaste mi mano temblorosa hacia uno que tenías en tu mano. Y me acerqué para olerte, porque cerraba los ojos, y entonces tu olor presente más allá de las palabras, que me quebró y me sujeta, como el llegar de una visita más allá de lo pensable, que toca a la puerta, y entonces puerta y ventanas se abren, y *el viento canta.* Y si te entregaras conmigo escribiría el poema más hermoso en la Pared de Nadie. Ahora es estar aquí, tan despierto, en esta cama, moviendo los brazos al vacío, con los brazos que cantan, en secreto, llenos de tanto y tan poco. Trato de decir que son tus labios temerosos que pasaron por mi cuello. Pasos. Se abren puertas. Y entonces temblé como la cuerda de un instrumento musical. *Casi por primera vez estoy escuchando muchas cosas:* y toda cosa y todo cuerpo pequeño de este mundo ahora murmura, y el sonido de esos murmullos se ha hecho cada vez más fuerte hasta convertirse en un Gran Canto. Y entonces por esto, mientras camino, hoy me pregunto qué me toca hacer a mí. Y mientras, tranquilo, bajo escaleras con la mano en los bolsillos, muevo la cabeza hacia los lados, y pienso: “es que el mundo es un misterio”. Finalmente, hoy lo comprendo. Nos adentramos en el Gran Canto, y nuestro caminar con nuestros pasos es también una forma de cantar; somos un árbol más en el bosque de voces que nos platican que el mundo existe. El mundo es un misterio, y nuestro caminar (y estar viviendo) no es más que un proceso muy largo para darnos cuenta, poco a poco, de esta luz que siempre estuvo en las manos.





Fragmento trece

Hay una metáfora que creo que viene de la Biblia; yo nunca he leído toda la Biblia, sólo pedazos. Dice que cuando Dios creó al hombre le insufló el aliento vital. Eso quiere decir que sopló sobre él para que con su soplo naciera la vida. Algo parecido sucedió con la muerte de mi padre. Aprendí que el dolor nunca pasa, porque el dolor es parte de la vida, y le da sentido. Me dolía su muerte precisamente porque lo amaba mucho. Era como el soplo de Dios; mi padre sopló sobre mi cuerpo, y su aliento quedó grabado. No grabado. Digamos que quedó flotando allí, adentro de mi pecho. Ese soplo me acompaña a todos lados donde voy. Es el amor que da vida. Me recuerda que estoy vivo. Esta vida, que se parece a veces tanto a la melancolía. Con su muerte, mi padre sopló sobre mí, y en ese momento mi figura de barro se estremeció y miró al mundo, comenzó a andar a gatas, a tientas... aturdido, enceguecido.

Conversión educativa y reforma curricular

Luis Armando Aguilar Sahagún

LUIS ARMANDO AGUILAR SAHAGÚN
Doctor en Filosofía por la Escuela Superior de Filosofía en Múnich, Alemania. Profesor e investigador del ITESO. Ha publicado *En el límite del universo, la visión cosmológica de Stephen W. Hawking* (Universidad de Guadalajara, 1991) y *El derecho al desarrollo: su exigencia dentro de la visión de un nuevo orden mundial* (ITESO /UIA Puebla). Colaborador en la compilación *Acquias de ensayo. Educación*.

La conversión educativa es una conversión al otro. Es dejar los esquemas, los “métodos”, los saberes que tengo listos para que el otro siga siendo mi discípulo. La conversión es cosa del corazón, es de toda la persona y la transforma por completo, incluyendo sus pensamientos. No hay mayor esclavitud que la que guardamos a las ideas: sobre nosotros mismos, sobre los demás y sobre Dios; esclavitud a lo que queremos por encima de todo, cuando ese todo no es la realidad amorosa de Dios, que rebasa a lo demás.

Nada describe mejor la educación que el proceso completo de conversión. Dejar lo viejo, comenzar por desprenderse de la estofa que impide que la nueva alegría encuentre un eco y anide en nosotros. La única alegría de corazón es la del despojo entero, la pobreza y la entrega del ser, que se hace tanto más propio cuanto más lo entregamos.

El ser es lo dado, lo entregado. El ser es la alegría. Entregar con alegría es entregar y recibir el ser. El ser se recibe y se entrega a la vez. No se opone al tener cuando éste se pone a disposición de los demás: así se aprende a ser.

El hombre se reeduca al morir al miedo, a la ignorancia, al error, a toda imagen de sí y de los demás que no esté

a la altura de la dignidad humana. Un hombre educado es un ser despojado, hecho pobre. Su mayor riqueza la encuentra en darse y en recibir de los otros cuanto hay de bueno y valioso. La educación para convivir es el gesto amoroso que hace posible que el otro y uno mismo se descubran para los demás y, de ese modo, también para sí mismo.

La conversión educativa es la transformación intelectual, moral y religiosa de los sujetos involucrados en todo proceso educativo dentro de cualquier institución, en el que intervienen alumnos y profesores, para que en verdad ocurra una conversión el proceso tiene que afectar a todos. Cada cual podrá recorrer nuevas etapas a partir del estadio en el que se encuentre en cada uno de esos aspectos. Por eso, la conversión será una búsqueda común por transformarse bajo distintos aspectos. La conversión de las personas siempre tiene efectos positivos sobre el entorno.

En el orden intelectual implica un cambio de actitud frente al conocimiento, un cuestionamiento de su valoración, de los modos de adquirirlo y transmitirlo, de preguntar y responder, de la disposición personal a lo que ocurre en el proceso educativo. Un interrogar por qué y para quién se aprende

de y se conoce. Un desprendimiento frente al propio saber, acompañado de una disposición para aprender siempre más y mejor. El sentido de la conversión intelectual es la verdad, buscada y reconocida amorosamente.

La conversión moral supone una transformación de la afectividad. El mundo afectivo está tejido por la amplia gama de los sentimientos, deseos, disposiciones y predisposiciones personales que nos habitúan a verlo y a reaccionar ante él de un modo u otro. La afectividad es el resultado de una historia viva de acciones, emociones, hábitos y anhelos. Es un mundo con un dinamismo propio, que en buena medida escapa al análisis consciente y a su apropiación en libertad. De ahí la dificultad de intencionar educativamente un proceso de conversión moral. La conversión es moral, fundamentalmente, por implicar la decisión consciente y libre del sujeto, que nace de su deseo de ser. Si bien se trata de una determinación asumida por la persona en la soledad del encuentro consigo misma, siempre ocurre de frente a los demás, impelida desde el otro. El otro aparece ante mí como un reclamo de existir que me involucra. Quedar expuesto a él, disponerme a ver su rostro, es lo que dispara el mecanismo de conversión que mueve a compartir, comunicar y buscar el bien junto con él. La capacidad de entregar la vida tiene que ver con la cercanía que experimento por lo que me afecta, y por lo que me dejó afectar.

La conversión religiosa comienza en el encuentro con el otro, con su “rostro”, su realidad demandante y su condición débil (Lévinas). También está enraizada en el reconocimiento de la propia fragilidad y de la necesidad que tenemos de los demás. Frente a los otros, se va dibujando y configurando nuestro verdadero rostro, nuestra identidad e interioridad. En el rostro del otro “br-

lla la gloria del infinito”. La religión tiene su origen histórico y biográfico en el vínculo con los demás. El Dios “más íntimo que mi propia intimidad” es el fundamento que hace posible el amor entre los hombres. La conversión religiosa lleva a descubrir al “maestro interior” (san Agustín) que nos enseña y nos conduce por la vida de la mano de los otros.

La conversión educativa es religiosa cuando es despojo que deja ser y actuar al Dios que conduce la historia, como quiera que se le nombre.

En la universidad el otro tiene rostros concretos: alumnos, profesores, personal administrativo y de servicio y, sobre todo, el rostro de aquéllos a quienes afecta el proyecto universitario. El otro es el destinatario de los servicios profesionales. Es también todo aquel que ha quedado excluido del sistema educativo, el no-otro.

Una reforma curricular es un paso en el sentido de una conversión educativa. Se trata de un cambio que toca al corazón de la vida académica y universitaria. Como respecto de todo proceso verdaderamente vital, conviene examinar de dónde viene y a dónde se dirige. Por sus frutos en los climas de aprendizaje, y en los ambientes educativos y laborales será posible discernir si una reforma curricular es más que una adaptación a las exigencias de un entorno de mayor competitividad, para saber si se trata de una acción que busca reafirmar la razón de ser de un proyecto educativo.

La reforma curricular es un indicio de que las instituciones y las personas tienen necesidad de cambiar desde la raíz. Apostar por ella rebasa los criterios prácticos: pone a prueba a toda la comunidad universitaria, y la convoca a una conversión educativa en todos los órdenes, desde los rostros de los más necesitados. 

Evaluación

y currículo oculto

Ana María Urdapilleta Meza

ANA MARÍA URDAPILLET A MEZA
Egresada del Colegio de Pedagogía de la UNAM. Candidata a maestra en Psicopedagogía. Profesora en el área de Integración de la UIA Torreón y coordinadora de Valoral Social en la Escuela Preparatoria Carlos Pereyra. Colaboradora en la compilación *Acequias de ensayos. Educación.*

La evaluación es el proceso que conduce a establecer el valor o mérito de algo, que debe basarse en datos, los cuales constituyen las evidencias en las que nos apoyamos para emitir un juicio sobre el valor de algo. Contar con datos presupone haberlos recogido; sin embargo, son necesarios pero no suficientes para llegar a juicios acertados. Se requiere de la complementación con elementos abstractos, no evidentes a primera vista.

Muchos de los datos se expresan en magnitudes de alguna variable. Aquí interviene el problema de la medida. Evaluar y medir son dos términos que han causado grandes confusiones, por lo que a veces las evaluaciones se han catalogado como simples mediciones.

Medir procede del latín *metiri* que significa “medida”. La psicometría se encarga de la teoría y la práctica de la medición en los campos de la educación y la psicología; en cambio “evaluar” viene de *valer*, referido a *valía*; está asociado a juzgar el valor, el precio y la

estima. Evaluar es más amplio que medir y en la mayoría de los casos, son necesarias varias mediciones para llegar a una evaluación.

Medición es una descripción cuantitativa de los comportamientos, mientras que la evaluación abarca tanto lo cuantitativo como lo cualitativo e incorpora juicios de valor.

La evaluación es el juicio que se da sobre una cosa, persona o situación con base en alguna evidencia constatable.

Evaluación educativa se concibe como un proceso mediante el cual se recoge e interpreta, formal y sistemáticamente, información pertinente para tomar decisiones conducentes a mantener, reformar, cambiar, eliminar o innovar elementos de los programas educativos o de su totalidad.

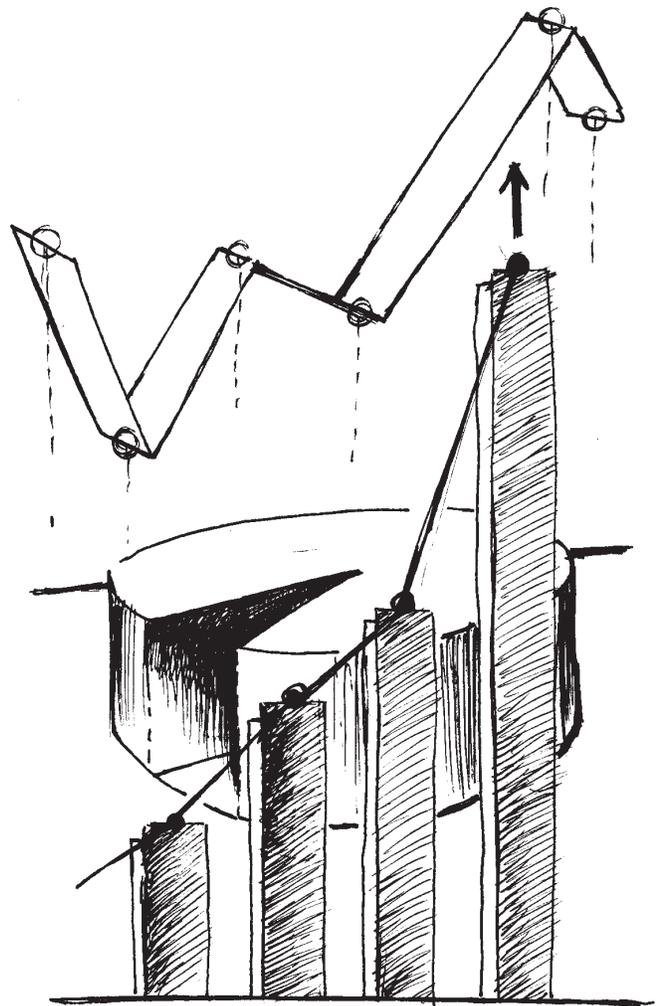
Evaluación del rendimiento académico es el proceso a través del que se reúne información relativa a la actuación del estudiante con la finalidad de emitir juicios acerca de sus avances y progresos; generalmente se traduce en una calificación.

Los educadores tenemos, como uno de nuestros comportamientos habituales, juzgar, apreciar y valorar las cosas. En este proceso de evaluación constante reside una de las claves para la revisión, la reflexión y el mejoramiento permanente; sin embargo, muchos de estos juicios los hacemos desde nuestras limitaciones y subjetividades.

Además de realizar valoraciones de “sentido común”, tenemos un amplio campo de acción evaluativa que va desde la selección del libro de texto, materiales y medios hasta la calificación que otorgamos a los alumnos. Esto último representa una cuota de poder y una fuente de controversia.

En la actualidad los esquemas cognitivistas y constructivistas destacan la importancia de la subjetividad de los procesos, de la atención a las diferencias individuales y a la diversidad, a la incorporación de las actitudes y valores. Estamos de acuerdo en lo teórico de estos enfoques, pero no en su instrumentación. El planteamiento de la alternativa de evaluación, de acuerdo a las nuevas orientaciones contempla que:

- Los estudiantes participen en el establecimiento de metas y criterios de evaluación.
- Las tareas de los alumnos requieren del uso de procesos de pensamiento de alto nivel, tales como solucionar problemas y tomar decisiones.
- El trabajo provee medidas de las habilidades y de las actitudes metacognitivas, habilidades para las relaciones interpersonales y la colaboración, tanto como los productos más intelectuales.
- Las tareas deben tener aplicación en el mundo real. Esto requiere de complementar los aspectos técnicos de la evaluación con la reflexión ética, las relaciones entre evaluación y acreditación, y el paso a la autoevaluación.



Actualmente se considera como una condición del ser humano su capacidad para cambiar y aprender; el ser humano es abierto, flexible y susceptible de experimentar modificaciones estructurales significativas, características que contienen procesos de alto nivel como son el pensamiento crítico y creativo, la reflexión a partir de la acción, la resolución de problemas y la toma de decisiones. La educación no termina con la adquisición de conocimientos, sino que abarca las actitudes y valores, es decir, la formación integral del individuo dentro y fuera de la escuela.

Desde esta perspectiva la evaluación presupone un proceso reflexivo, cualitativo y explicativo, orientado a procesos, centrado en el análisis, la comprensión y la interpretación de los pasos realizados para el logro de un producto y no únicamente en los resultados.

La prédica constructivista, centrada en procesos cognitivos de alto nivel y la evaluación, que en definitiva se orienta a medir la memorización de los contenidos, caen en una franca contradicción y mientras en las estrategias didácticas se han dado cambios, en las prácticas evaluativas no hay modificaciones.

Se creyó que con la llamada “evaluación objetiva” (de inspiración conductista) se habían resuelto los problemas de la evaluación educativa. El asunto quedaba reducido a un problema técnico relativo a la manera de evidenciar los aprendizajes, ponderando ítems, confiabilidad, validez y generalización de resultados.

Los sistemas de evaluación situados en esta perspectiva son: *modelo experimental*, *enfoque sistémico*, *pedagogía por objetivos* y *evaluación objetiva*, los cuales han tenido y mantienen una fuerza preponderante, considerándose como el único modelo científico de evaluación. Sin embargo, sabemos que la objetivi-

dad en la evaluación es relativa por cuanto se trata de una labor humana y como tal, está sujeta a cambios y errores. Una de las tendencias actuales es poner de manifiesto aspectos que generalmente tienen un carácter implícito o encubierto, es el que se ha denominado como *currículo oculto*, del que los valores forman parte.

En la evaluación educativa tenemos dos tipos de problemas: los de orden metodológico, relativos a los instrumentos que permiten recoger mejor la información requerida y otros de carácter ético y valorativo, al proporcionar un mecanismo por el cual se hacen juicios sobre el mérito. Los buenos resultados académicos se aceptan como indicador de habilidades que permitirán a un individuo progresar y tener éxito en una sociedad que a su vez seleccionará a aquellos que contribuirán más en ella en términos de liderazgo, por lo que asumimos que la evaluación cumple una función legitimadora de la ideología. La evaluación se desarrolla más por conveniencias sociales, como medio de selección social y económica, que por motivos educacionales propiamente dichos.

Ahora se busca una evaluación más motivadora del aprendizaje autónomo que controladora y punitiva, utilizada como medio para el ejercicio del poder. La evaluación debe orientarse a la formación de la capacidad crítica y reflexiva del estudiante, a un cuestionamiento permanente de su actuación y de los aspectos que se pueden mejorar en la realidad. Es imposible tratar a la evaluación sólo técnicamente; se requiere una reflexión de fondo, filosófica y ética, y únicamente después se estará en condiciones de buscar los instrumentos más acordes a las conclusiones obtenidos. ●

La educación

en la cultura náhuatl: *tlacahuapahualiztli*

(el arte de criar y educar a los hombres)

Julio César Félix Lerma

La voz *tlacahuapahualiztli*, de *tlaca* “hombres” y *huapahualiztli* “crianza” o “educación”, nos refleja la conciencia de los nahuas (hablantes o pertenecientes del mundo azteca o náhuatl) sobre lo que actualmente llamaríamos “un arte de educar”. En todos los pueblos cultos, la educación es el medio por el cual se comunica o se trata de comunicar a los nuevos seres humanos la experiencia y herencia intelectual de las generaciones pasadas, con el fin de capacitarlos y formarlos en el plano personal e incorporarlos eficazmente a la vida de la comunidad. Entre los nahuas, especialmente en el imperio azteca, se atendía de preferencia el aspecto de la incorporación de los nuevos seres humanos a la vida y objetivos supremos del grupo. Debe destacarse el interés que demostraban los dirigentes en que este proceso se realizaría lo más pronto posible. De ahí en adelante, este nuevo miembro activo de la comunidad desempeñará un papel esencial.

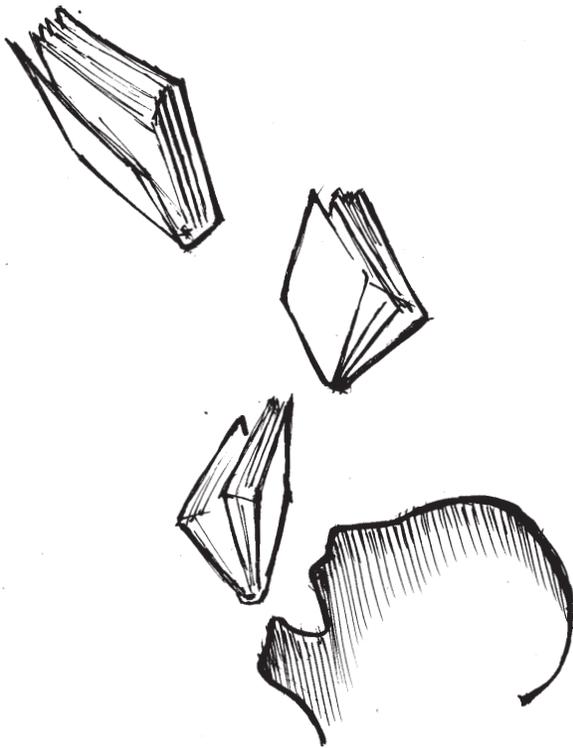
La primera educación dada a los niños consistía en inculcarles, de manera práctica y por vía de consejos, la idea de fortaleza y control de sí mismos. A estos infantes se les proporcionaba una

reducida ración de alimentos para enseñarles a controlar su apetito. Esto lo podemos ver ilustrado en el *Códice Mendocino*, que también nos muestra los primeros quehaceres de tipo doméstico: el acarreo de agua o leña.

El padre de familia juega el papel de educador en el hogar: no sólo cría a los hijos, atendiendo el aspecto meramente biológico; su misión principal está en enseñarlos y amonestarlos. Es el concepto de que el padre es el primero que amonesta y enseña a sus hijos a conocerse y gobernarse a sí mismos. Aquí podríamos utilizar una metáfora aplicada también al *tlamatini* (sacerdote sabio): el padre pone delante a sus hijos un “gran espejo” para que aprendan a conocerse y hacerse dueños de sí mismos. Se trata pues de dos principios fundamentales que guían la educación náhuatl impartida ya desde el hogar: el del autocontrol por medio de una serie de privaciones a que debe acostumbrarse el niño y el del conocimiento de sí mismo y lo que debe llegar a ser, inculcado a través de repetidas exhortaciones paternas.

Una segunda etapa en el proceso de la *tlacahuapahualiztli* se inauguraba con

JULIO CÉSAR FÉLIX LERMA
1975. Egresado de la carrera de Lengua y Literatura Hispánicas de la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, institución en cuyo Centro Universitario de Teatro impartió Lengua Española e Historia de las Ideas. Becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Baja California Sur con su poemario *Espejos de la memoria* (en prensa). Ha publicado *De noche los amores son pardos* (Tierra Adentro) y *Tentación de decir* (UNAM). Ha colaborado, entre otras revistas, en *Etcétera*, *Tierra adentro*, *Milenio*, *Panorama*, *Alternativa* y *Cascabel*. Actualmente es profesor de la Escuela de Escritores de la Laguna “José Carlos Becerra”.



la entrada del pequeño a los centros de educación. De acuerdo con el *Códice Mendocino*, a los quince años ingresaban los jóvenes nahuas, ya sea al Telpochcalli, casa de jóvenes o al Calmécac, escuela de tipo superior en donde se educaban los nobles y los futuros sacerdotes. En desacuerdo con este códice, parece que la educación puramente familiar cesaba mucho antes. Algunos padres llevaban a sus hijos al Calmécac desde el momento en que eran capaces de andar y en todo caso, los infantes ingresaban a la escuela entre los seis y nueve años (este dato lo hace notar Jacques Soustelle en *La vie quotidienne des Aztèques*, p. 199). Pero los dos tipos de escuela no implicaban un criterio discriminatorio desde el punto de vista de lo que actualmente llamamos clases sociales. O sea que no precisamente por ser hijo de *macehuales* (gente del pueblo) el niño debía ingresar al Telpochcalli, o por descender de nobles, al Calmécac.

Según el *Códice Florentino* el ingreso a uno u otro de los centros educativos dependía originalmente de la elección y consagración de los padres a la divinidad protectora del Telpochcalli o del Calmécac. El padre llevaba al niño al Calmécac para que llegara a ser sacerdote, o al Telpochcalli para que fuera un guerrero. La educación impartida en los Calmécac era superior, ya que se fijaba más en el aspecto de la formación intelectual del estudiante. En este sentido puede afirmarse que estos centros educativos eran donde los *tlamatimime* (sabios) comunicaban lo más elevado de la cultura y el pensamiento náhuatl, y por esta razón no es de extrañar que en ellos estuvieran los hijos de reyes, nobles y gente rica. Pero la gran mayoría de las personas, siguiendo tal vez

una arraigada tradición, consagraba a sus hijos al Telpochcalli, de donde saldrían convertidos en guerreros.

El punto fundamental es que todos los niños y jóvenes nahuas, sin excepción, acudían a una u otra forma de escuela. La educación intelectual que daban en el Calmécac, aparte de ciertas reglas impuestas, consistía en enseñarles a los muchachos a hablar bien, saludar y dar reverencia. Aprendían todos los versos de cantos divinos, como también la astrología, las interpretaciones de los sueños y la cuenta de los años...

Estos puntos mencionados referentes a la enseñanza intelectual, tratan ante todo de la forma de hablar y de expresarse. O sea que —insisto— la educación comenzaba en el plano intelectual. Hay una notable diferencia entre esta forma culta o “noble” de hablar y la ordinaria utilizada por el pueblo. Existían dos términos para designar estos distintos modos de expresión: *macehuallatolli* (forma de hablar del pueblo) y *tepillatolli* (lenguaje noble o cultivado).

El aspecto de la enseñanza de los cantos o cantares (*cuícatl*), especialmente de los cantos divinos (*teocuícatl*), contribuía a infundir a los *momachtique* (estudiantes) en las doctrinas religiosas y filosóficas nahuas que se expresaban siempre por el camino de la poesía: flor y canto (*xóchitl in cuícatl*). En los cantares se encerraba lo más elevado del pensamiento de los tlamatinime, y junto con ellos, los *momachtique* eran instruidos en las artes de la cronología y la astrología, adiestrándolos en el conocimiento y manejo de sus sistema cronológico-astronómico, eran familiarizados con la rigidez del pensamiento matemático. Y a esta doble formación del pensar se añadía la enseñanza de la historia contenida en sus *xiuhá-*

matl (libros o códices de años), en los que se anotaba fechas, hechos y circunstancias mediante pinturas y signos numéricos.

Es necesario hacer notar el hecho de que la enseñanza de los acontecimientos pasados contenidos en los *xiuhámatl*, formaban parte de la educación intelectual de los nahuas. En esta forma es como los tlamatinime cumplían su misión de *ixtlamachiliztli* (hacer sabios los rostros ajenos o sabiduría que se transmite a los rostros ajenos).

La rigidez del Calmécac se dirigía precisamente a vigorizar el aspecto dinámico de la personalidad en dos ámbitos fundamentales: 1. dando sabiduría a los rostros y 2. dando firmeza a los corazones.

El *tlacahuapahualiztli* se impone a toda distinción social: se fija en lo más elevado del hombre, su persona: su corazón bueno, humano y firme (*in qualli yiollo, in tlapacchahioviani, in iollótetl*) y al traducirse, tenía a Dios en su corazón (*tutl yiollo*) convirtiéndose en sabio en las cosas divinas (*in tlateumatini*). Éste era el supremo ideal humano al que se dirigía la enseñanza de los hombres en el mundo náhuatl. ♀

Bibliografía

León Portilla Miguel, *La filosofía náhuatl*, México: UNAM, 1979, p. 412.

_____, *La herencia náhuatl*, México: ISSSTE, 1999.

Ella también quiere

Edgar London

EDGAR LONDON

La Habana, 1975. Escritor, crítico y ensayista. Numerosos artículos suyos han sido incluidos en revistas nacionales y extranjeras. Ha publicado los libros de cuentos *El nieto del lobo* y *(Pen)últimas palabras*.

Pudiera esbozar estas reflexiones en forma de un cuento habitual, donde cierto hombre golpea consecuentemente a su mujer mientras repite un nombre a modo de insulto. Debiera, en realidad, alegar que no hay tales meditaciones sino el testimonio que me narra aquella mujer, aún ensangrentada, a condición de que no revele su nombre... ése con el cual su esposo la humilla.

Hubiera de imaginar, quizás, una alegoría, si no universal, al menos mexicana, con una mujer arquetípica *versus* un hombre secular que reniega de la Malinche acostumbrada. Quisiera que la historia fuera otra, más original, más divertida, donde ella blasfema y aporreando al marido mientras ondea su propio nombre a modo de estandarte.

Sólo que no hay tal nombre. Al menos no un único nombre. Y eso es lo peor. Son muchas las mujeres que, en cuestiones de pareja, se ven acosadas por un número aún mayor de incomprendiones cada vez que intentan hacer suyo algo tan elemental como el derecho a la libertad personal.

Su pecado iniciático pudo haber sido marcado por la archiconocida fra-

se de “primera vez”. Es curioso que se cargue de tantas responsabilidades un suceso que justamente por no tener precedentes se presta sólo a un sinfín de supuestos equívocos. Porque, en una sociedad marcada por un machismo milenario, aún hoy puede considerarse falta la curiosa coincidencia de que una mujer haga el amor antes de ver su firma grabada en un papel que lleve su estatus marital de soltera a casada.

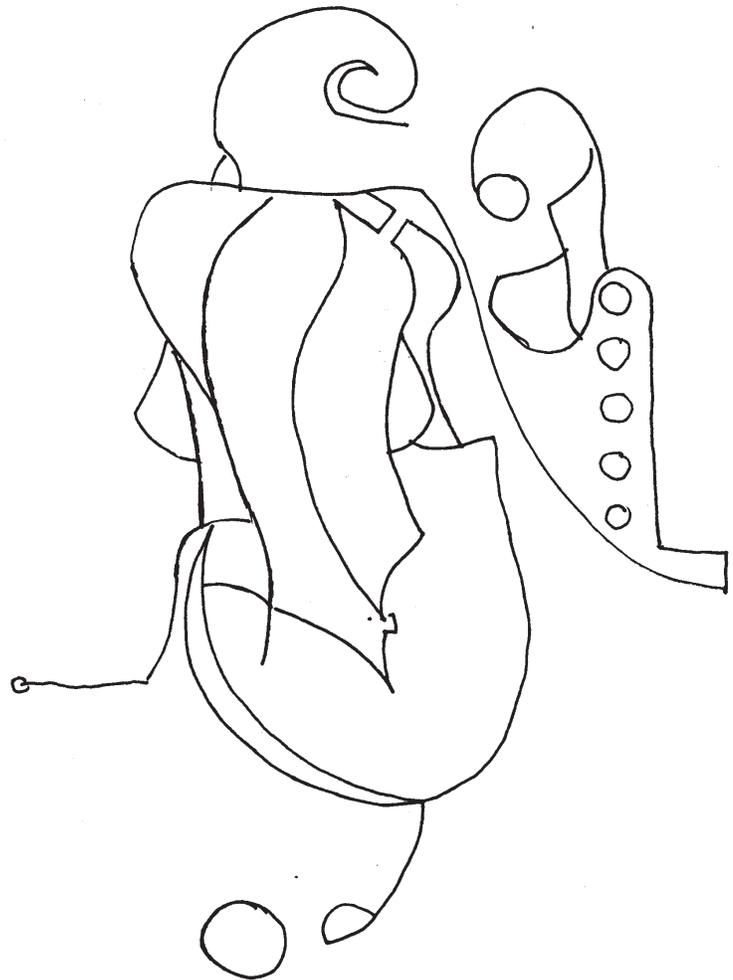
De riesgo en riesgo, por obra y gracia de una rutina ancestral muy arraigada en la conciencia de mentes bucólicas, prima la opinión masculina sobre las ansias femeninas. El deseo carnal parece una condición privativa de los hombres y con cada palabra, desde la perspectiva de autor (que no de narrador) acato mi asombro ante la recurrencia histórica de un tema válido, en mi opinión, para inicios del siglo pasado y no para éste, pletórico de adelantos pseudo políticos, tecnológicos y, extrañamente, no sociales.

Por desmanes de la fortuna, en la actualidad, y a pesar de los pesares, sobreviven interrogantes que para las mujeres de algunas zonas de México siguen

sin encontrar adecuada respuesta, a menos que estén bajo la protección del matrimonio. Resulta paradójico (tan paradójico como que no pocas de esas mujeres lo encuentren normal) que mientras un hombre las lleve a la cama, sin estar casados, pensando en el buen momento que les espera, ellas, en cambio, concentren en sus sienes las preguntas ¿qué sucederá si quedo embarazada?, ¿qué tal si luego no me propone matrimonio?, ¿qué dirán mis padres con la noticia?, ¿qué pensará, ahora mismo, mientras me besa, este hombre que se encima?

Concebir el amor bajo los regímenes de la duda es un hecho deplorable. Sin embargo, increparle a una mujer su falta de confianza en un momento que ha de tomar por máxima entrega y que, en muchos casos, es concedido bajo coacción (no olvidemos que increíblemente todavía hay quien accede a la infantil y poco imaginativa *prueba de que me amas* exigida por su pareja), sería un desliz imperdonable y que conllevaría a buscar la solución más sencilla, que lógicamente, no corresponde con la esencia del mal.

El terror a saberse *quemadas* entabla porfía con ese otro miedo de perder a su novio. ¿Pero qué es una mujer *quemada* al fin y al cabo? No se trata exclusivamente de alguien que ha tenido relaciones sexuales sin estar casada. El *quid* del asunto va más allá: se aloja en la vergüenza del conocimiento público. O sea, no importa un himen desgarrado con premura, sino la premura con que se desgarr el nombre de cualquier mujer. Hemos de aceptar que una renuncia a nuestra condición de seres sociales es imposible. No obstante, cuando los preceptos establecidos atentan, por caducos, contra la felicidad indivi-



dual es porque ya va siendo hora de echarlos a un lado. A esta verdad, en el ámbito social mexicano que circunvala a la mujer, vale resaltar un punto muy interesante: los hombres nunca se *queman*.

Resulta ignominioso pues tomar una firma, una ceremonia, como excusa para llevar a feliz término la simpleza de una noche de sexo o, aceptémoslo de una vez, para evitar las críticas de los familiares, amigos, enemigos, vecinos, conocidos, en fin... de la sociedad en general. Y es que no vale la pena engañarse con razonamientos inocuos. Mientras unos pocos alegan que se trata de un hecho marcado desde el principio por la inmoralidad (que una mujer no sepa darse su lugar), todos coinciden en que si nadie se entera, esa misma moral queda a salvo. Entonces se hace innegable (e irrisorio) que estamos tratando con una moral colectiva, no individual, por tanto, ese sacro santo lugar que tiene que saber darse una mujer no existe en sí misma, sino en la mente de quienes la rodean. Son ellos quienes lo fijan. La libertad personal queda inmediatamente truncada por las exigencias del entorno, en el que, no hay por qué alarmarse, también habitan quienes transitaron similar camino, pero con la fortuna de mantenerlo en secreto.

¿Habría que preguntar cuántas mujeres acuden al matrimonio por el deseo de formalizar el amor que sienten y cuántas por el miedo a ser descubiertas en medio de su falta? No importa que bando se lleve la victoria en esta pesquisa. No hay intención de esbozar estadísticas comparativas. Basta un solo caso (y sabemos que los ejemplos sobran) para que el matrimonio sienta ajada su razón de ser. No surgiría pues,

bajo las conclusiones del colega Jorge Adame Goddard en su libro *El matrimonio civil en México (1859–2000)*, de la voluntad de los contrayentes que expresa el compromiso de cada uno de procurar el bien integral del otro, sino a partir de la necesidad de una puerta de emergencia, de una huida perentoria.

El resultado es presumible: una persona puede escapar de su pareja, de sus padres, de su ciudad, de su país, pero nunca de sí misma. Tarde o temprano habrá de saldar cuentas con el espejo y se convencerá de que la felicidad no puede ser esa resignación absurda que la obliga a mantener contra viento y marea (debería decir contra lágrimas e insomnios) una relación erigida sobre la base de los, en este caso mal llamados, principios éticos. Un matrimonio sin amor es un desierto sin oasis, y aunque en otro país alguien pensara *ipso facto* en el divorcio, a la mujer mexicana no le es tan fácil.

Primero: en México se torna arduo definir que es más angustiante, si el proceso de divorcio o un matrimonio mal llevado. Son muchos los trámites y mayor el número de días para lograrlo. Segundo: en caso de tener hijos, la mujer se arriesga a perder la custodia de los mismos si las razones por las cuales presenta demanda contra el marido no son contundentes y están bien demostradas. Tercero: de nuevo la sociedad abate. La mujer divorciada no escapa del cuchicheo pueblerino y suele ser tratada con evidente recelo. Sus amigas podrían empezar a considerarla una amenaza para sus maridos. Mientras que para los hombres significa una oportunidad de tener una relación sin compromiso y con altas probabilidades de sexo a partir de la premisa: *si ya lo has hecho, no te puedes negar*.

Entre causas y consecuencias resulta trivial deslindar de dichos apuntes (amén de otros muchos que darían espacio para un nuevo ensayo) el alto número de féminas que soportan abusos y vejaciones con tal de mantener vivo un matrimonio que, irónicamente, a más de una ha llevado a la muerte. Especialmente a ésas que, por sobrevolar quebrantos, apuran sus pasos sobre la frágil suerte de la infidelidad. Otro suceso en que ellas corren con las de perder. La sociedad suele hacerse de la vista gorda con un hombre infiel, pero aguza ojos y lenguas si se trata de una mujer.

El amor, criatura tierna y escurridiza, horada en cada rincón del alma cuando se siente acorralado, y si no se le deja agonizar, logrará buscar una salida que lo conduzca a otro par de corazones, al margen de las consideraciones ajenas. De la futilidad de las palabras me aferro a esta verdad: ya lo ha ido logrando. Y es que este análisis (desde el título hasta el punto final) perdería total sentido si brotara de un examen especulativo unipersonal, en lugar de declararse estricto portador de una voz común: esa que levantan, disconformes, infinidad de jóvenes mexicanas.

No existe verdadero escándalo. Si quiera la mediocridad de una sorpresa. Hay reglas que parecen haber sido creadas para ser violadas y éste es el caso. Porque por encima de maledicencias, escarnios, embustes o mentalidades arcaicas, se concuerda tácitamente que hoy en día son muy pocas las mujeres que no tienen sexo antes del casamiento (la virginidad ya no es condición obligada para el mismo); que muchas veces el padre critica a la hija por los mismos “errores” que cometió la madre (y acordaron callar una noche oportuna); que si bien no debe enten-

derse el divorcio como solución para los problemas del matrimonio, tampoco ha de tomarse por barrera para una segunda oportunidad (que todos merecemos); que del seguimiento de los tabúes ha devenido una especie de juego tonto, absurdo, que pocos respetan (lo prescrito: proscrito), y que las reglas, finalmente, han sido quebradas. Ahora sólo falta romper el silencio.

Para ello basta hacer consciente que el amor es un sentimiento exclusivo de dos personas (no del vecindario) y que la sociedad no es un ente abstracto: ¡nosotros somos la sociedad! De nuestras elecciones y reacciones dependen luego las pautas a imponer. Somos responsables de orientar el cauce de sus virtudes y defectos. No olvidemos que este inmenso y turbulento río que ahora navegamos, mañana será abordado por nuestros hijos.

Y sí... coincidido plenamente en que el lugar de una mujer es ese que *ella* tiene que ser capaz de darse, pero nunca el que *otros* le otorguen. El ser social determina la conciencia social. A partir de esta máxima filosófica debemos ser capaces de educarnos a nosotros mismos para convertirnos en hombres y mujeres que asumen su proceder acorde a la época que nos ha tocado vivir. Más abiertos, menos turbios y con la clara determinación por la cual vinimos al mundo: ser felices y hacer felices a los demás. ♀

10 de febrero de 2005

Alfredo Veiravé

en la tormenta de la poesía

David Lagmanovich

DAVID LAGMANOVICH

Argentina, 1927. Ha sido catedrático en las universidades argentinas de Buenos Aires, La Plata y Tucumán, y actualmente es profesor emérito de esta última. Enseñó también en las universidades norteamericanas de Georgetown y Católica de los Estados Unidos (en Washington) y, como profesor invitado en importantes casas de altos estudios de Estados Unidos, Alemania y otros países.

Cuenta con una obra extensa que abarca estudios literarios y lingüísticos muy diversos, así como libros de poesía y narrativa. Con el escritor mexicano Jaime Muñoz Vargas, dirige la colección editorial Cuadernos de Norte y Sur (Torreón-Tucumán). Sus últimos libros son: en ensayo, *Vanguardia y escritura* (2003); en poesía, *Potencias de la música* (2003), y en narrativa, *La hormiga escritora* (2004).

I
El poeta argentino Alfredo Veiravé nació en la ciudad de Gualaguay, provincia de Entre Ríos, en 1928, y murió en Resistencia, capital de la provincia del Chaco, en 1991. Padeció siempre de salud precaria, lo que sin embargo nunca le impidió trabajar con intensidad y a la vez con alegría. Muy joven se recibió de maestro en su ciudad natal; luego obtuvo el título de profesor en Letras en la Universidad Nacional del Nordeste, en Resistencia. En esta ciudad formó una familia, ejerció la cátedra universitaria y desarrolló la mayor parte de su obra.

La nómina de sus libros es la siguiente: *El alba, el río y tu presencia* (1951); *Después del alba, el ángel* (1955); *El ángel y las redes* (1959); *Carta al poeta Alfredo Martínez Howard* (plaqueta, 1964); *Destrucciones y un jardín de la memoria* (1965); *Puntos luminosos* (1970); *El imperio milenar* (1973); *La máquina del mundo* (1976); *Historia natural* (1980); *Radar en la tormenta* (1985); y *Laboratorio central* (1991). Su obra poética total, seguida de estudios críticos, comentarios bibliográficos y bibliografía, ha sido recogida en tres volúmenes publicados

por el Grupo Editor Latinoamericano (Buenos Aires, 2002).

Estas líneas son ante todo un testimonio dedicado a su memoria, desde una perspectiva basada en la amistad personal y las experiencias compartidas. El trato con la poesía de Veiravé, ya fuera en un libro espléndido o en las páginas de un desmañado periódico pueblerino, conllevaba una intensa sensación de proximidad: una intimidad necesaria, capaz de prolongarse en el tiempo y en el espacio. Ello no impide, sin embargo, una aproximación racional a su obra. Como ocurre con otros grandes poetas argentinos revelados en el tránsito entre las décadas de 1950 y 1960 —pienso en Alejandra Pizarnik, César Fernández Moreno y Roberto Juarroz—, la cercanía a sus producciones artísticas reconforta el espíritu y atenúa los sentimientos de soledad y desánimo que provoca la vida en una tierra despiadada. Por otra parte, la relectura de la poesía de Veiravé nos hace desear que nuestras falencias se vean contrapesadas por más investigación del tipo que, dentro de la relatividad de las cosas humanas, podemos llamar “objetiva”. Me refiero a estudios

lo posible”, y como se trata de un poema narrativo, lo iré presentando por partes, para mejor apreciar su textura y contenido. He de decir primero que, en forma no del todo característica en la poesía de Veiravé, este poema consigna un epígrafe. Este paratexto pertenece a Raúl Gustavo Aguirre, y dice así: “Yo cumplo un luminoso y secreto destino, / lejos, en un país solar joven y extraño”.

El poema comienza así:

*Aquella noche fue:
(cómo diría)
inolvidablemente dócil a los afectos
porque nadie habló de la circulación de los planetas.
Y la situación al terminar otro año
era simplemente común a cualquier reunión de poetas
que han crecido juntos
según las condiciones de la época.
Conversaciones
en los espacios del departamento
(también se habló de algunos premios
que favorecían a las circunstancias, no a la poesía)
lejanías
que nos trasladaban hacia otros tiempos / oscuridades
y también risas de la amistad
que cuando es así nos dice todo
sin preguntar desde afuera*

¿quiénes son éstos?

Poema narrativo, dije; también, poema de la cotidianidad y la intimidad. Ahí están los amigos poetas, en un departamento de la ciudad de Buenos Aires, despidiendo el año, riendo y murmurando, hablando de premios literarios y, simplemente, gozando de la presencia de la gente amiga, que no excluye, como se verá en seguida, la perturbadora presencia femenina. Sigo transcribiendo:

*Espejos,
organismos emotivos, borrosas fronteras de un
[país político.
Todos sentiríamos quizás
el goce de esta certidumbre ¿no es acaso una
[forma privilegiada
de la edad no tener que explicar a los demás
[quiénes somos?
Por supuesto, había copas de vino blanco, unas
[de pie entre los libros, otras con las
piernas cruzadas, inocentemente desprevenidas
entre los giros de la luz a la deriva, y al no
[sentarnos
a una mesa, picábamos como pájaros esto y
[aquello,
dando vueltas a la llave
de las anécdotas o de la inteligencia vital del
[poema no escrito.*

El cuadro, o la imagen cinematográfica, sigue componiéndose: la confianza en la vida, la satisfacción de la amistad y las insinuaciones del amor humano, la atmósfera festiva que infunde levedad a las acciones. Pero ¿por qué este poema incluye en su título las palabras “la última cena”? Ahora lo sabremos. Leamos el trozo siguiente:

*La alegría
quizás fue la culpable, o la invención del
[porvenir
la situación desventajosa porque sin que nadie lo
[advirtiera
¿cómo podría habérsenos ocurrido?
ella también estaba en esa cena,
mirando entre el juego de lo posible esas cabezas
—algunas medio calvas, otras canosas, más bien
experimentadas— y entre la fusión
de las palabras de la reunión que se iba terminando
(cuando algunos amigos se despidieron con un
[beso de hombre
como se hace en la ciudad, porque uno nunca
[sabe si se volverá
a encontrar), ella, la oscura y desdeñada,
eligió a uno de nosotros y dijo,
con su dedo largo: éste.*

Hagamos aquí una suerte de paréntesis para reparar en la fuerza de dos deícticos, que aparecen destacados en el texto. Primero, la identificación general de los poetas reunidos con motivo de las fiestas de fin de año: la amistad es grande, y ese vínculo hace innecesario preguntar “¿quiénes son éstos?” Pero después, en el trozo que acabamos de leer, la presencia de “ella”, “la oscura y desdeñada”, la casi innombrable, señala con su largo dedo y dice “éste”. Entre las dos apariciones de los pronombres demostrativos hemos pasado de la alegría de la vida a la gélida presencia de la muerte.

La introducción de la figura de la muerte y su sentencia inapelable lleva el poema hacia un nuevo territorio, que refleja la confusión y variedad de la vida humana, la mezcla casi inmanejable de hechos necesarios y fortuitos, de alegrías y pesares, que hay en nuestra existencia. La muerte (“la oscura y desdeñada”) aparece en su configuración tradicional, como la dama terrible que en un instante nos arrebató al fluir de la vida (“¿cómo podría habérsenos ocurrido?”). El poema diestramente propone anticipaciones, resonancias previas: menciones al paso del tiempo, la actitud quizá presuntuosa de anticipar aspectos del porvenir, la reunión que se va agotando (¡termina la fiesta!), las despedidas, y entonces la súbita irrupción de una realidad que a todos nos supera. Veamos ahora el final del poema, retrocediendo apenas tres versos:

...ella, la oscura y desdeñada,
 eligió a uno de nosotros y dijo,
 con su dedo largo: éste.
 Creo que lo hizo delicadamente para que
 nuestras mujeres no se dieran cuenta. Cosa rara
 porque ellas siempre saben antes que nosotros,
 aunque sea en sueños.
 El cuerpo del poema en cambio, el organismo del
 [poema,

la acomodación del poema en cambio, seguramente sintió un roce que ninguno de nosotros advirtió.

El poema sabe más que nosotros de la vida y percibe antes que nosotros el dedo de la muerte.

Obviamente el poema se desarrolla en referencia directa a Raúl Gustavo Aguirre (1927-1983), poeta y amigo ejemplar, y como comentario a un último encuentro cuya repetición se hará imposible por la ocurrencia de la muerte. Sin embargo, en una lectura menos atada a la circunstancia inmediata pretendo leerlo también, al mismo tiempo, como un poema que habla de la propia muerte, del destino de Alfredo Veiravé. Y como no podía ser de otra manera, este poema que habla de la amistad y el amor, de la vida y de la muerte, habla asimismo, con profundidad y belleza, de la poesía. Muchos poemas de Alfredo lo han hecho, y éste es uno de los más impresionantes en su exploración del “juego de lo posible”, la instancia aleatoria que define la existencia misma del hecho poético. Aquí el poema, que nos acompaña siempre, late a la vera del hombre y sutilmente le va marcando caminos. Porque, como dicen las últimas líneas, “El poema sabe más que nosotros de la vida / y percibe antes que nosotros el dedo de la muerte”. 

¹ Buenos Aires: Sudamericana, 1980.

² Buenos Aires: Sudamericana, 1985.

No honrarás a tu padre

o la persistencia de la memoria

Jaime Muñoz Vargas

JAIME MUÑOZ VARGAS

Licenciado en Ciencias de la Información y candidato a maestro en Historia. Investigador en el Archivo Histórico Juan Agustín de Espinoza, sj, y coordinador del Taller Literario de la UIA Torreón. Ha publicado entre otros, *El augurio de la lumbre*, *Pálpito de la sierra Tarahumara*, *El principio del terror*, *Juegos de amor y malquerencia*, y recientemente *Tientos y mediciones. Breve paseo por la reseña bibliográfica* (UIA Torreón /ICOCULT Laguna).

En septiembre de 1989, la editorial Joaquín Mortiz publicó un librito titulado *Tríptico* (*tres actos en una ópera*) en su hoy legendaria y al parecer moribunda Serie del Volador. Como casi todas las primeras obras de un autor que recién accede al cuadrilátero editorial, ese trío de cuentos hubiera pasado inadvertido si no fuera porque el Pen Club mexicano le otorgó, merecidamente, hay que enfatizarlo, el Premio Gottlieb para ópera prima. Exactos quince años después, en septiembre de 2004, Random House Mondadori-Sudamericana ha puesto en circulación *No honrarás a tu padre*, el segundo libro de Gerardo Kleinburg (México, DF, 1964), historia que de golpe confirma al autor de aquel lejano *Tríptico* como uno de los narradores más interesantes de la literatura mexicana actual.

¿Y qué contenía el primer libro de Kleinburg? ¿Qué valores apreció el Pen Club para galardonarlo con el Gottlieb? ¿Qué tanto prefiguraba al autor que luego tardaría tres lustros en dar a la imprenta un nuevo fruto de su imaginación? No es ocioso recordar aquí

que *Tríptico*, publicado a los 26 de Kleinburg, evidenció virtudes que se fueron acentuando con el paso de los años hasta desembocar en la madurez hoy bien exhibida en *No honrarás a tu padre*. *Tríptico* —dedicado por cierto al lagunero Antonio Méndez-Vigatá— es un volumen con tres historias breves y de suyo originales, pues por primera vez, si mi atrevida ignorancia no me engaña, la ópera constituía el tema central de unos relatos. Compuesto en tres momentos, *Tríptico* es un ejercicio sorpresivo y estimable en tanto obra de un autor cuya juventud no parecía lista para depararle buenos resultados. Recuerdo pues el humor asordinado de aquella historia en la que un enamorado de la ópera decide lanzarse de espontáneo —a la más pura usanza taurina— para romper con la mediocridad y la monotonía del trabajo operístico ya ordinario en el teatro de su localidad. O el segundo de los relatos, aquél en el que, con recursos múltiples que van desde la reconstrucción de la vida de Puccini y la incorporación fragmentaria de partituras, se cuenta la obsesión

de un operólatra prendado enfermizamente de *Turandot*, obra póstuma del también creador de *Tosca*. O en el último segmento de aquella tríada, la conmovedora historia de dos cantantes retirados que, en un raptó de locura artística, deciden unir talentos, ya viejos y con un chorrito de voz, para escenificar, frente a una sola testigo, la más grande interpretación vocal de que se tenga registro.

En aquellos tres relatos vi, en síntesis, humor, firmeza estilística, vocación lúdica, erudición, malicia estructural y, acaso lo más importante, emotividad, emotividad sobre todo en el tercero de los trancos, aquel de los viejos que levantan hacia el cielo su escombros músico-vocal para autorregularse la mejor interpretación de todos sus ya de por sí gloriosos tiempos. Pues bien, esas mismas condiciones, pero manejadas ahora con el aliento de un novelista experto, atraviesan las 326 páginas, los dieciséis capítulos de *No honrarás a tu padre*.

En el camino de esta recensión, y conocido ya el mérito de *Triptico* y anticipada la eficacia de *No honrarás a tu padre*, a los potenciales lectores de este nuevo libro los puede asaltar otra pregunta: ¿por qué han tenido que pasar quince años para que Gerardo Kleinburg haya vuelto a las andadas literarias? No lo sé. Me atrevo a pensar que otras actividades lo raptaron, que ser director Artístico de la Compañía Nacional de Ópera, que hacer crítica de música culta en revistas como *Pauta*, *Vuelta*, *Viceversa*, *Letras Libres*, en diarios como *El Norte*, *unomásuno* y *Reforma*, o en medios electrónicos como el Canal 22 y en diferentes radiodifusoras, que hacer todo eso y quizá más —como dirigir la Casa del Lago Juan José Arreola desde enero de 2004— lo mantuvo alejado de la creación narrativa. Pero no sé. Lo que sí sé es que,

Suscripción nacional por 1 año \$ 200.00
Suscripción internacional por 1 año US \$28.00
Publicación Trimestral

Identidad en tránsito

La conciencia infeliz de
Hegel

Tortura en Jalisco

52

Por favor enviar **GIRO POSTAL ORDINARIO** a:
Jorge Manzano, Periferico Sur 8585
45090 Tlaquepaque, Jalisco. Depto. Filosofía y
Humanidades

O **depositar** a la cuenta no: 56-50637614-9
Serfin sucursal La Paz y enviarnos un FAX
-fax (01-33) 3669 34 34 ext. 2975 de la ficha de depósito.

xipe totek
revista de filosofía y ciencias sociales

Filosofía y Humanidades, iteso, Guadalajara.

pese al amplio paréntesis y con sólo dos obras de ficción, insisto en colocar a Kleinburg en un nicho especial entre los autores de su generación, la sesentera.

El tema eje de *No honrarás a tu padre* es ostensible prácticamente en cada párrafo de la novela. El personaje narrador, Alejandro Roth, hijo de padre judío y madre “gentil”, se pregunta insistentemente por su identidad, dado que, mucho antes de nacer, su padre lo niega y aquello queda sólo en *affaire* amoroso de su madre o en “error” de dos jóvenes que no podían casarse. Con el paso del tiempo, al entrar apenas a la adolescencia, este niño criado en un ambiente cultural de clase media, católico y deefño, se obstina en un traumático buceo con rumbo a las oscuras aguas de su identidad biológica, étnica y religiosa. La novela se torna, pues, caudalosa navegación en las agitadas aguas de un espíritu aturdido por la carencia de un rostro, el de Pedro Roth, su padre, que a su vez completará el suyo, el de Alejandro. La falta del padre, del padre judío, detona pues en Alejandro una lucha que a su juicio queda sintetizada, cuando ve por primera vez a su progenitor, en la afirmación inicial, y luego recurrente de toda la novela: “Yo soy la historia del pueblo judío”, dice en función de su semejanza con, baste un ejemplo, Moisés, “el entregado al agua, el alejado del origen, el criado entre los otros, el que conoce las dos religiones y regresa...” (p. 28).

Esta epopeya de la intimidad, como la ha llamado Christopher Domínguez, es a mi parecer uno de los productos más audaces de la narrativa mexicana de reciente hechura. Su autor asume un tema que a simple vista parece pequeño (el hijo de madre “gentil” que no es reconocido por su padre judío), un tema que en un primer acercamiento no da la impresión,

a simple vista, de tener capacidad para alimentar una novela de gran envergadura. Gerardo Kleinburg ha resuelto el problema del agotamiento tramático y dramático con notable solvencia. Observador atento de la guerra que acontece en las vísceras del protagonista, el autor examina y describe minuciosamente cada pliegue, cada milímetro del violento y humanísimo interior de Alejandro Roth. No hay idea, no hay pasión que Roth no desmenuce hasta que sangre. El diálogo telefónico sostenido con su padre es una clara muestra de que para el protagonista no hay punto de sosiego, que la batalla por encontrar el rostro del que lo engendró es *su* batalla, la cristalización de *su* sentido de plena pertenencia al mundo, el obsesivo encuentro con su genuina identidad.

Como el Juan Dahlmann de “El Sur”, acaso el cuento de Borges que más le gustaba a Borges, Alejandro Roth se debate entre dos linajes: por un flanco está su lado mestizo, “gentil”, y por el otro, el judío que su padre le escamoteó desde el principio, antes incluso de que Alejandro aterrizara en el mundo. Voluntariamente, Roth se niega a perder el lado hebreo de su sangre y en el reclamo de ese linaje está escondido el reclamo al padre mezquino, todo lo cual, contado con la tensión que Kleinburg depositó en estos renglones, da como resultado una novela envolvente, una historia escrita con nerviosa musicalidad hipnótica, con la “sustancia lírica que es el impulso germinal de la musicalidad” que ha creado una obra “supeditada exclusivamente a las emociones”, según observó el también novelista Daniel Sada.

Quizá uno de los méritos sofocados por la originalidad del asunto contado en *No honrarás a tu padre* es el de la técnica empleada para construir la perspectiva del narrador. Debido a la

superstición de que el arte siempre debe proponer algún juego formal más o menos atrevido, muchas obras se detienen a jugar con las palabras, a crear estructuras adrede y a veces viciosamente complicadas, a romper con los enmohecidos preceptos de la Real Academia, en fin, a no reiterar un experimento, a buscar nuevos caminos para la expresión. Así, la primera novela de Gerardo Kleinburg emplea con gran acierto y novedad, y no como huero divertimento, un punto de vista cambiante, movedido. De esa forma, el relato ha sido narrado desde dos perspectivas: la tercera como aparentemente principal y, agazapada tras ésta, la primera, la verdaderamente capital. ¿Es sólo un recurso retórico o esta técnica le añade sentido a la ficción aquí contada? Me parece que ocurre lo segundo, y me parece que este empleo del punto de vista oscilante, pendular de la tercera a la primera personas, es fundamental para ingresar al cogollo de la narración. Trataré de explicar. Alejandro Roth cuenta la historia de Alejandro Roth; el narrador del presente, el cuarentón que lleva tal nombre, habla de sí mismo, de su niñez y de su adolescencia dolorosas, de su primera adultez, del pasado, en suma. Para hacerlo, no recurre al “yo” como punto de vista dorsal, sino al “él” que crea un efecto de distancia, de alejamiento, de alteridad. El Alejandro Roth cuarentón, en efecto, es el mismo Alejandro Roth niño; es el mismo, sin duda, pero también es otro, como en este pasaje donde reiteradamente es marcado el vaivén de perspectivas:

Ese adolescente, yo, dejaba de serlo en esos instantes. Ese hijo sin padre, yo, percibía aterrado que lo sería para siempre. Ese héroe, yo, sentía cómo mi herida eterna se cerraba por unos instantes. Ese judío imaginario, yo, se sentía gentil. Y ese gentil, yo también, se sabía judío (p. 93).

El tiempo le permite al adulto bucear en su pasado con la certeza de que, por más que lo niegue, ese pasado tiene ya dos fisonomías: el pasado que fue, el pasado real, el pasado de la niñez, del miedo, de la vergüenza escolar, de las palabras entredichas por su madre, de la búsqueda en la oscuridad, del anhelo desesperado por ver a su padre; ese pasado ya no existe en verdad, por tanto se le puede contar como si fuera ajeno, como si le hubiera ocurrido a otro, en tercera persona. Al mismo tiempo, lo único que le queda del pasado real es lo que su memoria guarda, lo que su memoria selecciona y archiva para siempre, lo que le pertenece y puede contar en primera persona. Por eso el empleo sostenido, del principio al fin de la novela, de la perspectiva pespunteante, indecisa, tan ambigua como la identidad del protagonista. Es la memoria, en resumen, la que persiste y torturara: a unos —como le ocurre a la ciudad de México, por ejemplo— porque tuvieron y han perdido; a otros, como a Roth, porque no tuvieron y en ellos sigue latiendo, hecha ya recuerdo pero igualmente cruel, la certeza de que no tuvieron cuando más lo demandaron.

No honrarás a tu padre es, termino aquí, una novela que a todos nos puede colocar en el escenario de nuestra memoria personal, lo único que conservaremos al final de las sumas y las restas. Su valor como obra literaria de notable factura me parece irregateable y estoy seguro de que ha valido la espera, la maduración paciente, el fecundo silencio de Gerardo Kleinburg.

Comarca lagunera, 27, enero y 2005

No honrarás a tu padre, Gerardo Kleinburg, Sudamericana, México: 2004, 326 pp.

Mar adentro

Luis García Orso, sj.

LUIS GARCÍA ORSO, SJ
Doctor en Teología. Profesor en el Colegio de Estudios Teológicos de la Compañía de Jesús en México y en la Universidad Pontificia de México. Presidente en México de Signis (Asociación Católica Mundial para la Comunicación). Ha publicado *Una guía para ver cine*, *Humanidad en lo humano* y diversos artículos de teología pastoral.

Ramón Sampedro es un marinero que ya no puede navegar, lo único que puede hacer es oler el mar desde la ventana. Un día, al echarse a nadar, la marea se ha retirado y la caída le deja tetrapléjico para siempre. ¡Cómo de veras la vida cambia de golpe!

Sampedro (un extraordinario Javier Bardem en cada gesto y acento) lleva ya casi treinta años recostado en una cama. Su única ventana al mundo es la de su habitación, cerca del mar: el mar que le vio nacer y vivir, el mar por donde viajó de joven, el mar que le llevó por el mundo, el mar que lo dejó sin movimiento en el cuerpo, el mar al que Ramón desea intensamente regresar... Ahora vive bajo la atención cariñosa de sus familiares, en una granja de Galicia: su anciano padre, su hermano José, su cuñada Manuela, su sobrino Javi. Pero son sobre todo las mujeres las que más sabrán acompañar y amar a Sampedro: Julia (una bella y madura presencia de Belén Rueda) la abogada catalana que desea apoyarle legalmente y que lo lleva a soñar; Rosa (Lola Dueñas, en una sonrisa que llena la pantalla) la joven obrera y madre soltera convertida en el ángel que le acompaña y le guía al amor y al mar; Gené (Clara Segura) la luchadora social para “morir

con dignidad”, y Manuela (Mabel Rivera), el rostro siempre tierno y maternal de la familia.

Mar adentro (con guión, dirección y música de Alejandro Amenábar, España 2004, ganadora de catorce Goyas) está basada en la historia real de Ramón Sampedro que en agosto de 1968, a los 25 años de edad, tuvo el accidente que lo dejó tetrapléjico, y que finalmente, en enero de 1998 puso fin a su vida en un suicidio asistido, tras muchos años de luchar porque se le concediera lo que él consideraba una final “digno” para su vida, pero que no tuvo respuesta oficial dada la prohibición constitucional de la eutanasia en España. Sampedro pidió videograbar su muerte y su testamento. El caso abrió entonces un muy participado debate social entre los españoles y seguramente lo vuelve abrir ahora también fuera de la península a través de esta recreación cinematográfica. Pero para Sampedro, como lo expresan sus propias palabras, la muerte es un acto de libertad y de amor a la vida.

Y para Amenábar, creo yo, *Mar adentro* no es un alegato a favor de la eutanasia, sino una conmovedora historia humana de hombres y mujeres reales frente al misterio de la vida, de la muer-

te y de su propia responsabilidad. Pocas veces en el cine un filme nos pone íntimamente cerca de seres humanos tan reales, de carne y hueso, tan verdaderos, tan sinceros, en quienes se transparenta el alma en cada gesto, cada silencio, cada mirada.

El joven director chileno-español, Alejandro Amenábar, ha vuelto con extraordinaria madurez y capacidad de realización, a un tema querido y recurrente en su breve y excelente filmografía: *Abre los ojos* era la experiencia desconcertante de estar en los límites de la muerte; *Los otros*, la incorporación misteriosa de los muertos a la vida; *Mar adentro*, el deseo de la muerte desde la vida como última posibilidad.

Mar adentro nos sumerge en su historia en las tres más grandes realidades regaladas al ser humano: la vida, la muerte, la libertad.

La Iglesia ha dicho en el Concilio Vaticano II que “el máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo... Pero nada puede satisfacer ese deseo del más allá que surge ineluctablemente del corazón humano” (*Gaudium et Spes*, n. 18). Y ha dicho también que “Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia decisión” (*Ibid*, 17). De las tres —la vida, la muerte, la libertad— dice la fe cristiana que son un *misterio*: algo tan grande que no se pueden explicar del todo por la razón, sino que se hunden en el océano inconmensurable de la realidad de Dios.

De eso trata la película aquí mencionada, presentando una visión como pocas veces aparece en el cine. Y no sólo Ramón Sampedro, sino todos y cada uno de los personajes de esta narración viven en su propia realidad este triple

misterio, pero lo viven y lo asumen de modos muy distintos y totalmente únicos y personales; tan distintos que sufren porque no llegan a comprender del todo cómo quiere el otro vivir el misterio de su vida, de su muerte y de su libertad. Como seguramente sufriremos nosotros, los espectadores, y necesitaremos doblegar nuestra propia razón para acoger con el corazón aquello del prójimo que no comprendemos o con lo que no estamos de acuerdo. “¿Quién soy yo para juzgar?”

Creo que para ver esta cinta se necesita estar ahí, en la historia de la pantalla, con entrañas de madre, corazón de amante y oído de confesor; es decir, con misericordia, para acoger estas almas que se confiesan delante de mí. Desde la fe cristiana: se necesita ver *Mar adentro* con los ojos y el corazón de Dios.

Al final, la voz de Sampedro lee uno de sus poemas a la mujer amada, mientras en la playa corre y juega la vida que comienza: “Mar adentro, mar adentro. Y en la ingravidez del fondo, donde se cumplen los sueños, se juntan dos voluntades para cumplir un deseo. Un beso enciende la vida, con un relámpago y un trueno, y en una metamorfosis, mi cuerpo ya no es mi cuerpo, es como penetrar al centro del universo”.



19 de febrero de 2005



Helena

o la anunciación

Carlos Martín Briceño

CARLOS MARTÍN BRICEÑO
Mérida, Yucatán, 1966. Narrador. Integrante del Centro Yucateco de Escritores y miembro del consejo editorial de la revista literaria *Navegaciones Zur*. Becario del Programa de Apoyo para las Culturas Municipales (1998), Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, modalidad cuento (1999) y novela (2002). Ha publicado los libros de cuentos *Después del aguacero* (La tinta de alcatraz, 2000), *Silencio de polvo* (Instituto de Cultura de Yucatán, 2001) y *Al final de la vigilia* (Dante, 2003); y como coautor en *Litoral del Relámpago* (narrativa yucateca contemporánea, Zur, 2003). Obtuvo mención honorífica en el concurso nacional de cuento Carmen Báez 1999 y el premio nacional de cuento Beatriz Espejo 2003. Colabora en los medios impresos regionales y nacionales *Por esto*, *Diario del Sureste*, *Diario de Yucatán*, *La Jornada*, *Camino Blanco* y *Luna Zeta*.

Antes de Helena odiabas el piano. Había que estar en punto de las siete de la tarde, cada último viernes de mes, con el pelo arreglado, el vestido vaporoso y las zapatillas bien lustradas, en las tertulias musicales. El piano era una tradición en la familia. Tu abuela llegó a ejecutar con éxito en un teatro de la capital a Brahms cuando éste aún no era conocido en la provincia. De ello daba cuenta el programa de mano, un pedazo rectangular de papel brillante, elegantemente impreso, que adornaba una de las paredes de la sala de música.

El primer recuerdo que tienes de Helena es el de una mujer etérea, sentada con laxitud en la silleta de mimbre del recibidor. Lleva unos gruesos lentes oscuros de carey y un vestido entallado, blanco y translúcido, de escote generoso. El sol, filtrándose por los cristales plomizos del ventanal, le pega de lleno en el rostro, creando una especie de halo en torno a su larga y rojiza cabellera. Te agradó desde el principio: ninguna de las profesoras anteriores se hubiera atrevido a presentarse en tu casa vestida de esa forma. No parece una mujer honorable, sentenció tu madre cuan-

do, después de saludarla, te llamó aparte a la biblioteca. Si no es con ella, al diablo las clases, replicaste de inmediato; al menos no es un vejestorio.

Tu prima Fausta era en aquel tiempo, la nieta preferida. A sus doce años podía ejecutar desde una mazurca de Chopin hasta una rapsodia húngara de Liszt con el virtuosismo de una profesional, según decía tu abuela. En cambio, ya ibas a cumplir catorce y lo único que interpretabas con cierto decoro eran las piezas del libro de Anna Magdalena Bach. No pasabas de ser, para congoja de tu mamá, una niña sin talento, a la que le hizo gran falta el padre.

Helena era joven y delgada, tenía los ojos verdes y unos pechos grandes y puntiagudos que le temblaban al recorrer el teclado. No usaba sostén, su piel destilaba un aroma a agua de rosas. Pareció comprender desde el principio tu hostilidad por ese antiguo y majestuoso Bechstein. Sin presiones, acostumbraba decir, mejor concentra tu energía en liberar la tensión del cuerpo para que fluya el ritmo. Con ternura tomaba tus manos, invitándote a

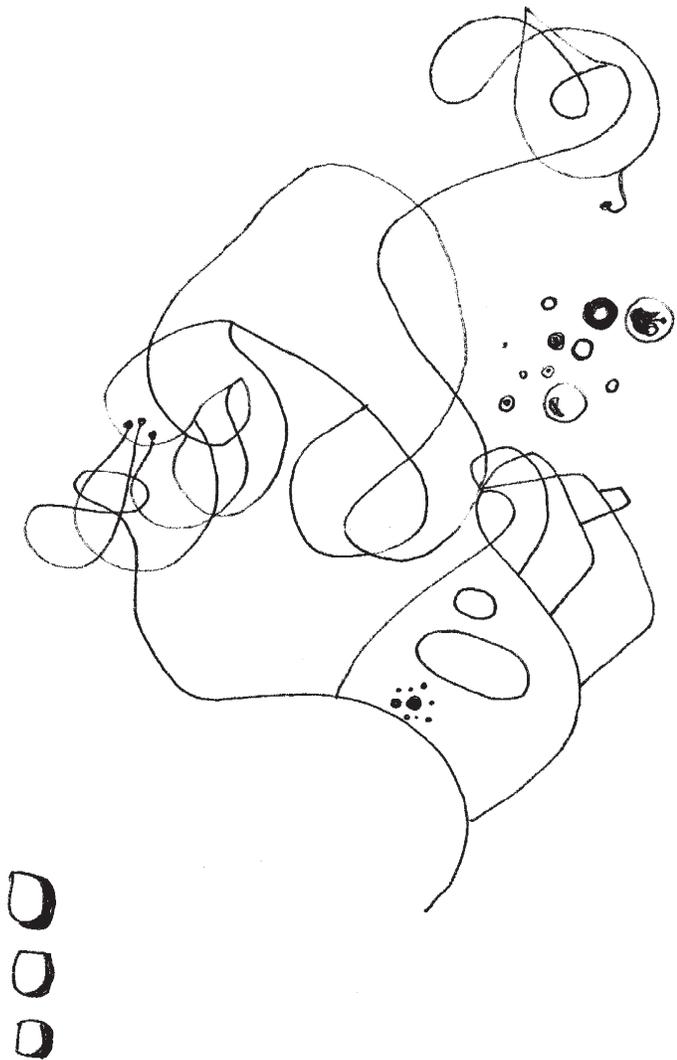
cerrar los ojos y masajeaba uno a uno los dedos, largamente, hasta que sentía los pasos de alguien aproximarse a la estancia de música.

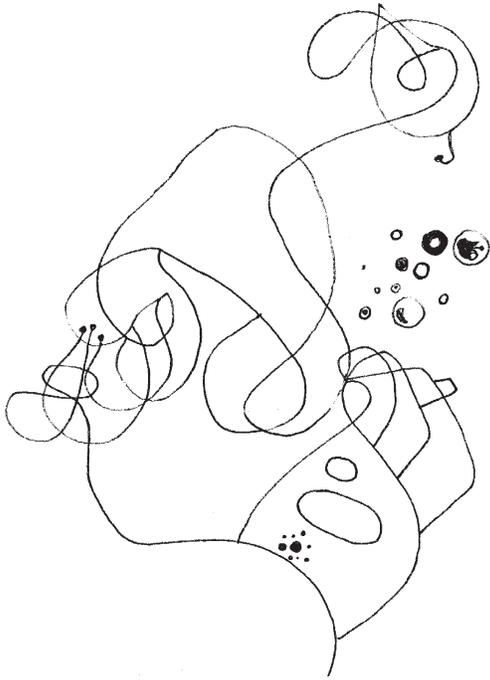
Nunca te aplicaste tanto como en esos primeros meses después de su llegada. ¿Percibes la diferencia entre respetar la partitura y compartir el sentimiento de los autores?, inquiría, ansiosa, al término de cada pieza. Ante tu silencio dubitativo, fijaba el verdor de sus pupilas y decía, lacónica: ¡Ay, linda, cuánto te falta por vivir!

La lluvia escurriendo por el tejado, precipitándose hasta el piso; el zumbido insistente de los grillos después del aguacero, la algarabía de los pájaros al retirarse a sus nidos al desmayar la tarde, cualquier rumor de la naturaleza era pretexto para una nueva lección. ¡Escucha, escucha! ¿Estás lista para traducir en el piano esos sonidos? Y volvía a sentarse a tu lado en la banca para seguir de cerca el ensayo, llenando el ambiente con su perfume.

Para entonces, tu madre ya comenzaba a apreciarla. El recelo que le tuvo al principio se había ido transformando poco a poco en deslumbramiento. Se le miraba contenta. Solía entrar a escucharles mientras practicaban. Incluso dio su consentimiento para que aprendieras algo de Satie, un “revolucionario” compositor francés al cual nunca había oído nombrar, sólo por tratarse del favorito de la profesora. Después de un tiempo, comenzó a invitar a la pianista, al término de las clases, a conversar y a beber licor de café en la biblioteca. Tú aprovechabas sus risas para acabar con el tiramisú y la carlota rusa. Era como si hubiera siempre fiesta en casa.

Helena se convirtió pronto en presencia habitual en tu familia. Las cla-





ses se ampliaron de tres a cinco veces en la semana y se mandó habilitar uno de los cuartos de huéspedes para cuando ella deseara quedarse a dormir. Los sábados se le podía ver en el teatro o en algún restaurante haciéndoles compañía a ti y a tu madre. Te encantaba oírla disertar acerca del amor y la eternidad: no hay pasión decía, como aquella que nace de compartir una hermosa sinfonía, la buena música favorece la comunión de los amantes. Y sobre todo, disfrutabas oyéndola reír. Era la suya una risa franca, contagiosa, libre, que te inundaba de gozo.

Una madrugada de domingo, después de haber pasado el fin de semana juntas en casa, despertaste inquieta. Habías tenido una pesadilla y tu corazón palpitaba acelerado. Las sábanas parecían haberse cargado con tenues corrientes de electricidad. Cada vez que removías tu cuerpo en el lecho, un placer inexplicable recorría tu piel. En el sueño, eras una doncella desnuda condenada a morir en la guillotina. Una muchedumbre de harapientos esperaba atenta junto al cadalso. Podías sentir, como agujas, las miradas lascivas de la gente. Y justo cuando el verdugo tocó el resorte y el filo iba a caer sobre tu cuello, abriste los ojos. El reloj de la biblioteca anunció las dos de la mañana. En medio del silencio de la noche llegaron hasta tus oídos voces, risas, gemidos. ¿Era posible? ¿Seguían allí? Te hubiera gustado levantarte, ponerte algo de ropa, caminar con sigilo a la biblioteca y darles una sorpresa, pero después de aquel ensueño, extraviada aún, con el corazón retumbando, lleno de rumores nuevos, preferiste dormir. Te sentías plena. Soñaste con mujeres. Hembras hermosas de pechos grandes, anchas caderas y cabelleras

largas. Sirenas de formas suaves que se bañaban a la orilla de un río, enjabonándose unas a otras.

Pero no faltaron las habladurías. En esa ciudad pequeña, tratándose de una familia tan conocida, alguien tuvo que ir a calentarle la cabeza a tu abuela, previniéndola, alertándola. Y en una de las reuniones, cuando estrenabas *Gymnopédies*, la escuchaste reclamar, indignada, a tu madre: esa música extraña y sofisticada no es de mi agrado. Estoy segura que es influencia de ésa, tu nueva profesora. Todo mundo habla de ustedes. Hazme el favor de retirar a esa mujer.

Ya en casa, mientras preparabas tus ropas para ir a la cama, estuviste dándole vueltas al asunto. ¿Qué iba a pasar ahora? Por lo regular, la abuela se entrometía de una forma menos directa. Pero cuando solicitaba algo, no había otro remedio que obedecer. Además, estaba lo de las rentas. Ninguno de sus hijos, tu mamá incluida, hubiera querido disgustarla y correr el riesgo de perderlas. Todo había terminado. Tu madre no iba a darle pretextos. Y menos en su condición de mujer sola.

Aquella noche te resultó imposible conciliar el sueño. Bajaste al cuarto de música y estuviste sentada largo rato al piano. Había llovido y el silbar del viento se colaba por los ventanales. El amanecer llegó mientras tocabas. Se encendieron luces en las habitaciones, pero nadie se atrevió a interrumpir el concierto. De haber tenido la oportunidad de estar contigo, Helena hubiera dicho: ¡Por fin, linda, has conseguido liberar tu pasión interior! Al finalizar, caíste rendida en el sillón de piel donde ella acostumbraba sentarse.

Helena dejó de acudir a las clases. Tu madre no dio alguna explicación y estuvo encerrada en su cuarto una semana entera sin permitir que nadie la molestara. Ha transcurrido casi un año y aún se le humedecen los ojos cuando interpretas *Gymnopédies*. Por supuesto, esto sucede sólo en tu casa, donde te permiten recibir a tus amigas a cualquier hora de la noche y usar vestidos cortos y de escote pronunciado. Para las reuniones de los viernes has vuelto a Bach. ♪

ARCHIVO HISTÓRICO



Juan Agustín de Espinoza, sj

El Archivo Histórico JAE de la Universidad Iberoamericana Torreón está incluido en el listado oficial de la Organización para la Educación, la Ciencia y la Cultura de las Naciones Unidas —UNESCO— debido al interés de sus fondos y por la calidad de los servicios virtuales que ofrece a los investigadores del mundo entero. El Archivo cuenta con una página web <http://www.lag.uia.mx/archivo> que le gustará visitar. Sin necesidad de registros ni claves de acceso, ofrece gratis varios servicios en línea, como su revista virtual *El Mensajero*, con su propio sitio en los recursos virtuales de la UNESCO, los siete tomos de la colección Lobo Rampante, 70 mil fichas de catálogo de sus diversos fondos documentales, y una galería virtual. ¡Visítelo!

De olvidos

y otros recuerdos

Brenda Azucena Muñoz

BRENDA AZUCENA MUÑOZ
Alumna de la licenciatura en Comunicación y miembro del Taller Literario en la UIA Torreón.

Helena lloró por largo rato mientras apretaba la bocina del teléfono contra su pecho, no porque le hayan dicho, dos minutos antes, que su padre había muerto de un paro respiratorio, sino porque sabía que dos meses después lo habría olvidado. Rita, su mamá, también lloraba en el otro lado de la línea “Helena, Helena, ven pronto, hija”, pero la muchacha ya había colgado y Rita hacía un monólogo de lágrimas con el auricular en la mano; ella tardaría más en comprender el olvido.

Salió, casi sin rumbo, de su departamento. Presionó el botón del elevador, pero se desesperó y bajó por las escaleras; las puertas del ascensor se abrieron cuando Helena ya había salido del edificio. En su cabeza entraban y salían caras, números telefónicos, direcciones, recuerdos, los ojos de su madre cuando la corrió de la casa, los dedos de su abuela contando billetes, el papel que le dio su hermana con un nombre y un número que no conocía, las ropas que había olvidado en casa, el abrazo de su papá cuando quiso apoyarla, la señorita de la central camionera entregándole un boleto de abordar

“son tres pesos de cambio, su número de autobús es el 5038, por esta puerta. Está a punto de salir”, el hombre que acomodó su maleta en el autobús, el beso de su papá en la frente cuando se despidieron, cuando él le aseguró que ella era capaz de salir adelante sola, cuando le otorgó toda su confianza, la fuerza de ese último abrazo, el llanto enjugado al separarse, el pasillo del camión con gente por doquier y en todos los asientos, los números iluminados “23. Pasillo. 24. Ventanilla”, un niño gordo corriendo por ahí, la imagen de su papá a través de la ventana mientras esperaba a que el camión partiera, la sonrisa de Alejandro cuando lo vio por primera vez en el autobús, sus labios murmurando el número de asiento que tenía marcado en el boleto, la sonrisa de Alejandro, otra vez.

—Casi me quedo— dijo, mientras acomodaba su morral en un rincón del portaequipaje. Helena lo miraba desde unos asientos atrás, pero la señora gorda que iba sentada en el lado del pasillo ni siquiera lo volteó a ver, sólo le dijo algo así como que ella había pagado la mitad de un boleto para su hijo

y que era justo que dejara el asiento para que el niño, igual de regordete, pudiera dormir; que buscara otro lugar. El muchacho disimuló una sonrisa y miró a Helena haciéndola reír también. El niño gordo sonreía detrás de Alejandro cuando éste se dio la vuelta, volvió su vista hacia atrás del autobús, pero esta vez Helena había girado su cabeza hacia la ventana para ver la ciudad por última ocasión. Alejandro caminó un poco en el pasillo hasta llegar al lugar de Helena, donde había un asiento vacío.

—Disculpa, tú no tienes un hijo gordo que vaya a dormir aquí, ¿verdad?— dijo él con la misma primera sonrisa que había captado la atención de Helena.

—No, aquí sí puedes sentarte— contestó ella correspondiendo la sonrisa.

—Gracias. Alejandro, mucho gusto.

—Helena— respondió ella un poco nerviosa —con hache— agregó y volvió a mirar por la ventanilla.

—Debes pensar que soy demasiado complicada— dijo Helena mientras tomaba la taza de café con las dos manos y la acercaba a su cara para absorber con la nariz el humo que despedía. —Me encanta hacer esto— murmuró al mismo tiempo que cerró los ojos grandes, redondos y profundamente negros.

Sobre la mesa de aluminio se mantenían la otra taza de café americano, un libro rojo, una cartera negra y unos cigarros sin filtro. En realidad no era necesario que Helena acercara su nariz al líquido, todo el establecimiento tenía ese olor a café que se impregnaba en la camisa de Alejandro, sentado frente a ella con la mirada tranquila. La tarde había sido seca, y sin embargo, ese lugar tenía mezclado un aroma a tierra húmeda. Los meseros con un mandil azul sobre su ropa, platicaban recargados en la barra donde los cocineros suelen poner los platos de comida cuando hay clientes, pero ese día sólo había dos personas tomando café.

Helena alargaba el momento, impedía que Alejandro hablara, con su costumbre de oler el café antes de beberlo y comentar el decorado del sitio, que siempre era el mismo. Sacó un cigarro y pidió a un mesero que se lo encendiera, el empleado caminó hacia ella sin dejar de platicar con sus compañeros.

—Sé que te había prometido no buscarte otra vez— dijo Helena, acomodándose el pelo detrás de la oreja —pero es que necesitaba tanto verte, Alejandro— el muchacho hizo un gesto de tristeza o nostalgia, no se supo bien.

Ella no dijo más, se limitó a beber el café que gradualmente perdía vapor, levantó la vista sólo para mirar la sonrisa de Alejandro, que gradualmente se iba desintegrando. Habían pasado dos años desde que se conocieron en el autobús, y cuatro meses desde que Alejandro se fue del departamento que compartía con ella. Durante un año se quisieron tanto, que parecía imposible que ahora estuvieran en el mismo lugar con una distancia ilimitada entre sus ojos. Ella había esperado que él volviera en cualquier momento, pero cada vez era más lejana la posibilidad, y la incertidumbre se fue comiendo su vida.

Ahora que habían pasado tres meses, y tenía que ir al funeral de su padre, recordó con qué fuerza la había abrazado el día en que dejó la otra ciudad; recordó con qué seguridad su padre le había dicho que ella era capaz de todo. Dio un trago al café y con la facilidad con que había olvidado en un momento a su padre, supo que era necesario olvidar también a Alejandro, y su estólida sonrisa. 🍷

El manual de las mutilaciones

Juan Maya

JUAN MAYA

Colaborador en el suplemento de libros *Hoja por Hoja* del diario *Reforma* en el DF y en *Palabra* de Saltillo. Egresado de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Ha publicado en revistas como *El Burak*, *El Centavo*, *Casa del Tiempo* y *El Universo del Búho*, así como en el suplemento dominical del desaparecido diario *México Hoy*.

La historia que ahora escribo no es, aunque mucho lo deseara, autoría de mi imaginación. Hace ya muchos años, un viejo vendía, no a cualquiera, un extraño librito que confundía entre estampas de santos y rosarios. El anciano había huido de secretas organizaciones que se manifestaban en contra de la tortura y que lo acusaban de propagar historias contra la humanidad; irónicamente, lo buscaban para matarlo. La persecución había terminado décadas atrás, pero aquel anciano, trastornado por el miedo, prefirió no moverse de su guarida, que era una suerte de silla pétrea debajo de una enorme, mas así afortunada, pintura de san Agustín, que sigue colgada de un muro en el llamado Templo de los Gatos.

El viejo murió. Antes, puede obtener un ejemplar de tan codiciado pasquín: la portada y contraportada son oscuras y se puede sentir el suave relieve de las grecas del frontispicio; las letras minúsculas, en rojos y negros, sólo legibles con lente de aumento y a la luz del día. En su interior contiene un manuscrito que narra las abominables operaciones practicadas a un hombre por

las manos de Toribio de la Buenaventura y el seminarista Juan Mendoza. Los detalles son de tal crueldad, que elijo omitir la transcripción del texto; prefiero hacer un resumen de los hechos.

Toribio de la Buenaventura, teólogo por muchos conocidos, poseía una finca en las calles de la Merced. Célebre era su amor por los libros, tanto como su bien guardada biblioteca que en alguna de sus estanterías, la más secreta, sólo admitía libros prohibidos. Entre ellos había uno muy extraño: un manual antiguo que reflexionaba acerca de los límites del cuerpo humano cuando éste es mutilado. El texto globalaba las posibilidades que tiene un hombre de vivir sin tal o cual parte de su cuerpo, siempre que no se lastimaran los órganos vitales. Desairando la morbosidad del capellán, el manual no ofrecía ejemplos suficientes. Al parecer Toribio enseñó el escrito a Juan Mendoza, quien ya conocía buena parte de los volúmenes prohibidos de esa biblioteca y siempre había sido discreto. Estuvieron discutiendo sobre el manual durante una semana en la que pocas veces durmieron, y que fue aderezada por más

de una botella de aguardiente. Excitados, convinieron en llevar a la práctica una sesión de mutilaciones en un ser humano. La idea era aún más perversa por venir de dos hombres que no tenían sino vagas nociones de la cirugía.

La mañana de un domingo de san Juan salieron rumbo a la catedral, donde conocían a un mendigo apelado Nacatl, que más parecía un muñón por ser de cuerpo pequeño y por faltarle ambas piernas, además de estar ennegrecido por vivir arrastrado en las calles y los templos. No sobraron las mentiras para convencer a Nacatl de acompañar a los dos perversos a la casa de la Merced. Teólogo y seminarista cargaron al hombre sin importarles las miradas ajenas. Fue necesaria otra semana para conseguir todo lo que les pareció necesario: una hacha, varios cuchillos de distintos tamaños, pinzas, tijeras... y en el embarcadero de Roldán, pudieron hacerse de los ungüentos y brebajes necesarios para anestesiar las carnes de Nacatl, quien durante una semana fue considerablemente alimentado y consentido. El capellán y el seminarista nunca lo dijeron, pero ambos, al mirar cómo el mendigo se atragantaba con la comida, compartían la reflexión, tal vez para justificarse ante alguna reprimenda moral de sus conciencias, que lo mismo sucedía con los bueyes, cerdos, corderos, perdices, pollos y gallinas que él engullía, porque si bien no se le puede llamar engaño a lo que habían hecho con todos esos animales, la suerte era similar al haber sido engordados para después terminar en el rastro y de ahí en el plato de Nacatl.

Cada día uno de los dos salía a la calle y trataba de averiguar si alguien había echado de menos al indigente, pero la ciudad seguía, aparentemente, sin advertir nada. Llegó el día en que se sintieron seguros y dispusieron ordenar la serie de mutilaciones a las que



someterían a Nacatl. En la biblioteca, que era el recinto más aislado y escondido de la casa, improvisaron una mesa para las operaciones. Sólo había una noción básica: no dejarlo desangrar. Para ello tenían un fogón prendido calentando sendos pedazos de hierro con los que fustigarían la carne hasta achicharrarla y detener así cualquier hemorragia. El plan estaba trazado y se fue llevando a cabo. Cito a Juan Mendoza: "...fue por ello que nos decidimos a empezar por cortar ambos brazos, puesto que ya faltaban las piernas, nos pareció lo más armonioso". Según ellos cortaron de tajo los brazos, negándose a parcializarlos, empezando por los dedos, porque no se trataba de una tortura, sino de ciencia. Mendoza fue el encargado de registrar los sucesos: después de cortarles los brazos, pusieron al desafortunado mendigo en el suelo; en el escrito sobresale la descripción porque afirman que se movía "como si nadara en ausencia de aguas".

Nacatl fue debidamente amordazado, pero los sonidos, que no pudieron ser ya gritos, preocupaban a los religiosos, y terminaron por sugerirles cortar los labios, la lengua y extraer los dientes. Los sonidos no menguaron, y en cambio les dejaron una dificultad: ahora sólo podían alimentar a Nacatl con papillas.

Me parece pertinente hacer una acotación en el relato, puesto que el texto de Juan Mendoza nunca explica qué hacían con las partes mutiladas. Repito, sin embargo, lo que el pueblo murmuraba al pasar el tiempo, que a medianoche tiraban los restos a un perro, debidamente adquirido por Toribio, al cual había instalado en su patio. Los huesos, luego de ser limpiados por el perro, los coleccionaron estúpidamente en las alacenas de la cocina, donde después los encontrarían las autoridades.

Juan Mendoza revela que posterior a la mutilación de la lengua y los dientes, le rebanaron cuidadosamente el pabellón de las orejas, le cortaron la nariz y extrajeron algunos cachos de carne de las mejillas, el mentón y hasta del estómago. Entonces empezaron a asquearse con la figura de su víctima, pero siguieron. Dejaron el rostro durante algunas sesiones, porque dieron con que se habían olvidado, tal vez por su natural pudor de religiosos, de los órganos sexuales, y tras largas discusiones en las que Mendoza confundía algunos episodios del Génesis, en especial los de la desnudez y la hoja de parra, se impuso al final el argumento en *pro de las ciencias*, esgrimido por Toribio de la Buenaventura, y resolvieron castrarlo.

Así agotaron sus posibilidades a lo largo de un mes, rasgando por aquí, aplastando por allá y cortando cualquier pellejo que sobresaliera. Cuando ya no pudieron dividir más, sintieron la mirada rencorosa de Nacatl, sus ojos negros como de res en el rastro, acuosos, inquisidores. Pero esas miradas a Toribio sólo lo provocaron a sacarlos de su orbita, y después, con una cuchara, los destrozó, y se dio tiempo para cortar los párpados. A Juan ya no le pareció correcto y a la mañana siguiente estaba arrepentido: "...al otro día lo miré dormido, sin que pudiera ya cerrar los ojos y donde hubo nariz una especie de trompa de puerco. Supe que no se podía dar forma más monstruosa a un hombre y decidí entregar el cuerpo a las autoridades y entregarme yo mismo."

Pero Juan Mendoza no se entregó. Toribio de Buenaventura, al escuchar su petición, trató de convencerlo de que podían proseguir y tomó una navaja y comenzó a rasurar el cabello, las cejas y el escaso vello del pubis. Juan cerró los ojos, aterrorizado; Nacatl se

retorcía, tal vez lloró. Toribio le pidió al seminarista que esperaran a que cicatrizará bien para ensayar con las cicatrices. Pero Juan no contestó, entonces el teólogo bajó la cabeza, resignado. Cerró *El manual de las mutilaciones*, y el libro de registros, y tratando de salvarse de la autoridad, rogó a su ayudante que no se entregaran, argumentando que el infierno les esperaba ya y que eso era suficiente castigo. Si Dios los enjuiciaba, no tenían por qué hacerlo los hombres. Juan Mendoza aceptó, más por temor a los castigos humanos que por verdadera convicción teológica. Resolvieron entonces abandonar a Nacatl en las orillas de la Lagunilla, creyendo que tal y como estaba era imposible que los denunciara, si es que sobrevivía. Pero se equivocaron. La sola figura de ese hombre, encontrado en la madrugada, vivo, atascado en el lodo, instigó a la gente a moverse en turbas hasta el palacio real exigiendo a las autoridades que esclarecieran tal atrocidad. El ánimo, no del todo justiciero, de la gente, obligó a la autoridad a investigar. Mientras, la turba apedreaba a todo aquel que le parecía culpable, entre ellos, Dios quiso que muriera en una esquina lapidado Juan Mendoza, sin que sus verdugos estuvieran del todo seguros de su culpabilidad; así que las piedras siguieron acometiendo frentes inocentes. En cambio, Toribio de Buenaventura logró imprimir un millar de copias del registro de las operaciones y las repartió a los mendigos, vagabundos, locos y entre los miembros de una secta formada por él, de vendedores de estampitas de santos que mercaban fuera de los templos. Se dice que murió de viejo, siempre perseguido, aunque jamás se arrepintió.

Epílogo

No me atrevería a afirmar que el viejo que yacía bajo la pintura de san Agus-

tín fuera Toribio de Buenaventura. Los hechos sucedieron hace mucho tiempo, aunque nunca supe la edad del anciano. Cuando conseguí el pequeño libro que he resumido, era yo muy joven y no tenía la persistencia para aclarar ningún misterio, como ahora. Aún me pregunto por qué el anciano me confió el pasquín.

Sólo me resta agregar que de Nacatl se dicen muchas cosas y de ellas, todo tiene bastante de mentira. Pero de entre esos finales prefiero, por ajustarse más a la naturaleza humana, aquel que sugiere que murió por negligencia en el hospital de San Hipólito, donde desde el principio optaron por olvidarlo. 🗨



Universidad Iberoamericana, A.C.
Ciudad de México

Dirección de Servicios para la Formación Integral

Prolongación Paseo de la Reforma 880
Lomas de Santa Fe, Deleg. Álvaro Obregón
México, D.F., C.P. 01210

Tel: 5950-4000 exts. 4919 o 7600. FAX: 5950-4331
didac@uia.mx

Invitación a colaborar

Acequias es una revista interdisciplinaria que aparece cuatro veces al año, paralela a las estaciones: en primavera (marzo), verano (junio), otoño (septiembre) e invierno (diciembre); editada por la Vicerrectoría Educativa y dirigida, sobre todo, a la comunidad que integra la UIA Torreón.

Se llama *Acequias* porque es una palabra con la cual se identifica la atmósfera agrícola de La Laguna, porque remite a la feracidad del agua vertida en el desierto y, además, porque este vocablo sugiere, entre sus grafías interiores, las siglas de la UIA: **acequias**.

Su distribución es gratuita para los alumnos, empleados y profesores de la Universidad.

Si eres alumno o ex alumno de cualquier programa académico, personal académico de tiempo o asignatura, personal administrativo o de servicio, miembro de asociaciones vinculadas con la Universidad o amigo de la UIA, ***Acequias* te invita a colaborar con ensayos, artículos, entrevistas, crónicas, reseñas de libros, textos de creación literaria, dibujos, historietas o caricaturas.** Tomando en cuenta la diversidad de lectores a la que está dirigida la revista, habrás de evitar el lenguaje muy especializado, así como la excesiva acumulación de datos o referencias eruditas. Los textos deberán estar escritos de manera clara, sencilla y bien estructurada. Te sugerimos considerar la fecha de salida del siguiente número al elegir tu tema.

La extensión de las colaboraciones es de dos a cuatro cuartillas a doble espacio: se recomienda que el tamaño de la letra fluctúe entre 12 y 14 puntos. Los colaboradores deberán entregar el original impreso y su versión en disquete (que será devuelto luego de copiar el archivo correspondiente).

Los textos deberán ir acompañados, **en hoja por separado**, de la siguiente información:

- Nombre del autor
- Dirección y teléfono
- Área de trabajo, estudio o relación con la UIA
- Brevísimas referencias curriculares
- Autorización para agregar dirección electrónica en la ficha de autor

El Comité Editorial, sin conocer el nombre y procedencia del autor, determinará la inclusión de los materiales recibidos dentro de la revista según criterios de calidad, oportunidad, extensión y cupo. Los artículos que así lo requieran, recibirán corrección de estilo.

Los materiales propuestos para su publicación deberán ser entregados o enviados al Centro de Difusión Editorial de la UIA Torreón. También pueden entregarse directamente al editor o enviarse a la dirección electrónica **acequias@lag.uia.mx**

La fecha de cierre del número 32 de *Acequias* será el 11 de mayo de 2005

MENSAJERO DEL

Vicerrectoría Académica
sergio.corona@lag.uia.mx
<http://www.lag.uia.mx/archivo>

ARCHIVO HISTÓRICO

Juan Agustín de Espinoza, sj



QUINTO ANIVERSARIO DEL BOLETÍN ELECTRÓNICO *MENSAJERO*

Con la edición 77 del *Mensajero* se cumplen cinco años de la aparición del primer boletín, que llevaba fecha del 30 de marzo de 2000. El *Mensajero* fue diseñado para cumplir con la función divulgativa que todo archivo histórico debe generar en torno a sus documentos y catálogos. Costo mínimo, multiplicación ilimitada, distribución instantánea y la plena posibilidad de dirigir nuestros mensajes a los usuarios óptimos hicieron del *Mensajero* un instrumento de difusión archivística e institucional realmente eficaz. Éste se convirtió en el decano de los boletines y/o revistas electrónicas de la UIA Torreón. La suscripción espontánea fue extremadamente abundante, y se mantiene creciente hasta la fecha.

En septiembre de ese mismo año, Jaime Muñoz Vargas se incorporó al personal del Archivo, y su excelente pluma nos brinda desde entonces la sección llamada “El Mostrador”, la cual apareció por vez primera en el *Mensajero* número once, cuando el boletín era quincenal. Con esta inclusión se abrió el abanico informativo al incluir la reseña, el ensayo literario y la ficha bibliográfica del Fondo Reservado.

El *Mensajero* resultó ser muy eficiente, y con rapidez llegó una verdadera oleada de solicitudes de suscripción de personas que deseaban recibirlo. Muchas veces las solicitudes estaban escritas en un español apenas suficiente para dar a conocer que el interés en la publicación superaba a la fluidez en el lenguaje. “Mucho me agradecería suscribirme al *Mensajero*”, escribió en cierta ocasión un sueco no muy versado en castellano.

A cinco años de distancia, el *Mensajero* posee prácticamente una cobertura mundial, está considerado material de publicación periódica en los recursos virtuales de la UNESCO, y de una serie de instituciones culturales y educativas interesadas en su utilización y difusión.